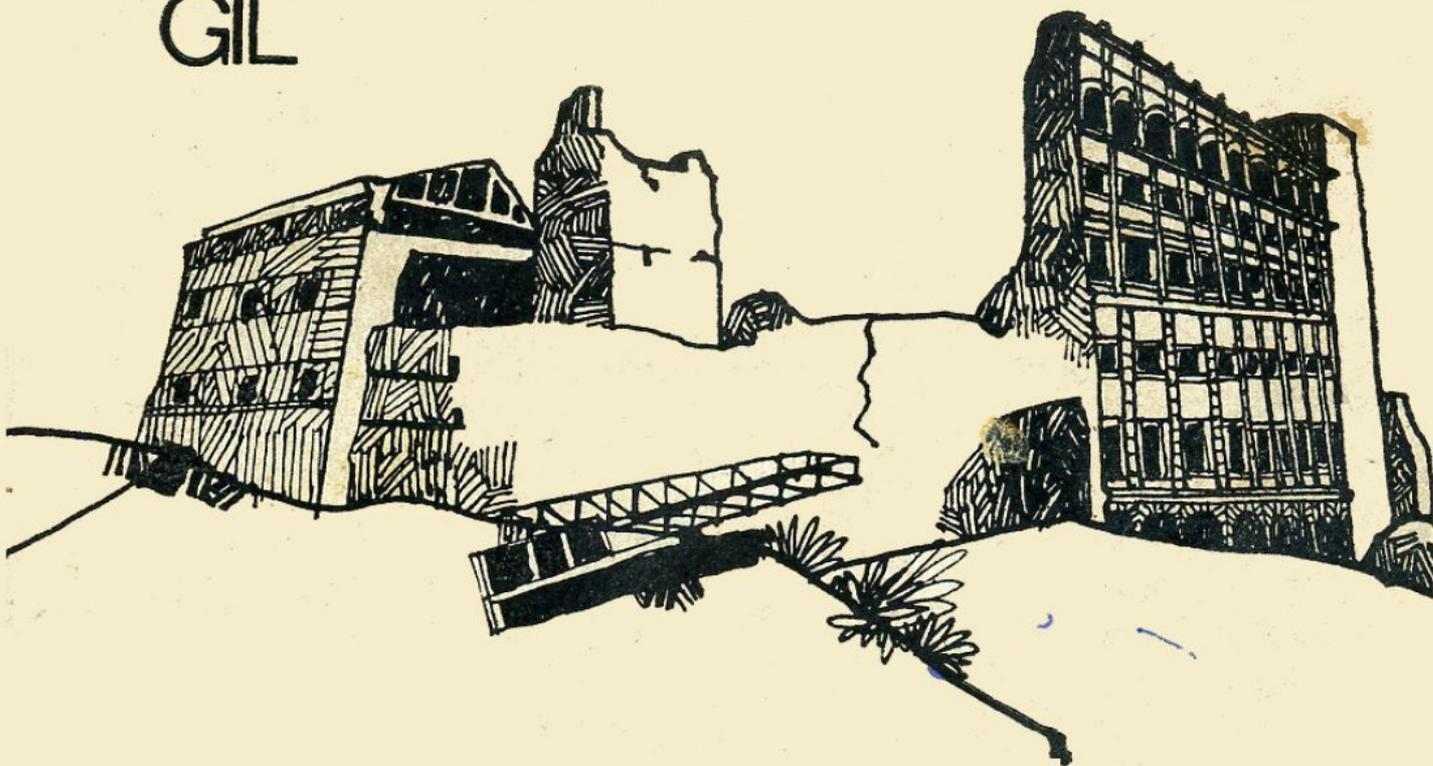
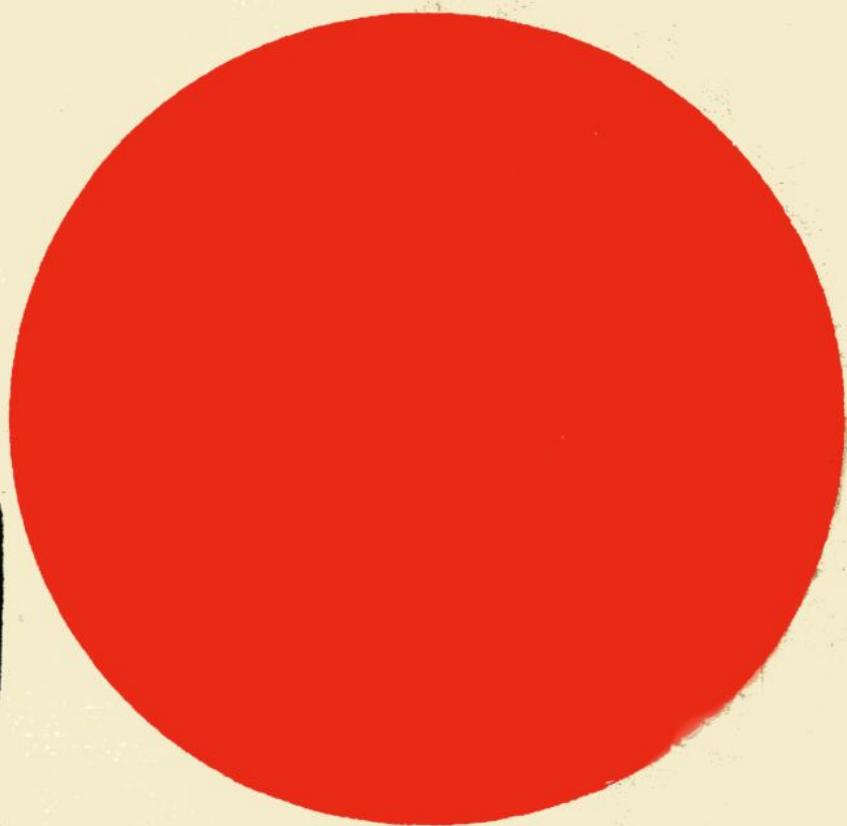


**LA
DEFENSA
DEL
ALCAZAR
DE TOLEDO**

JOSE M^a
BARRANCO
GIL



LA DEFENSA DEL ALCÁZAR DE TOLEDO

José María Barranco Gil

ediciones rodegar/barcelona

1965

Digitalizado por Triplecruz

«Los héroes, como los santos, son hombres que se sobrepasan a si mismos para salir de las realidades, del plano normal de la vida. La persona humana no se disminuye, por el contrario, se muestra en esa actitud mayor y más firme en el triunfo de su voluntad.»

(R. PRIETO, de «Revolución Española».)

INTRODUCCIÓN

Son muchas las veces que hemos pensado que sobre los hechos históricos de gran resonancia —tanto recientes como lejanos— todo parece haberse dicho ya. A pesar de ello, impulsos de origen muy diverso parecen empujarnos a dar a conocer nuestras impresiones sobre algo que ha ejercido sobre nosotros el influjo de su poderosa fuerza.

Sabemos que los hechos que deseamos relatar han entrado ya de lleno en el cauce luminoso y triunfal de las mejores páginas de la Historia de España, pero la dimensión de ellos es tan grandiosa, que da cabida a esta detenida recapitulación de los acontecimientos que tuvieron lugar durante el prolongado asedio.

Circunstancias políticas, de signo adverso para la vida nacional, iban a dar paso al 18 de julio. Esa fecha, que marca un hito en los anales de nuestra historia contemporánea, había de tener en Toledo, como en todas las ciudades españolas, las reacciones más opuestas, consecuencia de nuestro ibérico individualismo.

La ciudad imperial, la Toledo visigótica y de los concilios, la Toledo del Greco con sus alcázares y sinagogas, la de las juderías y el Zocodo-ver, pasó las horas que precedieron al 18 de julio en vela.

Fue aquélla una noche pesada, como de plomo. En el aire y en las esquinas, en cada callejuela empinada se palpaba el silencio amenazador del momento; no había voces, y todo ruido se había apagado momentáneamente, para surgir en un ardiente clamor, una vez roto el momento de incertidumbre.

Las noticias se daban con la voz apagada, en prudente sordina. Pero unos y otros ya sabían cuál sería su lugar, porque la política española, que, como toda política bien llevada, debía ser «el arte de superación para vencer las dificultades, y conseguir la unión de la nación», nos había conducido al más triste camino: el de una revolución nacional, que desembocaría en la guerra civil.

En esas horas que precedieron al 18 de julio, Toledo, por su cercanía con Madrid, pareció que seguiría el rumbo marcado por el gobierno de la República, que desde la capital de España daba las consignas para hacer frente al movimiento nacional, tachado por éstos de sedicioso.

Pero Toledo era una plaza en la que elementos opuestos a la política frentepopulista esperaban tan sólo la voz del hombre dispuesto a alzarse en rebeldía para defender la causa nacional, en la que se conjuntaban los nobles ideales de la patria, y el encauzamiento de cosas de diverso orden que en su obstrucción gubernamental llevaban camino de conducir a la nación al caos.

Dos días permaneció Toledo en una difícil situación de resistencia. Madrid amenazaba a la ciudad con envíos de fuerzas, que hicieran posible la obediencia al gobierno republicano. Había en el seno de la ciudad elementos dispuestos a cooperar con la República, hombres éstos de los cuales podía temerse todo, y cuya actitud fue prevista como tantas cosas a las que hubo precisión de atender antes del momento decisivo de retirarse hacia la gran posición del Alcázar, reducto de los héroes y sitio memorable de la historia patria.

Mas para que el relato de la heroica defensa, de esa gran epopeya que fue el Alcázar, tenga el pórtico adecuado y necesario, hemos de referirnos primero a Moscardó, coronel destinado en Toledo cuando se produjo el Alzamiento, figura sobre la que giraron todos los hechos que dieron vida a la defensa, y sin cuya entrega y sacrificio nada de cuanto sucedió hubiera sido posible.

Él hizo posible en una síntesis humana, que encerró entre muros la voluntad de sus seguidores, lo que se ha conocido y determinado como «epopeya del Alcázar». Genuino caudillo de una gran decisión, la vida de Moscardó ha pasado a ser como el punto básico en el cual se apoya la valoración de todo lo glorioso que mantuvo a los héroes en lucha desigual hasta un fin glorioso.

LA FIGURA DEL HOMBRE, HÉROE ENTRE LOS HÉROES

Antes de que dé comienzo la narración de los hechos acaecidos en el Alcázar, es preciso trazar en concisos términos la vida de Moscardó con anterioridad a ese punto histórico que ya tiene contornos de leyenda, aunque para muchos los hechos permanezcan frescos en la memoria.

Don José de Moscardó Ituarte había nacido en Madrid. Era hijo de un capitán de alabarderos del Palacio Real, y, según él mismo refiriera en algunas ocasiones, los vistosos relevos de la guardia en el Palacio de Oriente habían ejercido sobre su mente infantil una poderosa influencia, que más tarde se manifestaría en clara vocación castrense.

Hay en la vida de Moscardó —como en la de tantos seres predestinados— coincidencias que marcan el camino escogido. Así, él, en esa vocación por la carrera de las armas, tendría una fuerte oposición paterna; la vida de sacrificio que impone, y la mezquina remuneración a percibir, impulsaban al padre a intentar que la vocación de Moscardó tomase otro rumbo distinto.

Como alumno del Sagrado Corazón, y obedeciendo a los deseos del padre, cursó los estudios de bachillerato, pero, sin abandonar la idea de convertirse en un oficial del ejército español, que era su más anhelado sueño. Vencida toda oposición militar, consiguió que le permitieran matricularse en la Academia Preparatoria Militar, instalada en la madrileña calle Mayor, consiguiendo el ingreso en la primera de las convocatorias, desde que diera comienzo a su preparación.

Todavía no había cumplido los diecisiete años, y la primera etapa de su meta estaba ya cubierta.

—Debes aprobar a la primera convocatoria —le había exigido el padre, siempre dispuesto a poner obstáculos a la firme vocación del joven.

Y así, estimulado por la amenaza, Moscardó conseguía su deseo.

Al pisar, como alumno caballero cadete, las losas del gran patio de armas del Alcázar toledano, su mente estaba totalmente ajena a las jornadas que habría de vivir entre aquellos muros, a las pruebas dolorosas a que sería sometido su espíritu, y a la tenacidad con que pondría a prueba su temple y el de los hombres que se confiarían a él.

A pesar de que la vida en las academias militares fue y sigue siendo de una dura disciplina bajo todos los aspectos, Moscardó se adaptó muy pronto a ella. Sufrió las clásicas novatadas y gozó de sus horas de asueto, por el Miradero y el Zocodover, piropeando a las modistillas, tal y como correspondía a sus dieciocho años, alegres y jaraneros.

Las guerras de Cuba y Filipinas acelerarían los cursos, en el apremio de oficialidad dispuesta a ir a las colonias en donde, además de la guerra, las epidemias que se extendían por las islas estaban diezmando los cuadros de oficialidad, y haciendo más perentoria la llamada de quintas en reserva.

Después del examen final, Moscardó con el grado de oficial fue destinado al Regimiento de Infantería de San Fernando n.º 11, en Madrid. El Alcázar de Toledo despedía a un joven que abandonaba las piedras de su recinto, para volver a pisarlas bajo el signo de lo heroico. Pero eso habría de suceder bastantes años después. Todavía quedaba un tiempo dilatado en el cual la vida de Moscardó seguiría la senda del sacrificio por la patria.

Por propia petición, y cuando apenas llevaba un año en el cuartel del Conde-Duque, José Moscardó fue destinado al Batallón Expedicionario n.º 1, de Madrid. Era la primavera de 1898, y con su regimiento debía partir de Algeciras con rumbo a Filipinas, en donde el general Weyler se había batido con denuedo, antes de ser trasladado a Cuba, donde la insurrección de los nativos prosperaba a pesar de todos los esfuerzos.

En la espera de la orden de partida, se produjeron acontecimientos que dejaban sin efecto la salida de los expedicionarios. Moscardó fue destinado a Sierra Carbonera, y más tarde, cuando el desastre y la pérdida consiguiente de las islas es ya un hecho, el Batallón Expedicionario era disuelto, siendo destinado a distintas plazas.

Primera de éstas fue la que, ya en calidad de primer teniente, ocupó en el Batallón de Cazadores, en Barbastro. Más tarde, permanecería un corto tiempo en Menorca, y después en Alcalá de Henares, destino éste que le permitía vivir de nuevo en la casa paterna.

En este tiempo, Moscardó reencuentra en Madrid a María Dolores de Guzmán y Palanca, una joven de la buena sociedad de San Roque, en cuya casa había estado alojado cuando permaneció en aquella bonita villa esperando una orden de partida, que afortunadamente no llegó a tener efecto.

De haber sido así, Moscardó, y con él las fuerzas expedicionarias hubieran perecido casi en su totalidad, puesto que, a la salida del Canal de Suez, la escuadra americana esperaba la llegada de las fuerzas expedicionarias españolas, para infligirles un castigo que providencialmente no se produjo.

En en aquel tiempo de espera cuando Moscardó conoció a la que más tarde sería su esposa. Apenas el reencuentro tiene lugar, las visitas a casa de la señora viuda de Guzmán menudean más de lo precisó. Pronto la noticia se hace pública. El teniente José Moscardó Ituarte y María Dolores Guzmán Palanca contraen matrimonio. Esto sucedía el año 1906. Poco tiempo después Moscardó ascendía a capitán.

Los primeros años de matrimonio están marcados por un constante cambio de destinos: Burgos, Pamplona, Sevilla, Oviedo y, más tarde, Madrid. En ese deambular de una población a otra, a Moscardó le nace su primer hijo, que habría de llamarse José, el amado hijo primogénito que también sería víctima del odio de los enemigos del honor patrio.

En el año 1909, después de un corto espacio en la capital de la nación, Moscardó salía con tropas expedicionarias hacia Marruecos. El desastre del «barranco del lobo» acababa de producirse. De nuevo, en España, el luto y el dolor ensombrecía los rostros.

En África obtendría sus primeras condecoraciones. Los éxitos obtenidos en Lauden y la Loma le proporcionaron tales recompensas. La agotadora campaña de Marruecos tiene en este hombre esforzado un valioso elemento. Desde Haffa el Saffa a Dar Najor y los Tazarines, el ya comandante Moscardó va cumpliendo, con singular disciplina, todas las etapas de las tristes jornadas de la guerra de África.

Durante dieciséis años, salvo los permisos establecidos, Moscardó no abandonaría Marruecos. Allí iban a nacer dos de sus hijos, la única hija María, y el más pequeño de los cuatro que tuvo, Carmelo. Anteriormente, había nacido en Madrid el segundo de los hijos, llamado Luis, aquel hijo amado que habría de ser sacrificado en un trágico holocausto que sólo puede parangonarse con el de Guzmán el Bueno, en Tarifa.

La campaña de Marruecos, con la toma de Xauen, marca el final de la estancia de Moscardó en África. Finalizaba el año 1928 y su ascenso a coronel tenía efecto a principios de 1929. África devolvía a España a un hombre que había cumplido en todo momento lo que la patria exigía y su honor le ordenaba.

Es en ese momento, cuando la vida del coronel Moscardó busca instintivamente el remanso de paz, en donde, sin permanecer inactivo, pueda disfrutar sosegadamente de la convivencia familiar que hasta entonces no ha podido gozar más que de modo muy condicionado.

El nombramiento de director del Colegio de María Cristina, para huérfanos de Infantería, llenó aquellas aspiraciones que he señalado. Dos años después, y cuando ya se había proclamado la República, Moscardó asumía también la dirección de la Escuela Central de Educación Física. Ambas instituciones están situadas en Toledo. De este modo, el coronel renueva su contacto con la ciudad. Su vínculo espiritual con la misma forja el fundamento de un futuro, en el cual su nombre ya sería por siempre inseparable del de la ciudad imperial.

Moscardó trabajó en ambos cargos a plena satisfacción, y siempre bajo ese patrón de conducta que era la exaltación del deber. Sin embargo, para él, como para tantos españoles, la patria cobra un perfil en el cual es fácil advertir la influencia que la política nueva imprime a la vida del país.

El coronel no puede permanecer indiferente a todos los sucesos que estaban destrozando la nación. Estableció contactos, y fue uno de los hombres con los cuales los jefes del Alzamiento sabían que podían contar. Y él supo hacer honor sobradamente cumplido a tal confianza.

Así fue la vida del hombre que encarnó el espíritu de la defensa del Alcázar. En los días de asedio, hubo tiempo para conocer todos estos pormenores que unos a otros se narraban, completando este resumen P2es tan sólo un limitado boceto de una gran trayectoria hacia este Junto concreto: el Alcázar de Toledo.

Ese hombre fue también el gobernante cauto, que se mantuvo sereno frente a la situación confusa del primer momento.

Pero, antes de encerrarse allí, la lucha se había convertido ya en guerra, una guerra técnica, con muertes que ya empezaban a ser anónimas.

—¡Les hemos hecho bajas! —el lenguaje tomaba ya el definido carácter de la dura contienda civil.

La sierra, recalentada y reseca, se llenó del olor a pólvora. En la Comandancia se dio la primera orden para la detención de elementos que pudieran impedir la acción de resistencia iniciada.

La llegada de los guardia civiles del Colegio de Valdemoro puso una nota emotiva en aquellos momentos de ansiedad. Llegaban limpiísimos, alegres, como si fueran a participar en una fiesta. Junto a ellos, los profesores, con el semblante más grave, recorrían las apretadas filas de los jóvenes alumnos con una mirada de aprobación y moderado orgullo.

En la Comandancia, la noticia de la llegada de los guardias jóvenes fue recibida con alborozo y preocupación. El alojamiento se hacía cada vez más difícil. Pero allí estaba el Alcázar —lugar que todavía no había sido considerado como último reducto— para albergarles, lo mismo que al elemento civil que llegaba de pueblos cercanos, buscando el amparo a un peligro que intuían inmediato.

Solamente Toledo permanecía en pie, fiel a la causa nacional. Lo mismo Guadalajara que Cuenca y Ciudad Real seguían fieles al gobierno del Frente Popular. De este modo, sin contar con el peligro que suponía la proximidad con la capital, sede del Gobierno, Toledo quedaba totalmente aislado, y sin ayuda exterior inmediata posible.

En la Comandancia se hacía cálculos muy optimistas sobre la proximidad de las fuerzas nacionales. El día 19, se supo que había comenzado el paso de fuerzas desde África al continente. Confiábase en las Falanges de Castilla, que habían salido de Valladolid plétóricas de fe, en los Requetés del Norte... Todos eran optimistas, aunque, ya pasadas esas primeras veinticuatro horas, las posibilidades de conservar la ciudad disminuyeran sensiblemente.

Los marxistas de Toledo estaban ya dispuestos a hacer frente, y a oponerse de un modo abierto; pero el gobernador, detenido en la Comandancia, no podía concentrar los elementos afectos al Gobierno de Madrid en contra de los sublevados. En justicia se ha de decir que en el ánimo de todos estaba el pensamiento favorable sobre su persona, puesto que, dado su republicanismo moderado, y exento de todo sectarismo, más se le benefició con la detención que si le hubieran dejado a merced de unas fuerzas que hubieran acabado desbordándole con toda seguridad.

Ésta era la situación de Toledo, y los hechos vividos en esas horas que fueron pórtico de la concentración en el último baluarte de la ciudad. Después comenzaría el asedio, cuyas impresiones damos seguidamente, día a día, después del Parte de Operaciones del coronel Moscardó, cuyas páginas de su Diario se incluyen para mejor conocimiento de los hechos que constituyeron el asedio y la heroica resistencia.

¡Viejo Alcázar de Toledo!

Alcázar de los alcázares... ¡Cómo hueles a metralla!

Tú has sido el nuevo Quijote en las horas de la guerra;

Tú has sido el Cid sobre un río de cañones y de lanzas;
Tú has sido el Pegaso alado de los cielos con estrellas;
Tú has sido sobre las rocas una brillante almendra.
¡Viejo Alcázar de Toledo! ¡Carasol de cobre y oro de la historia de mi patria!
(J. SAN NICOLÁS, Francia. De «Alma Nacional».)

COMIENZA EL ASEDIO DEL ALCÁZAR. — DIARIO DEL CORONEL JEFE DE LA DEFENSA, JOSÉ MOSCARDÓ ITUARTE

«Por la mañana se tuvo noticia del levantamiento general de las fuerzas de nuestro ejército en África, por lo que se procedió al acuartelamiento de las tropas de la guarnición y concentración en Toledo de la Comandancia de la Guardia Civil.

»La Comandancia Militar se estableció en el edificio del antiguo Gobierno Militar en la calle del Carmen.

»A las veinticuatro horas fue agredida la Guardia Civil de servicio en Zocodover por elementos extremistas, teniendo la Guardia Civil tres heridos. De otros sitios de la población fue tiroteada la Guardia Civil, y las noticias que se reciben de la provincia acusan gran excitación.»

En la primera página del Diario del coronel Moscardó, tan sólo esa nota escueta del primer paso hacia la resistencia gloriosa. En aquella misma mañana del histórico día, el coronel estaba en Madrid, disponiéndose a emprender el viaje hacia Barcelona de donde partiría hacia Berlín para asistir a la Olimpiada en su calidad de director jefe de la Academia de Gimnasia.

En Barcelona, el coronel Moscardó esperaba reunirse con su hijo mayor —José Moscardó y Guzmán, oficial del ejército—, para emprender juntos el viaje hacia Berlín. Pero el destino había dispuesto las cosas de muy distinto modo.

Le había bastado al coronel captar el ambiente enrarecido de aquella mañana en la Capitanía General de Madrid, para desistir del proyectado viaje. Él, como otros jefes del ejército, estaban juramentados para actuar en cuanto las circunstancias señalasen el momento oportuno. Y aquel momento había llegado. Aun sin esta señal de alarma, que se captaba con tan sólo pisar la calle de aquella cálida mañana madrileña, hubo suficiente con el hecho que Moscardó hubo de presenciar en Capitanía.

El jefe del Estado Mayor, general Cavalcanti, fue detenido por elementos pertenecientes al Frente Popular, cuya mayoría parlamentaria daba vida política al Gobierno. Ante aquel hecho harto significativo, y la actitud medrosa de algunos militares de menor graduación, Moscardó no se detuvo a meditar ni un momento.

El viaje quedaba suspendido y regresaba a Toledo, en donde su esencia era tan urgente como necesaria. El primer parte de su Diario de operaciones comprende tan sólo las incidencias del atardecer apremiante y amenazador. Toledo estaba dividido en sectores desde hacía muy poco tiempo, por inspiración del coronel; de este modo, al tener Moscardó en sus manos la Comandancia Militar, podría hacerse cargo, por ausencia de sus jefes, de la fábrica de armas, y de la Academia Militar, instalada desde su creación en el histórico recinto del Alcázar toledano.

El coronel Moscardó llegaba a Toledo a primeras horas de la tarde. A su paso por las calles de la ciudad, para dirigirse a la Comandancia, la tensión que flotaba en el ambiente marca el tránsito de su coche. En la mirada de algunos brilló la ilusionada esperanza al verle allí con ellos. Otros seguían el rápido cruce del vehículo con una mirada llena de odio. Un odio que había sido cultivado concienzudamente en aquel lustro que precedía al momento histórico.

Pero el coronel no se detendría a considerar cosas de importancia tan nimia. En aquellos momentos, no sabía con quiénes contaba, ni siquiera cómo responderían las autoridades civiles, a las que inmediatamente pensaba dejar supeditadas al mando militar, una vez que —como era su propósito— diera el consabido parte declarando la ciudad en estado de alerta.

Esta orden de concentración se hizo extensible a la Guardia Civil, que, en tales circunstancias, quedaría bajo las órdenes del coronel. Los Puestos y Comandancias debían ser abandonados, para concentrarse en Toledo. Hubo en esta medida un presentimiento que muy pronto tendría su confirmación.

En efecto, el Gobierno de la República, desde los dos organismos directos —Ministerios de Gobernación y de Guerra—, conminaba a las Comandancias de puesto a una concentración, pero sometida a la disciplina del Gobierno. Aquel anticipo de unas horas —más tarde se supo que las órdenes apenas tuvieron una diferencia de sesenta minutos— sería de gran eficacia durante los días que se avecinaban.

Esto llevó aparejado un inconveniente, por cuanto la Guardia Civil dejó los distintos puntos de destino, pero llevando consigo su familia y lo más indispensable de sus modestos hogares. Aquellas gentes, con la convicción serena del deber, no querían dejar a ninguno de los suyos ante lo incierto que adivinaban con una intuitiva sencillez, disciplinada y ruda.

Desde Mocejón y Layos, y desde Polan y Nambro..., en doble fila, jalonando las carreteras toledanas, con el pesado capote plegado sobre la espalda y el fusil en la mano, las mujeres detrás, en silenciosos grupos, los niños en brazos o caminando asidos unos con otros, aquella noche iban llegando a Toledo.

Estos hombres y sus familias fueron los primeros en ocupar el Alcázar, puesto que la necesidad de alojamiento era cada vez mayor a medida que las horas pasaban, y el número de familias que llegaban iba en aumento.

En el pensamiento del coronel Moscardó no había tomado forma la defensa a ultranza que dos días más tarde tendría que dar comienzo en el Alcázar. Una idea le dominaba, y todo quedaba supeditado al éxito que obtuviera, aunque de antemano sabía las grandes dificultades que su puesta en práctica le proporcionaría. Porque el defender Toledo, teniendo la amenaza de su proximidad con Madrid, era más que difícil y heroico: era casi temerario.

El mismo Moscarda, ante el plano trazado para el planteamiento de la defensa, diría:

«La carretera de Madrid a Toledo es una magnífica línea de penetración que puede llegar hasta el corazón de la ciudad...»

Basándose en esto, durante aquella noche angustiosa, en la que los elementos frentepopulistas ya habían hecho los primeros disparos, trazó el plan a seguir, preocupándose de la distribución de fuerzas en los lugares estratégicos, que serían ocupados al amanecer del siguiente día 19.

DÍA 19 DE JULIO. DOMINGO

«Por la mañana llamaron por teléfono al coronel comandante militar de Madrid, diciendo lo hacía el jefe de servicios del Ministerio de la Guerra, y ordenando se enviasen a Madrid todas las municiones disponibles en la fábrica, previa la requisita de camiones, no cumplimentándose esta orden por esperar su confirmación por telegrama cifrado, dada la gravedad de la orden.»

(Del diario de operaciones.)

Aquella noche, en la Comandancia Militar de la calle del Carmen, se presentó un diputado socialista, apellidado Prats, con la pretensión de que la Guardia Civil —tanto la de la plaza como la que se había concentrado en la ciudad— entregase su armamento.

También exigió se entregase inmediatamente el armamento de la Academia de Infantería, para dotar de armas a las milicias frente-populistas, según órdenes directas de Madrid.

Ante aquella pretensión el comandante militar, como jefe de las fuerzas oponentes, se negó con una evasiva que le permitía unas horas para prevenirse: debía comunicar directamente con el Ministerio de la Guerra.

Unas horas más tarde, se celebraba la conferencia, y fue el mismo general Sarabia el encargado de reiterar la orden: las municiones debían salir camino de Madrid, antes de las veinticuatro horas siguientes.

El propio gobernador civil, que con anterioridad al coronel Moscardó había recibido la visita del diputado Prats, comunicó también al comandante militar la petición, petición a la cual Moscardó respondería con la más rotunda negativa.

Aquel día amaneció Toledo tomado ya militarmente. El plan de defensa trazado por Moscardó tenía como objetivo principal el control de la carretera de Madrid, desde tres puntos. Primero, desde el punto conocido por Buenavista, y desde el cementerio. Segundo, desde la fábrica de armas —la escuela de gimnasia y el hospital de Tavera. Tercero desde la muralla que rodea a la ciudad.

La petición de armas, hecha por el gobierno del Frente Popular, destinadas a nutrir a los afectos a la Casa del Pueblo y organizaciones extremistas del material necesario para alzarse contra nosotros, marcó la pauta de la ruptura de hostilidades entre el Gobierno de la República y Toledo, bajo la dirección militar de Moscardó, que asumía todas las responsabilidades que se derivasen de aquella decisión.

—No podemos entregar esos cartuchos —comentaban los jefes en la Comandancia.

Millares y millares de cartuchos, que suponían la base de la defensa, y la merma de material para el enemigo que acechaba el momento de lanzarse contra el Alcázar. Era una difícil situación, que el coronel llevó con una astucia inigualable.

Por una parte, tenía que entretener a los peticionarios de los que todavía dependía en apariencia, puesto que aún no se había roto el fuego estableciendo la posición de unos y otros. Aún había lugar a que las conversaciones telefónicas se llevasen a cabo, pues, para ganar tiempo, Moscardó llevaba con la mayor diplomacia una situación en la que las horas tenían un valor decisivo.

De este modo se estableció una pugna, agravada por el hecho de que el jefe de la fábrica de armamento era un coronel que gozaba del favor del Frente Popular, y estaba unido por una buena amistad con Manuel Azaña.

Todos los que vivían en el ambiente de los «ya prácticamente sublevados» tenían una idea distinta de lo que sería aquel Alzamiento. Pocos pudieron prever, que estaban en el preludio de una guerra civil, tan dura y cruenta como lo fue la que comenzaba a vivirse.

Incluso el mismo coronel estaba convencido de que las cosas quedarían resueltas en quince o veinte días a lo sumo.

Optimista suposición aquella, que iba a desvanecerse según fueran transcurriendo las horas. Sin embargo, quedaba algo tangible y potente. El reducto alcazareño, en donde se albergarían

esperanzas, fe, optimismo, y sobre todo, inquebrantable voluntad de seguir allí, hasta que el último hombre permaneciera en pie.

DÍA 20 DE JULIO. LUNES

«En este día se tuvieron noticias de que la orden de envío de las municiones fue recibida directamente por el coronel Soto, jefe de la fábrica de, armas, acordándose no remitir las municiones ni entregar las armas, que además habían de ser custodiadas por doscientos guardias civiles de esta Comandancia.»

(Del diario de operaciones.)

Una segunda y muy enérgica conminación le fue hecha al coronel Moscardó, apenas transcurridas veinticuatro horas. Provenía del inspector de la Guardia Civil, general Pozas, y tenía como finalidad, además de la entrega inmediata de todo el armamento, impresionar con la fuerza de la amenaza a quien tenía ya marcada irrevocablemente su actitud.

Caso de no cumplir con las órdenes tan reiteradamente expuestas, se amenazaba con enviar una columna que bombardearía Toledo y sus reductos:

—¡Yo cumplo lo que prometo! —aseguró el general para dar más fuerza a lo exigido.

Esto no ejerció ningún cambio en la conducta de Moscardó, que continuó reteniendo todos los efectivos bélicos existentes en la plaza.

El problema de entregar las municiones de la fábrica de armas continuaba siendo el más perentorio, todavía más que la amenaza de un sector de la población hostil y dispuesto a lanzarse abiertamente contra el Alcázar —los focos de rebeldía eran cada vez más numerosos—, más aun que aquella carretera de Madrid, en donde era presumible llegaría un fuerte ataque ofensivo.

Había un millón de cartuchos envasados, que suponían mucho para unos y otros. En aquel día 20, Moscardó había vuelto ya sus ojos hacia el Alcázar. De modo apresurado se estaban llevando hasta allí las reservas de Intendencia, en previsión de los días futuros. Pero, entre algunos solía hacerse este comentario:

—¿De qué servirán los hombres, si no están dotados de los elementos de defensa precisos?

Cada fusil necesitaba un hombre, pero también necesitaba el suministro de munición que le permitiera ser eficaz en su cometido.

Por eso todo el interés gravitaba sobre la entrega del millón de cartuchos, sobre cuyo envío las peticiones se hacían más urgentes. A la solicitud de una orden escrita y sellada que había pedido Moscardó con objeto de ganar tiempo, se dio una respuesta urgente. Allí estaba la orden y ya no había subterfugio posible. Sin embargo, Moscardó insistió:

—¿De dónde voy a sacar los camiones necesarios para transportar esta gran cantidad de cartuchos?!. En nuestro poder sólo hay un par de camiones viejos.

La respuesta no se hizo esperar:

—Hoy sale hacia Toledo el número suficiente de camiones para que, sin pérdida de tiempo, transporten el material hacia Madrid.

Los camiones llegaron apenas transcurridas dos horas del anuncio de su llegada. En aquel momento, el coronel Moscardó debía jugarse el «todo por el todo». En presencia suya y de Soto, los camiones fueron cargados, pero, al iniciar el viaje de vuelta, conminados los conductores por la orden del jefe, el cargamento equivalente a setecientos cincuenta mil cartuchos quedó en el Alcázar, continuando el resto viaje a Madrid.

La completa ruptura entre Moscardó y sus seguidores con el Gobierno del Frente Popular quedaba ya establecida con este hecho abiertamente definido. El resto del cargamento de los camiones tampoco sería de utilidad para el ejército enemigo, puesto que, antes de su llegada a Madrid, en un vuelo de la aviación republicana, que equivocó el objetivo, fueron destruidos casi en su totalidad.

En Toledo se conoció el suceso inmediatamente. En la mente de todos ya no presentaba duda alguna que el repliegue hacia el Alcázar no tardaría mucho en producirse. La situación en

los puestos de defensa de la ciudad era peligrosa, sobre todo teniendo en cuenta que, en las notas radiadas del Gobierno rojo, se hablaba continuamente del aniquilamiento de los rebeldes de Toledo.

En aquellas horas que precedieron al repliegue hacia el Alcázar, Moscardó, en un acto decisivo, y del cual nunca se jactó se jugó la vida a una carta: «Si ustedes están de parte del coronel de la fábrica de armas, y deciden entregar las municiones, yo me entrego a ustedes como prisionero y que me juzguen...» Los oficiales respondieron con fidelidad a la causa nacional, y así pudo salvarse la mayor parte de aquel cargamento de valor inapreciable para un futuro inmediato.

DÍA 21 DE JULIO. MARTES

«A las siete de la mañana y con toda solemnidad, fue declarado el estado de guerra en Toledo y su provincia, siendo detenidos y conducidos al Alcázar, donde se estableció la Comandancia Militar, el gobernador y su familia, dándose orden de detención de los principales dirigentes, no pudiéndose detener más que a uno, Francisco Sánchez López, maestro de la cárcel.

»Se hizo una distribución de fuerzas para seguridad y defensa de la plaza, ocupando o reforzando el hospital de Tavera, Fábrica, convento de los Carmelitas, bancos, Ayuntamiento, Catedral, Zocodover, Correos, Telégrafos, Teléfono, Miradero, Cuartel de Asalto, puertas y puentes.»

(Del diario de operaciones.)

Los primeros aviones rojos hicieron en aquel día acto de presencia. Llegaban de modo pacífico, tratando por medio de proclamas de desmoralizar a los hombres refugiados en la fortaleza. Poco después, otro avión lanzaba las primeras bombas sobre el recinto. Éstas no eran de gran potencia, pero, el hecho de ser el primer ataque aéreo que sufría el Alcázar, permitió al enemigo suponer que los efectos morales del mismo serían rápidos y sensibles.

Doce bombas eran, sin embargo, algo que no podía hacer mella en quienes estaban dispuestos a los más grandes sacrificios. Y por lo tanto ni esto, ni los ataques de las columnas enemigas que llegaban desde Madrid podían ejercer la acción decisiva que se esperaba.

Estas columnas enemigas habían llegado por los alrededores del cementerio, para dirigirse hacia la Fábrica de Armas, defendida todavía por los oficiales de la Escuela de Gimnasia, y también en un despliegue táctico para ocupar el hospital de Tavera, en donde, todavía permanecían firmes unos destacamentos de la Guardia Civil.

Aquel día se produjo también otro hecho destacado; el general Riquelme había llegado desde Madrid hasta la ciudad imperial, con objeto de disuadir a Moscardó de su propósito.

Intentó en una conversación telefónica convencer al gran soldado de que su actitud no era la que correspondía a la disciplina castrense.

—Coronel Moscardó —le dijo— ¿Acaso no sabéis que estáis faltando a vuestro deber profesional?

—Por el contrario, general —repuso Moscardó—. Estoy convencido de que estoy cumpliendo como lo exige mi amor a la patria, solidarizándome con mis hermanos de armas, y poniendo toda mi confianza en el general Franco, como jefe del Alzamiento.

La preocupación más urgente de Moscardó en aquellos momentos era causada por la dudosa actitud del director de la Fábrica, que no se manifestaba claramente partidario de defender todo el material allí existente. Ante la incertidumbre de su reacción, el coronel Moscardó dio en este día las órdenes oportunas para que todas las existencias fueran transportadas rápidamente al Alcázar, bajo el mando y responsabilidad del comandante López Parada.

Aunque fueron muchos los acontecimientos de aquel día, hay uno que en su momento pareció carecer de importancia, y que sería, sin duda, la causa que dio vida al más importante episodio de la defensa, al más heroico trascendental e imperecedero episodio de la epopeya que empezaba a vivirse. Tuvo su origen en una decisión del coronel el cual, más tarde, confesaría haber creído obrar de un modo prudente. «Incluso llegué a reprocharme a mí mismo, creyendo que, además de los otros motivos, había en mí un egoísmo paternal, que buscaba el medio de preservar a mi hijo...»

El suceso se produjo así: Al replegarse el coronel Moscardó hacia el Alcázar, su hijo Luis, que había permanecido en la comandancia durante los días que precedieron al repliegue previsto, le acompañó. La familia del coronel, que tenía su residencia en Toledo, estaba, compuesta por los tres hijos, José, Luis, la hija María y el más pequeño Carmelo. Miguel estuvo en Ceuta en calidad de oficial del ejército.

De todos ellos, tan sólo Carmelo había quedado junto a su madre, doña María. El muchacho era todavía un chiquillo. Apenas había cumplido los dieciséis años, y esa edad, aminorada en la ternura de padre, sirvió para decidir al coronel a tomar una decisión que serviría para escribir la página de más heroico sacrificio que se conoce en nuestra historia.

Para Luis Moscardó el hecho de abandonar el Alcázar era una exigencia, un mandato, que sólo obedeció por el respeto que sentía por su padre, y, sobre todo, porque éste invocó la necesidad de que permaneciera junto a su madre, y el hijo pequeño, puesto que María, la hija, estaba en Estoril pasando el verano.

«Te lo mando —le dijo—, porque creo que es lo más conveniente para vosotros y para mí. Os iréis a Madrid, donde tenemos amigos que os ampararán. Allí nadie os conoce y tú ya puedes hacer algo por tu madre, que queda sola...»

En el pensamiento de Moscardó, distintos factores de carácter diverso habían presionado para decidirle a hablar de ese modo. Él que sabía de antemano la parte de gran responsabilidad que estaba llamado a asumir, prefería verse desligado de cualquier otra obligación que no fuera aquella que él mismo se había impuesto, y que requería una total entrega.

La preocupación por la suerte que pudiera correr su esposa, sin tener más apoyo que a un muchacho tan sólo, como era todavía el hijo menor, era un problema que le afectaba por doble causa; el alejamiento de Luis podía mitigar esta doble inquietud. Por eso, Luis Moscardó y Guzmán abandonó el Alcázar.

Al salir del recinto imperial, miró con envidia a los hombres que quedaban allí. Él también había soñado con defender el honor de la causa, y ser uno más de los hombres que obedecieran las órdenes del padre. Pero, sin poner objeción al mandato, abrazó a su padre y abandonó el Alcázar. ¡Aquel abrazo sería el último que Moscardó diera a su hijo!...

DÍA 22 DE JULIO. MIÉRCOLES

«A las cinco horas, se presentó un avión trimotor, que bombardeó el Alcázar. A las nueve de la mañana, rompió el fuego contra el Alcázar una batería de 10,5 cm., emplazada en la dehesa del Pinedo. A las diez horas, volvió la aviación prosiguiendo el bombardeo o contra el mismo objetivo, incendiando la torre S. O. del Alcázar.

»A las dieciséis horas, vuelve de nuevo la aviación, que bombardeó el hospital de Tavera y el Alcázar y, por consecuencia, sufrieron desperfectos estos edificios incendiándose una manzana de casas correspondiente la cuesta del Alcázar y plaza de Zocodover, durante ese tiempo el paqueo en todos los frentes fue muy intenso.»

(Del diario de operaciones.)

Ante la fuerte presión ejercida por el enemigo, las fuerzas que defendían el hospital de Tavera, se vieron obligadas a evacuar el edificio; en él había alojado un número de personas que sobrepasaba la cincuentena, personas no civiles que habían buscado refugio allí.

Todos ellos, además de las fuerzas combatientes, desalojaron las dependencias, cumpliendo órdenes del comandante jefe, coronel Moscardó, que ordenó el repliegue hacia el Alcázar. También se dio la orden para el repliegue inmediato a todos los destacamentos de la Guardia Civil, que todavía estaban resistiendo dentro de la ciudad en los puntos claves designados.

Tan sólo quedaron a la espera de órdenes, los destacamentos que ocupaban la estación de radio, y el edificio del Banco de España. Aquella noche llegaban también al Alcázar los tenientes de Artillería Gómez Zarranz, Dorda y Ros. Estos últimos se habían evadido de la Fábrica de Artillería a cuya plantilla pertenecían. El primero había seguido el cauce del Tajo en una barca, cuyo dueño tuvo que ser conminado a ello con la más enérgica y decidida actitud del teniente Gómez Zarranz, que era uno de los oficiales que componían el grupo de prácticas a la sazón en Toledo.

En este día, Moscardó recibió una nueva y más enérgica llamada para inducirle a la rendición inmediata del Alcázar. Esta vez fue hecha por el señor Barnés, que ejercía a la sazón el cargo de ministro de Instrucción Pública, el cual, entre razonamientos y amenazas, buscó por todos los medios convencer a Moscardó para disuadirle de la actitud adoptada.

El Gobierno republicano obraba de este modo influido por una falsa creencia, de la que a poco a poco irían percatándose; creían que la actitud de Moscardó era privativa suya, o que, a lo sumo, participaban de ella una minoría muy reducida. Los hechos de este día, como el de otros venideros, fueron lo suficientemente elocuentes para sacar al Gobierno de Madrid de un error tan evidente como aquel que mantenían, o aparentaban mantener.

Aunque fueron muchos los momentos grandiosos vividos en el Alcázar, dedicamos a éste un especial recuerdo. Había un estado de ansiedad general, debido sobre todo a la presión que el enemigo estaba haciendo sobre las posiciones que todavía se mantenían en Toledo y sobre el Alcázar.

En todos podía apercibirse una contenida ansiedad, pero no pudo advertirse en ningún rostro la incertidumbre; si alguien la sintió, ante la actitud de los que constituía una mayoría de fe, debió sentir avergonzado. Allí no hubo indecisos; la ascensión al Alcázar fue un acto voluntario, y todavía iba a dárseles otra oportunidad, por si había algunos se hubieran arrepentido.

El coronel como se ha señalado había tenido una conel ministro de Instrucción Pública del gobierno del Frente Popular. La conferencia duró un buen rato, y en la espera de conocer lo que a ella se había hablado —y que como sucedió con el anterior parlamentario, el Jefe daría a conocer —permanecieron todos en ese clima de tensión que se acaba de mencionar. Pero hay en esto algo curioso, y que ahora, con la serenidad que el tiempo impone, puede afirmarse plenamente:

Aquella ansiedad en la mayoría tenía razón de ser: ¡El miedo! Pero no miedo a enfrentarse con el enemigo, no miedo a permanecer allí esperando firmes todas las embestidas que con ciega furia ya se habían empezado a lanzar sobre ellos, no... aquel miedo no era de esa clase. Tenían miedo, sí, pero de un modo opuesto. Temían que, merced a la persuasión, a las promesas, a las amenazas incluso, el coronel pudiera acceder y rendirse... guiado por la gran responsabilidad de saber que arriesgaba tantas vidas.

Pero pronto se deshizo el leve temor apenas indagado, sin fuerza para permanecer en ellos. Bastó ver su semblante firme y sereno, cuando, saliendo del despacho, ordenó:

—¡Que todos los defensores se concentren en el patio de armas!

La voz corrió rápida por las distintas dependencias. Sólo aquellos que tenían su servicio de guardia en los puntos señalados no pudieron encontrarse allí.

—¡Me han propuesto la rendición! —dijo el coronel con voz enérgica—. Yo no quiero forzaros a tomar ninguna determinación en contra de vuestra voluntad, por eso quiero que seáis vosotros los que me dictéis aquella que queréis hacer. Yo permaneceré en el Alcázar, sin embargo, las puertas estarán abiertas para quienes quieran abandonarlo...

Un rumor se anticipó a la respuesta delirante. En los ojos de todos brillaba de nuevo la confianza. Nadie dudó, ni siquiera las mujeres, que habían escuchado atentas, las palabras de Moscardó.

—Quiero que sepáis que el asedio será penoso, y que el enemigo buscará el medio de destruirnos. Sin embargo, con la ayuda de Dios, y nuestra fe puesta en el Ejército liberador, confío en que podremos resistir. Ahora espero vuestra respuesta...

Esa respuesta fue un clamor unánime en el que los gritos de exaltación respondían al interrogante que les había mantenido en suspenso; ¿Quién pensaba en la rendición, cuando en los corazones ardía el más vehemente deseo de luchar por tantas cosas que pretendían arrancarlos de nuestra fe y de nuestros más firmes ideales?...

Y allí en el viejo patio imperial, ensueño de Carlos V, y junto a las severas figuras de piedra de Recaredo y Recesvinto, todos ellos, sin falsas arrogancias, pero rehuyendo la cobardía entonaron la primera canción de guerra. Algunos las habían escuchado desde niños, cuando asistían a la Jura de la Bandera —fiesta siempre muy celebrada en Toledo— o en las festividades solemnes de la Academia, pero nunca como aquella vez el himno de la fiel infantería iba a resultar más hermoso y vibrante...

...Canción que brota de pechos que son tuyos, de labios que han besado tu bandera...

Había lágrimas en los ojos de las mujeres, y también se empeñaban con el vaho de la emoción más de un defensor, pero, ni en unos y otros, el llanto tenía otra significación que no fuera noble emoción de saberse unidos en la gloriosa empresa en que estaba empeñado el honor de todos.

DÍA 23 DE JULIO. JUEVES

«A las cuatro y treinta un avión enemigo efectuó un reconocimiento» sobre el Alcázar y alrededores. A las diez horas, el jefe de las Milicias llamó por teléfono al comandante militar notificándole qué tenía en su poder un hijo suyo y que le mandaría fusilar si antes de diez minutos no nos rendíamos, y, para que viese que era verdad, se ponía el hijo al aparato, el cual, con gran tranquilidad, dijo a su padre que no ocurría nada, cambiándose entre padre e hijo frases de despedida de un gran patriotismo y fervor religioso. Al ponerse al habla el comandante militar con el jefe de milicias rojas, aquél le dijo a éste que podía ahorrarse los diez minutos de plazo que le había dado para el fusilamiento de su hijo, ya que de ninguna manera se rendiría el Alcázar.

»A las quince horas fue bombardeado el Alcázar por un avión trimotor, que arrojó unas quince bombas. Bajas de este día: dos capitanes muertos, un guardia herido y otro contuso.»

(Del diario de operaciones.)

Ese día, que podría llamarse el día del deber amargo, tuvo en el trascendental hecho, que de modo tan escueto y sencillo recogió el coronel Moscardó en el diario de operaciones, la realización del insuperable sacrificio, que sobrepasa el límite humano, valorando la gesta de la que él fue predestinado, víctima y héroe.

Quizá no hubiéramos conocido en toda su aterradora sencillez el modo en que se produjo el histórico episodio si el coronel hubiera tenido junto a sí al comandante ayudante y al coronel cirujano. Fue este último quien, saliendo al patio imperial, dio la orden de que se convocase a los defensores, para darles cuenta de una triste e importante noticia.

Quiénes vieron las caras de los jefes cuando abandonaban el despacho, imaginaron que la noticia debía revestir una importancia muy grande, pero ninguno podía imaginar hasta que punto lo era: ¡Moscardó había hecho ofrenda del más grande sacrificio que puede ningún ser humano ofrecer!...

Más tarde, se conoció en toda su exactitud el diálogo, ese impresionante diálogo que es ya historia, y que, en su sencillez, da toda la dimensión de su grandeza.

Perpetuado en lápida de bronce, al lado derecho del sillón situado en lo que fue despacho del entonces coronel, hay una lápida en la que puede leerse la copia textual del diálogo que sostuvieron el coronel Moscardó y su hijo Luis. Dice así:

«Jefe de Milicias.—Son ustedes responsables de los crímenes y todo lo que está ocurriendo en Toledo y le doy un plazo de diez minutos para que rinda el Alcázar; de no hacerlo, fusilaré a su hijo Luis, que tengo aquí a mi lado.

«Moscardó.— ¡Lo creo!

«Jefe de Milicias. — Y, para que vea que es verdad, ahora se pone al aparato.

«Luis. — ¡Papá!

«Moscardó.— ¿Qué hay, hijo mío?

«Luis.—Nada que dicen que me van a fusilar si el Alcázar no se rinde; pero no te preocupes por mí.

«Moscardó. — Si es cierto, encomienda tu alma a Dios, da un viva a España y serás un héroe que muere por ella. ¡Adiós, hijo mío, un beso muy fuerte!

«Luis. — ¡Un beso muy fuerte, papá!

«Moscardó (Al jefe de Milicias). — Puede ahorrarse el plazo que me ha dado y fusilar a mi hijo; el Alcázar no se rendirá jamás.»

La recia figura del jefe, que siempre inspiró a todos los defensores admiración y confianza, cobraría, a partir del momento en que se conoció su heroica determinación, un nuevo motivo, el

más grande, el más singular, para sentir a su paso toda la veneración destinada a aquellos cuya capacidad de abnegación y sacrificio llega a los difíciles y crueles dilemas a cuya determinación fue sometido.

Ni siquiera su ayudante, a los cuales supo inspirarles siempre una respetuosa confianza, se atrevieron a turbar con unas palabras la serena resignación y la firmeza reflejadas en aquel rostro enjuto. El recuerdo del hijo inolado era algo tan sublime, tan suyo solamente, que no podía turbarse con unas palabras, que, aunque fueran muy sinceras, siempre resultarían vacías.

Con esta actitud, daban al gran sacrificio de Moscardó todo el valor y respeto que el hecho merecía. El jefe de la defensa agradecía en silencio aquella solidaridad reflejada en la mirada de todos, aquella fe firmísima, que, para él era la mejor prueba de que su sacrificio estaba compensado con el esfuerzo que todos ponían por ayudarle calladamente en la prueba terrible que vivía.

La preocupación por el abastecimiento empezaba ya a considerarse como un serio problema que debía atenderse con urgencia. Los mil ochocientos alojados consumían diariamente un número de provisiones, que permitía el cálculo de previsión para un plazo no muy largo.

Para conseguir incrementar las reservas de víveres, se ordenó que la primera y tercera compañía de la Guardia Civil realizasen una salida hacia determinados almacenes de la ciudad. Uno estaba situado en el Zocodover, y otro, en la llamada cuesta de Belén.

Pero, habiendo transcurrido ya unos días, el enemigo, en mayor número y bien pertrechado, impidió se consiguiera el objetivo propuesto, a pesar del valor y la audacia con que esta salida se había llevado a cabo. La posición ventajosa en que se hallaban los milicianos no fue sin embargo suficiente para evitar que la Guardia Civil se defendiera bravamente, causando bajas, además de traer consigo a unos cuantos rehenes, significados marxistas de Toledo.

DÍA 24 DE JULIO. VIERNES

«A las catorce horas un avión trimotor bombardeó el Alcázar, en combinación con una pieza de 15,5 cm., operación que repitió a las dieciséis y treinta, causando grandes destrozos en la puerta principal y habitaciones de la fachada norte.

»En este día fue incendiado el torreón noroeste, a consecuencia del bombardeo de avión, lo mismo que la parroquia de La Magdalena. Los muertos habidos fueron enterrados por la madrugada en el ángulo sudoeste del Picadero.

»Bajas de este día: tres muertos, tres heridos y seis contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Había hecho calor durante todo el día, un calor de meseta que parecía adherido a la ropa de los combatientes, reducida a lo más indispensable, para mantenerlo aun en aquellas horas en que, por la carencia de sol, imaginan liberarse de la pesada congoja que imponía, cayendo vertical sobre el tan castigado Alcázar.

Las incursiones de la aviación se hacían más frecuentes, y fue preciso profundizar todavía más en el recinto más hondo, para que en él pudieran ser albergados los niños, que eran en aquel momento los únicos que exteriorizaban su miedo. Esos mismos niños, y sus madres, eran causa de una preocupación para los jefes del Alcázar, bajo cuya responsabilidad habían sido admitidos en él. La gran preocupación no fue solamente de carácter militar, sino que hubo muchas otras cuya enumeración precisaremos en el lugar que corresponda; pero la primera de éstas sería, sin duda, la alimentación.

Para Moscardó, como sucedió con la mayoría de los que en toda España habían secundado el Levantamiento Nacional, aquella situación esperaba fuera resuelta en pocos días. En el Alcázar, estaban todos convencidos en principio de la llegada a Madrid del Ejército Nacional, en unos quince o veinte días después que éste había desembarcado el grueso de tropas regulares y mercenarias del Tercio de Extranjeros.

Los nombres gloriosos de Franco y Millán Astray, y los de Várela y Yagüe, unidos a otros de gran prestigio militar, hacían posible aquel optimismo contagioso. Quizá guiado por tal esperanza, el coronel no debió prevenirse en la medida necesaria. Pero nadie pudo suponer que la Academia de Infantería tuviera muchas menos reservas de víveres de las previstas.

También se confió en la requisita de los almacenes de Toledo, pero, debido a que sobre la ciudad se llevó a cabo un ataque intensivo influidos los rojos por la presentida defensa alcazareña, la ciudad fue tomada en un rápido avance el día 22. De ese modo las posibilidades de conseguir víveres se esfumaron.

A pesar de que la ciudad estaba invadida de milicias rojas que habían llegado hasta Toledo con el convencimiento y deseo de hacer capitular a los sitiados, y aun a riesgo de ser copados por las fuerzas enemigas, una compañía, y más tarde otra de la Guardia Civil, realizaron una arriesgada salida con el propósito de conseguir una alimentación suficiente y para traer consigo los alimentos adecuados para los enfermos que estaban refugiados y que junto con los niños constituían el núcleo más difícil de adaptar al estricto racionamiento a que hubo de someterse al resto de los defensores.

Los únicos que gozaron, en la medida de lo posible, de cierta abundancia, fueron los enfermos, los niños, y algunas mujeres, no todas. Aquellas jóvenes, sanamente constituidas, fueron, en su eficaz ayuda, unos defensores más. Sin embargo, no puede decirse que todas pudieran ser igualmente útiles. Entre las 550 refugiadas en el Alcázar, hubo un porcentaje no muy elevado que acusaron casi de inmediato lo duro del asedio.

Pero éstas se vieron compensadas con la magnífica ayuda de las capacitadas, las cuales trabajaron incansablemente con una disciplinada conducta, y un espíritu de sacrificio insuperable.

El equipo sanitario contó desde el primer día con un grupo de ellas, que, a pesar de no estar dotadas de la debida preparación, adquirieron pronto los conocimientos más precisos para

ayudar al equipo médico en su quehacer sanitario que aumentaba cada día, puesto que los ataques de la aviación empezaban a ser más frecuentes.

DÍA 25 DE JULIO. SÁBADO

«La artillería empezó su acción contra la fachada norte del Alcázar a las cinco de la mañana, terminando a las ocho, causando desperfectos e incendiando un coche automóvil de los sitiados en la explanada norte.

»La batería de 10,5 cm. reanudó su tiro contra el mismo objetivo a las doce y treinta, a las dieciséis, a las diecinueve, y a las veinticuatro horas.

»A1 anocheecer, una escuadrilla de tres aviones vuela sobre el Alcázar, arrojando proclamas que invitaban a los soldados a la desertión y desobediencia de sus jefes.

«Continúan los incendios de iglesias y en el barrio de Don Justo.

»En todos los bombardeos, tanto de cañón como de aviación, los «pacos» intensifican su acción en todos los frentes.

»A las veintiuna horas, marchó el capitán señor Alba de la Escuela Central de Gimnasia, con objeto de establecer contacto con las fuerzas del general Mola en la Sierra de Guadarrama y explicarle nuestra situación, ignorada en el resto de España, ya que, por causa de la falta de fluido, no podía funcionar el aparato receptor de la Comandancia de la Guardia Civil, ni había medio para proporcionar dicho fluido con los elementos del Alcázar, a pesar de haberse puesto a contribución el mejor esfuerzo para lograrla.»

(Del diario de operaciones.)

Unión Radio, la emisora del Gobierno de Madrid, se encargó de lanzar al viento toda una serie de noticias inexactas, según las cuales el Alcázar se había rendido a las fuerzas «leales». De este modo, presentándoles ante todos como un grupo de «facciosos» que se rendían a la primera intimidación, pretendían sembrar el desconcierto incluso en la zona nacional, de la cual el Alcázar estaba totalmente aislado.

Había el lógico temor, ante una probabilidad que aunque muy remota no podía ser descartada totalmente; porque, si aceptaban como real la supuesta rendición, las fuerzas que tenían como objetivo de urgencia la ayuda al Alcázar podrían ser incorporadas para atender a otros objetivos.

Mas esta suposición se desdeñó a medida que el tiempo transcurría en las próximas veinticuatro horas; y a la vista de la prensa de Madrid, lanzada sobre el Alcázar.

Los paquetes de periódicos que cayeron aquel día sobre las distintas dependencias fueron motivo de muy distintas reacciones. Sobre todas ellas predominó la indignación, casi la ira contra quienes estaban haciendo de la mentira un arma de combate. Hubo quienes se mostraron casi coléricos a la vista de tanta patraña.

—Mira esto —dijo uno ante las páginas en las que había una fotografía hábilmente trucada—. Ahora resulta que nos hemos rendido. Estos somos nosotros, según dicen ahí...

Bajo la fotografía en la que aparecían grupos de oficiales, guardia civiles y algún paisano, habían escrito: «Los sediciosos fascistas del Alcázar se han rendido al Ejército Republicano.»

Después de la explosión de toda clase de epítetos —algunos bastante fuertes— contra aquellas falsedades, consideraban las cosas bajo un punto de vista distinto. Todos tenían puestas las esperanzas en las columnas liberadoras que habían desembarcado en la península, todos confiaban que la defensa en aquel Alcázar imperial pondría todavía más ardor en su afán de lucha, movidos por el deseo de liberarnos.

Pero... ¿y si creían aquella patraña lanzada por los diarios del Madrid rojo? En tal caso, su interés podría encauzarse hacia otros frentes en donde la necesidad de liberación fuera más perentoria.

Los detalles que completaban la información sobre la supuesta rendición del Alcázar no podían ser más vejatorios; según ellos se habían rendido sin condiciones, y abandonando el

Alcázar, como ratas de un barco que naufraga, salían con los brazos en alto, en grupos de cinco... Se incluían declaraciones fantásticas, afirmando que la mayoría habían permanecido allí por coacción de los altos jefes, a la cabeza de los cuales situaban, como era lógico, al coronel Moscardó, el héroe, y el que más sufría las consecuencias de la serena decisión de todos.

Para poder informar a las fuerzas nacionales más próximas a la defensa, era menester que alguien se arriesgase a llevar a cabo la difícil misión de cruzar las líneas enemigas, hasta establecer contacto con el ejército del general Mola, que precisamente aquel día escribiría una página gloriosa en el Alto del León, aquel punto estratégico que más tarde se conoció por «Alto de los leones de Castilla», batallas del Espinar y el Copo, de Peguerinos y las Campanillas, donde los combatientes, avanzaban impasibles al fuego y a la sangre, con esa hombría que impulsaba a los nacionales.

En el proyectado plan de establecer contacto con el Ejército nacional hubo ofrecimientos por parte de varios oficiales, y como ya había ocurrido en otras ocasiones, hubo ocasión de constatar la pugna que se estableció por llevar a cabo aquel difícil servicio que tan peligroso era bajo todos los puntos de vista. Ante el firme deseo del capitán Alba, que había sido el primero en proponer aquel arriesgado plan, Moscardó decidió confiarle la responsabilidad de llevarlo a cabo.

El capitán Alba era un profesor de la Escuela de Gimnasia, al que se le conocía en Toledo por llevar desempeñando su cargo durante tres cursos en la academia. Había dejado en Toledo a su esposa y tres hijos, más uno que estaba a punto de venir al mundo, y al cual su padre no llegó a conocer.

Cuando abandonó el Alcázar iba vestido con la clásica indumentaria del miliciano rojo: el mono, el cinturón con las cartucheras, y, sobre el pecho, un emblema de las milicias que debía abrazarle el corazón. Se le había provisto de unos documentos falsos, y con todo ello, y el mensaje verbal y secreto del coronel, grabado en su memoria, abandonó durante la noche el Alcázar.

La desgracia hizo que un antiguo asistente del capitán le reconociera. Al llamarle por su nombre no hubo mala intención por parte del muchacho. Fue un gesto involuntario de sorpresa, cuyas consecuencias no supo prever. Detenido inmediatamente, fue llevado ante uno de aquellos Comités Populares de ingrata memoria y se le atormentó con objeto de hacerle confesar todo lo que ellos precisaban saber. La resistencia del capitán debió exasperarles de tal modo, que, sin tener en cuenta que debido a su graduación podría ser un buen canje, le asesinaron en Burujón, un pueblo donde el Comité se distinguió por la crueldad de sus actuaciones.

En el Alcázar no tardaron mucho en saber el triste final del capitán Alba. Como en el diario no podían dar la noticia, pues suponía un reconocimiento de la pervivencia en el Alcázar, encargaron a los hombres que con los altavoces se dirigieran a los sitiados para cubrirlos de insultos o incitarlos a la desertión, de darles a conocer la noticia. Los pormenores que daban de su persona, del nombre supuesto empleado y otros detalles, hicieron comprender a los defensores que, desgraciadamente aquella vez no mentían.

DÍA 26 DE JULIO. DOMINGO

«A las seis horas la artillería disparó solamente dos granadas, reanudando el fuego a las seis y treinta hasta las ocho. A esta hora viene de Madrid un avión enemigo que efectúa un reconocimiento por el Alcázar y sus alrededores.

»Por la tarde vuelve la artillería a reanudar el fuego, y no toca el edificio ni sus dependencias, pues va todo muy descorregido. A la explanada del Picadero se lleva el cañón de acompañamiento, con objeto de batir un tanque que la noche anterior fue visto pasando el puente nuevo en dirección a la estación del ferrocarril y por si volvía por el camino sería perfectamente batido y a muy poca distancia.

»Al anochecer otro avión enemigo hizo un reconocimiento, marchando inmediatamente. El «paqueó» fue algo intenso por todos los frentes durante el día.

»Bajas en este día: un herido y un contuso.»

(Del diario de operaciones.)

Aunque en el parte diario de operaciones se hace pomposamente mención de las piezas artilleras; lo cierto es que el Alcázar contaba única y exclusivamente con un cañón. Aquél era el feudo de los infantes, y la dotación de este tipo era difícil de conseguir por cuanto ni siquiera había en Toledo ningún regimiento de artillería. La fábrica de armas, era en realidad fábrica de explosivos, con toda la gama balística de calibres, incluidos el correspondiente material artillero.

En total el material defensivo con que contaba el Alcázar era el siguiente:

En primer lugar, con todo el armamento que la Guardia Civil había traído de las distintas Comandancias y puestos, amén del que aportaron del Colegio de Huérfanos, el Colegio de Guardias Jóvenes, los de la Escuela de Gimnasia, Guardias de Asalto, consistente en unos 1200 (mil doscientas) piezas entre fusiles y mosquetes.

Por parte del material existente ya en el Alcázar, se sumaban al anterior dos únicas piezas de montaña de 7 centímetros, 13 ametralladoras Hotchikss de 7 milímetros y 13 fusiles ametralladores de la misma marca y calibre. Teníamos también aquel mortero de 50 milímetros que aquel día hubo de ser emplazado en el Picadero, y sería llevado de una parte a otra en los sucesivos ataques que el enemigo preparaba contra nuestro reducto.

Todo esto, que constituía el material defensivo, era a todas luces no sólo insuficiente, sino fuera de toda comparación con el pertrecho del enemigo, del cual, su potencial artillero estaba batiendo desde el primer día al Alcázar por distintos flancos.

Sin embargo, en cuanto a munición y merced a la estratagema llevada a cabo por el coronel Moscardó estaban mejor provistos ya que solamente en cartuchos de fusil y ametralladora, sumábase una cantidad de 800.000. Había además unas 50 granadas rompedoras de 7 centímetros, 50 granadas de mortero Valero de 51 milímetros, 4 cajas ed granadas de mano incendiarias, unos 100 petardos de trilita y un explosor eléctrico.

Este meticuloso recuento que se hizo en el primer día del asedio, debía ser conservado del modo más riguroso. «¡No malgastar munición!» Aquellas palabras no eran una consigna, sino una orden que tendría que ser observada con el máximo rigor.

Del mismo modo que no podría ser desperdiciada ni una sola gota de agua, ni lo menos apetitoso del plato diario, en el que se llevaba un riguroso control de la legumbre y de la substancia animal que aportaban aquellos pobres mulos, sacrificados uno a uno para el sustento de los sitiados.

A pesar de todo ello, los cálculos continuaban siendo optimistas, ninguno podía suponer en aquellos primeros días que el asedio tendría la duración real que tuvo. Pero aunque en aquellos momentos alguien hubiera dado proféticamente la duración exacta de aquel asedio constante y vigoroso, la voluntad inquebrantable de todos hubiera sido igual, plena de ese inconformismo que hace necesaria la postura heroica, la decisión irrevocable...

DÍA 27 DE JULIO. LUNES

«A las ocho horas un avión enemigo hace un reconocimiento y marcha inmediatamente hacia Madrid. El día salvo el «paqueo», transcurre con tranquilidad.

»Por haberse terminado la harina, se distribuye, en vez de pan trigo tostado, hasta preparar elementos de fabricación de pan; se cuenta con tres mil kilos de trigo para el ganado y mucho más de cabada para caso de terminarse el primero.

»Por falta de carne se empezó en este día a sacrificar caballos para con su carne mantener a toda la guarnición, lo que proporciona gran tranquilidad respecto a este gravísimo problema, ya que hay en las distintas cuadras de la academia ciento setenta caballos de ésta y veintinueve de la Guardia Civil.

»El problema del agua, también de primera fuerza, queda muy satisfactoriamente resuelto, por tener la academia varios pozos aljibes con cantidad suficiente para resistir durante el tiempo que dure el asedio. La falta de agua del exterior es consecuencia de un bomba de aviación que cayó en la elevadora de aguas.

»El día con «paqueo» pasó con tranquilidad, y lo mismo la noche. Bajas en ese día: Dos heridos y un contuso.»

(Del diario de operaciones.)

Aqué fue el primer día en el cual pudieron dejar que transcurrieran las horas, hablar unos con otros, y trazar planes para el día en que dejaran victoriosamente los muros del Alcázar. El gran espíritu de confraternidad que había entre todos hacían posible el diálogo, la confianza incluso.

El jefe de Falange de Toledo, Villaescusa que había aportado al Alcázar un buen número de camaradas, era un hombre animoso que dejó impronta de su valor en muchos servicios, a los que se prestó con sus hombres siempre voluntariamente.

Hubo muchos momentos de los vividos durante el asedio, en los cuales, a pesar de todas las dificultades, venciendo todos los pesimismos, se permitían soñar con el futuro.

—¡Cuando salgamos del Alcázar me incorporaré a primera línea!...

—era un comentario, una idea fija de aquellos que habían acudido al Alcázar aun no perteneciendo al Ejército.

¡Incorporarse a primera fila!... Como si en aquel lugar batido por tierra y aire con toda la furia del enemigo, estuvieran en un lugar de cómoda retaguardia. Sin embargo la sangre ardiente anhelaba algo distinto, una libertad de acción que no estuviera supeditada a la contención de aquel baluarte.

Había también algunos, que en los ratos libres de servicio —cada uno tenían servicios diarios— escribía un apasionado epistolario a la novia toledana; y algún otro que dio vida a una serie de poemas, de los cuales existen editados y de los que se incluye el inspirado fragmento :

El sol no falta a la cita. Ni la gloria. Ni el deseo de morir. Todo está a punto. En su hora. Y en su puesto. Por las orillas del Tajo traen un cantarada muerto. Medio borracha de pólvora, la noche le da dos besos y se lo lleva triunfante a la guardia sin relevo...

¡Cuántos y cuántos recuerdos imborrables, grabados en la mente en la zozobra de las horas heroicas, vividas con la alegría de una resolución honrosa!

En aquel horror de la continua vigilancia ante el ataque imprevisto, de los bombardeos alevosos, la juventud triunfaba sobre cualquier pesimismo. Del mismo modo que siempre había una frase ingeniosa para dar un giro humorístico a los imponderables que la situación creaba. El trigo tostado, que llegamos a molturar con los más primitivos procedimientos, y que fue como el maná, o los comentarios de la prensa roja, que en una información ofrecida galantemente por los aviones enemigos, eran también causa de comentarios jocosos; todos se esforzaban en acallar

el pensamiento triste o simplemente pesimista, no estaban dispuestos a conceder tregua a nada que pudiera inducirles a la más insignificante desmoralización.

¡ Así eran todos los voluntarios toledanos, que defendieron el Alcázar!

DÍA 28 DE JULIO. MARTES

«Por la madrugada se observan los incendios provocados por los extremistas en distintos puntos de Toledo.

»EL día transcurre con tranquilidad; sólo el «paqueo» intermitente.

»Por las medidas de higiene adoptadas, la salud es perfecta y la enfermería normal.

«Mientras se buscan elementos para la molturación del trigo, se sigue tomando éste en las comidas en vez de pan.

»En este día no hubo que lamentar ninguna baja.»

(Del diario de operaciones.)

El orden riguroso que se observó en todos los aspectos de la defensa fue de suma importancia al aplicarse en la conservación del exiguo material sanitario, de modo que pudieran alargarse las existencias hasta el mayor tiempo posible. En este aspecto como en todos, una gran mayoría cooperó de tal modo que soportando dolencias ligeras o crónicas, no permitirían que éstas fueran advertidas por nadie. Y así fue, por cuanto algunos casos eran conocidos con anterioridad, por ejemplo el de la esposa de un comandante de la Guardia Civil, que habiendo agotado sus reservas de analgésicos, sufrió en silencio sus crisis neurálgicas que padecía.

—No me perdonaría gastar un calmante de la enfermería, por una dolencia mía... —dijo un día en que el molesto padecimiento se hacía visible en su rostro.

Todo el material sanitario consistía en el que ya había existente en la enfermería de la Academia, más el de la Farmacia Militar, que había también en el recinto. Raro era el día en que no se producían bajas, a las que era preciso evitarles en la medida de lo posible el sufrimiento.

El comandante médico-cirujano ponía un especial cuidado en la administración y conservación del escaso anestésico que había en una y otra dependencia. El anestésico indispensable para realizar la mayor parte de intervenciones, sería lo primero en agotarse.

Según disminuía la precaria existencia, los sanitarios se mostraban más preocupados. Lo estaban más que cualquiera de los que ocupando lugares de peligro, estaban expuestos a ser heridos. La previsión de estos necesarios auxiliares de la cirugía, estaba fijada en un tiempo indeterminado pero muy breve.

A todas las privaciones, a todos los peligros, a todas las inquietudes, venía a sumarse ésta de saber que llegaría un momento en el que el sufrimiento de una intervención no podría ser mitigada con nada.

Providencialmente, en aquellos primeros días, y a pesar de que ya se habían producido varias bajas, la salud en general, tal como registraba el coronel en su parte diario, era muy buena. Seguían confiando en vencer todos los obstáculos. Moscardó, alma de la resistencia daba con su serenidad y heroísmo, la pauta de la conducta colectiva.

Desde el día en que sostuvo la conversación telefónica con su hijo, el rostro del coronel parecía haber envejecido, y el dolor —compañero constante de todos sus momentos— había dejado su huella en el cansancio triste de la mirada. Sin embargo nunca dejó de mostrarse animoso, no permitiendo que aquel dolor que era suyo enteramente se interpusiera entre él y su deber, ni que se hiciera notorio a quienes necesitaban del estímulo de su gran fortaleza espiritual.

DÍA 29 DE JULIO. MIÉRCOLES

«En este día la tranquilidad es grande, salvo el «paqueo», no intenso, al que no se contesta.

»A las nueve y cuarenta y cinco un avión procedente del sur, pasa sobre el Alcázar en dirección a Madrid.

»A las dieciocho horas viene otro de Madrid, efectúa un reconocimiento sobre el Alcázar y marcha enseguida.

»EL «paqueo» se intensifica desde las veintitrés a la una de la madrugada; el resto del día transcurre sin novedad.

»Bajas en este día: Dos muertos y tres contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Aquel día, aparentemente tranquilo, y en el cual la aviación roja había pasado sobre la fortaleza sin descargar ni una sola bomba, cerrarían sus horas con el duro balance de dos muertos. Había caído uno de ellos de un disparo certero lanzado desde el Hospital de la Santa Cruz, que fue uno de los puntos desde donde con mayor intensidad se hizo constantemente fuego contra el Alcázar.

Tal lugar llegó a convertirse en una obsesión; continuamente hostigados desde allí, todos los defensores tenían siempre el mismo objetivo. Cuando transcurridos ya los años, algún defensor haya vuelto a pasar por el maravilloso edificio plateresco —una de las joyas arquitectónicas de la ciudad— no podrá menos de recordarle como cuando fue guarida de los enemigos, lugar desde donde llegaría la muerte para más de un sitiado del Alcázar.

Otro de los muertos fue un servidor de una de las ametralladoras, al cual se intentó salvar en una operación de vida o muerte. El día que había comenzado increíblemente tranquilo dejaba una huella de tristeza irreprimible con la pérdida de dos hombres. El número de muertos aumentaba en una proporción bastante crecida, sobre todo teniendo en cuenta que la posición defensiva, permitía por ese motivo resguardar mejor las vidas, cuando los ataques eran como los de aquel día, de «paqueo» difícil al blanco efectivo.

Todo esto era siempre motivo de pesadumbre, una pesadumbre lógicamente comprensible; caía un compañero, un amigo y perdían a un combatiente, a un defensor...

DIA 30 DE JULIO. JUEVES

«Empieza el día con tranquilidad; solamente un ligero «paqueo» que es incontestado.

»A las diecisiete un avión enemigo procedente de Madrid efectúa un reconocimiento y marcha en seguida a Madrid.

»A las diecinueve horas, piezas de 7,5 cm. hostilizan con diez granadas, que baten sin resultado la fachada norte del Alcázar y distribuidor de la cocina. Estas piezas están emplazadas en la Dehesa del Pinedo»" La noche con ligero «paqueo» incontestado, transcurre con tranquilidad.

»Bajas en este día: un muerto.»

(Del diario de operaciones.)

La artillería enemiga empezó a inquietar de modo casi constante. Debemos consignar, sin embargo, que el acierto de aquellos artilleros —en su mayoría improvisados— no era por fortuna demasiado eficiente. Esto causaba un alivio lógicamente explicable.

Mas la población civil del Alcázar, así como la militar, estaba también compuesta por mujeres, y sobre todo contaban con esa inquietud que siempre produce la presencia de niños, agudizada en la crítica situación que se hallaban.

Cualquiera que pueda creer exagerado este criterio, puede detenerse a pensar lo que significa la presencia de una cincuenta de criaturas, en una edad que comprende desde los once o doce años hasta unos meses.

A los primeros no podía engañárseles con fingidos procedimientos. En sus tiernas mentes, la muerte había sido ya una cosa tangible, porque no se pudo evitar la macabra presencia, ni el comentario en torno al peligro. Sabían ya, en una experiencia terriblemente precoz, todas las consecuencias que se derivaban de la presencia de los «pajarracos» nefastos. Y también habían podido comprobar como el horror de la muerte llegaba rompiendo muros potentes, para los que nada valía la fuerza gigantesca que representaban los altos paredones.

Y también los pequeños, aquellos que tan sólo balbuceaban el nombre materno, intuían con clarividencia prodigiosa el clima de muerte que allí se respiraba... Por eso, aun en esos días tranquilos en los que el parte diario, y el transcurso de las horas era moderadamente tranquilo, siempre había en cada minuto, en cada segundo la inquietud viva reflejada en unos ojos, en los cuales —todavía incapaces de medir la hondura de aquella razón— estaba presente el miedo.

DÍA 31 DE JULIO. VIERNES

«El día transcurre con ligero «paqueo» y sin novedad, y lo mismo la noche.

»No hubo bajas: sólo dos contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Así se dio fin al mes de julio que será recordado en las páginas de nuestra Historia Contemporánea, como ese mes de posturas definitivas en el cual los españoles se lanzarían a la gran decisión de dirimir con las armas todas las divergencias que la ingerencia de extraños a nuestro presente y a nuestro futuro habían creado en las consciencias de una buena parte de españoles.

Así diose fin a Julio, en esa espera tensa que hace más difíciles las horas. Para nadie era un secreto que aquella especie de tregua que se concedía era tan perniciosa como el más fuerte de los ataques.

Con aquel tiempo, que fue preconcebidamente preparado, se pretendió dar lugar a que las mentes se detuvieran a meditar de una manera más fría sobre la realidad de la situación que por libre voluntad se habían creado. Fue algo muy bien ideado, y que quizá hubiera surtido su efecto en otros elementos humanos sobre los cuales no actuasen fuerzas más superiores a ese material instinto de conservación, muy poderoso, sí, pero en muchas ocasiones desbordado por otras fuerzas que tienen su origen en apreciaciones puramente espirituales o ideológicamente fuertes.

Allí hubo ocasión de constatar cuan poco pesaban sobre todas las decisiones, ni las horas nocturnas de guardia en las que la mente está predispuesta a los más desapasionadas reflexiones, ni esa tensión exasperante en que los nervios supieron mantener la templanza que veíase retratada en todos los actos de los jefes, y en el mesurado hacer del coronel Moscardó.

Si por el pensamiento de alguno pasó la sombra de la vacilación, la sola presencia de él bastó para disiparla. Y es que frente al gran sacrificio de aquel jefe, todo lo demás era sólo la justa consecuencia del sobrehumano esfuerzo, de la gran decisión, del incomparable sacrificio suyo...

DÍA 1 DE AGOSTO. SÁBADO

«La mañana y parte de la tarde transcurren tranquilamente hasta las dieciséis cuarenta y cinco, en que una batería de 10,5, emplazada en la Dehesa de Pinedo, abre el fuego contra nosotros, teniendo como objetivo el Picadero, comedor de alumnos, distribuidor, cocina, compañía de tropa y pabellones del Carmen, ocasionando grandes destrozos, sobre todo en estos últimos, que quedaron casi destruidos; dispararon unas cien granadas en su mayoría rompedoras, durante el fuego hasta las siete de la tarde; a esta hora se vio que el Picadero estaba incendiado, ardiendo por completo en el resto del día.

«Bajas de este día: cuatro heridos y cuatro contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Las previsiones se habían cumplido. A nadie engañó el enemigo con los tres días en los cuales apenas dieron fe de existencia mediante un fuego de fusilería y ataques muy derivados a las posiciones de la fachada norte.

Todos sabían que una vez se reanudase la ofensiva contra ellos, ésta sería más fuerte y mejor dirigida. Y así fue. Los destrozos en el comedor y uno de los pabellones de alumnos así como en las cocinas, causaron un perjuicio de orden interno en cuanto al desenvolvimiento de la vida interna de la gran familia que se había formado dentro del recinto.

Estallaron las granadas sobre el espacioso repartidor, en el cual había la previsión de alimentos correspondientes al rancho del siguiente día. Las mujeres se lanzaron apenas se permitió el paso una vez finalizado el fuego, a rescatar las pocas cosas útiles que se habían salvado de la metralla. Utensilios de inapreciable valor, que eran necesarios para seguir realizando el cotidiano yantar, la gran cocina en donde hasta entonces se había llevado a cabo la cocción de la dura carne de mulo, pero que por fuerza de la necesidad les parecía exquisita...

Un sector de los defensores dio a este ataque artillero esa importancia en cierto modo secundaria. Sin embargo los desperfectos de la cocina, la incapacitación del comedor que en realidad no se hacía servir por estar en segunda línea de defensa, eran de mucha menor importancia, comparados con los que se acusaban en la estrategia defensiva trazada.

La explanada del Picadero que había sido tan duramente castigada, constituía la segunda línea de defensa, junto con las dependencias del comedor y cocina y un pabellón intermedio llamado Santiago.

En ocasiones posteriores Moscardó y otros jefes presentes en la defensa, explicaron cómo la idea básica de toda resistencia estaba apoyada en la invulnerabilidad de tres líneas fijadas sobre el trazado defensivo. La A, la B y la C. Esta última comprendía el cuerpo central del edificio. Intermedia estaba la B, en cuya zona se incluían las dependencias batidas ampliamente por la artillería, y el Picadero incendiado.

El fuego desde la Dehesa del Pinedo, que había de intensificarse en el transcurso de los días, quedó ya establecido de modo permanente. Todo el frente de la fortaleza que quedaba bajo el control de su ofensiva, fue acusando el demoledor efecto de la metralla. Esto daba lugar a que la población no combatiente, compuesta de mujeres y niños, tuvo que reducirse en sus espacios, señalándose un repliegue en donde por fuerza habían de encontrarse más incómodas todavía.

Sin embargo, aquella circunstancia sirvió para que la compenetración y deseo de ayuda entre todos se hiciera más perfecta y sincera. Desde el primer día del asedio se había establecido la costumbre de rezar al atardecer el Rosario. A este piadoso acto acudían no sólo las mujeres, sino aquellos defensores que por su distribución de servicio estuvieran libres en la hora que se llevaba a cabo la oración en común.

Incluso las mujeres de las familias marxistas que había con ellos asistieron de modo voluntario al rezo diario. Estaba también la familia del gobernador civil de Toledo, que con él había sido llevada al Alcázar. Y la de un destacado dirigente marxista que en una descubierta se había traído la Guardia Civil consigo, para poder emplearlo en caso necesario como rehenes.

Solamente la secretaria del gobernador civil demostró la disconformidad por su obligada permanencia junto a los sitiados, que eran la antítesis de todo lo que constituía el credo político de ella.

Escudándose en su calidad de mujer, no desperdició ocasión para hacer una notoria demostración de alegría ante cada ataque —bien fuera artillero o de aviación— que sufría el Alcázar.

El desprecio de las mujeres, que componían un compacto y heroico grupo, fue tan ostensible, que permaneció aislada espiritualmente, puesto que la familia del gobernador, de modo espontáneo participó desde la primera hora de todos los afanes de ellas, tomando parte en determinadas tareas, con el mejor espíritu de ayuda.

Aquella noche se redobló la vigilancia en aquel sector, que, debido a las brechas abiertas por las granadas rompedoras, ofrecía en el sector de Santiago un flanco muy peligroso.

DÍA 2 DE AGOSTO. DOMINGO

«La batería de 10,5 emplazada en el Pinedo rompe fuego sobre el Alcázar a las cero horas y treinta minutos, y con una interrupción de una hora sigue el fuego hasta las cuatro de la mañana, disparando en total unas cuarenta granadas. Por la tarde a las catorce, un avión enemigo bombardeó, sin precisión ninguna, nuestros puntos y marchó pronto.

»A las diecinueve, rompe otra vez el fuego la batería del Pinedo, teniendo como objetivo la explanada oriental y el Paso Curvo, causando desperfectos en el último e incendiando uno de los coches estacionado en la explanada. El «paqueo» intermitente y sin gran intensidad.

»Bajas de este día: un muerto, dos heridos y dos contusos.»

(Del diario de operaciones.)

El verano, en pleno apogeo canicular, dejaba sobre la fortaleza toda su agotadora intensidad. En la noche ni un soplo de viento aliviaba unas horas que eran esperadas por los combatientes para aliviarse del agobiante calor padecido durante las horas del día. Las horas de guardia nocturna, eran por lo tanto las más deseadas.

En ellas solían intercalarse a los paisanos entre dos números de la Guardia Civil, para que la veteranía de éstos ayudase a los que lógicamente habían de carecer de la natural falta de experiencia en estos lances.

Las advertencias de los de la Benemérita, con su prudencia habitual, eran siempre tenidas en cuenta por los defensores —jóvenes en su mayoría— que se arropaban con la veteranía de los civiles.

Así, cuando alguno de éstos decía: «Esta noche será movida», ya daban por descontado que había de suceder así. Y cuando como en aquella noche del día 2 de agosto, el estallido de la primera granada rompió el aire, ninguno de los que se encontraban entre la Guardia Civil mostró demasiado extrañeza, puesto que el vaticinio sólo hacía confirmar la seguridad y experiencia de los compañeros de puesto.

En esas horas de espera, solían dar a los «novatos» —como solían llamar a los jóvenes defensores— más de una lección práctica que en el futuro les sería de gran ayuda.

—Vosotros esperar tranquilos el foganazo del disparo enemigo — aconsejaban a los inexpertos.

—Pero ¿cómo puede uno esperar tranquilo a que se produzca un disparo que no sabemos si puede hacer blanco en nosotros?

—Eso es más difícil de lo que parece —respondían—. Tener en cuenta que un defensor puede obtener ventajas que no se le ofrecen a los atacantes. Ellos tienen que romper el fuego. Nosotros entonces podemos localizar el lugar exacto desde donde nos atacan.

—Pero después de esto, el parapeto los ampara —argüían los «novatos».

—Pero entonces ya se han hecho notar. En ese momento el punto de mira nuestro puede situarse con mucha más precisión, y ya sólo es cuestión de esperar el momento en que ellos disparen de nuevo.

Los «bisónos» seguían atentos aquellas explicaciones que eran fruto de las horas pasadas en los apostaderos, cuando en las jornadas de servicio, cualquiera de aquellos hombres sencillos, habían dado la renovada lección de su disciplinado esfuerzo.

La presencia de la Guardia Civil entre los defensores, además de el elevado número de hombres que aportaron a la misma, fue una lección constante que su veteranía ofrecía a aquellos, que por vez primera tomaban un fusil en sus manos.

Llevaban también el ejemplo de su aguante ante todo tipo de adversidades. Así cuando alguno de los defensores, en la cálida noche agosteña se quejaba diciendo:

—¡Hace un calor insoportable!

Siempre había un hombre a su lado con los recuerdos a flor de piel, dispuesto a narrarle cualquiera de las muchas noches, en que cansados y sudorosos habían recorrido las carreteras de España, en cumplimiento de un servicio.

Esto, que fue un estímulo constante, quedó reflejado en numerosos actos que ellos llevarían a cabo, con la misma eficiencia y sencillez que venían haciéndolo desde el día que juraron su cargo.

En aquella noche de agosto, desde sus puestos, cada uno siguió en el servicio encomendado, aconsejando a los que se confiaban a su cargo, dando un ejemplo hasta el fin, de cómo a pesar de que muchos habían alcanzado la madurez, sabían comportarse con la fuerza, resistencia e impulso del más joven de los hombres que había dentro de la fortaleza.

Los disparos de la artillería se sucedían con regularidad matemática, y la desproporcionada potencia defensiva del Alcázar se evidenciaba más y más. Entonces es cuando mejor podía advertirse cuánta fuerza moral y decisión estaba contenida detrás de aquellos muros, en los que habíase encerrado la determinación de resistir hasta el último de los defensores.

Porque ellos, separados del resto de las fuerzas nacionales, conociendo únicamente noticias falsas o desvirtuadas en su mayor parte, dejaban ya de considerar la liberación como algo inmediato, y en la mente de todos cobraba fuerza la dura realidad del prolongado asedio.

Los pocos aviones nacionales que habían sobrevolado por el cielo de Toledo, no parecían haber advertido la continuidad de la resistencia. Al menos así eran las suposiciones, que más tarde comprobaron eran falsas. Porque España, vivía pendiente de ellos, anhelante por que ¿legase el momento en que habían de ser liberados.

Pero, ¿cómo podían imaginarlo?... Los oficiales de la Escuela de Gimnasia, habían escrito en el patio, con un grueso trazado de tiza, un ¡Viva España! que ocupaba toda la extensión del amplio espacio.

—Cuando pase la aviación nacional, verá que seguimos resistiendo.

Pero ninguna señal había dado a conocer hasta entonces la respuesta al grito de fe, representado en letras trazadas sobre el patio.

DÍA 3 DE AGOSTO. LUNES

«A la una y veinticinco, las piezas del Pinedo rompen el fuego sobre el Alcázar, arrojando unas treinta y cinco granadas. Durante el día el pequeño «paqueo» desde distintos sitios de la población y desde San Servando. Sobre las dieciocho se observa que las piezas se trasladan de su emplazamiento, pero sin saber en definitiva qué camino han podido tomar. A las veinticuatro, rompen el fuego tres piezas de 10,5 sobre el Alcázar, explanada oriental, Paso Curvo y Capuchinos, causando grandes desperfectos con los treinta proyectiles que dispararon durante el fuego de hora y media.»

(Del diario de operaciones.)

Hubo en muchos episodios del Alcázar algo providencial, casi milagroso. Esto se demostró en el transcurso del asedio, y tiene un fiel reflejo en la confianza que en este día que se transcribe, recibió el comandante jefe de la defensa. Según éste, en una casa que estaba situada en las cercanías de la Explanada del Picadero, había unos grandes sótanos llenos de trigo.

El trigo era en tales circunstancias, algo tan precioso y estimable como las municiones, o los más precisos medicamentos. Con la ayuda de aquel trigo podía vencerse una de las mayores dificultades que amenazaban al Alcázar: el hambre.

Pero era preciso salir en su busca, y esto en tales circunstancias era algo que entrañaba un gran peligro. Se dispuso que aquella primera salida tuviera efecto en la noche, y para tomar parte en ella salieron fuerzas de la Guardia Civil, con voluntarios de Falange.

La provisión de trigo que entró en el Alcázar aquella noche remediaba ampliamente un tiempo que se preveía difícil y en el cual se garantizaba ya este alimento básico.

Después de haber descansado cuatro horas durante la mañana, a primera hora de la tarde se reunió a los falangistas para que preparados por el comandante Araujo, se les diera cuenta del orden a seguir en una descubierta que iba a llevarse a cabo aquella noche y para la cual se había contado con el concurso del paisanaje.

Aquel día, después de dos noches en las que se había castigado duramente al Alcázar —en el pabellón llamado Capuchinos, lindante con los comedores y más próximo al cuerpo del edificio que constituía el recinto del Alcázar—, el ambiente que se respiraba entre los defensores, era moderadamente ufórico.

He dicho moderadamente, porque entre ellos no se empleó nunca un lenguaje en el que no estuviera presente el comentario optimista, incluso jocoso... Pero el gran número de granadas que habían llovido sobre puestos de importancia defensiva, tenían que hacerse notar con su demoledor efecto.

Un efecto, sin embargo, transitorio, puesto que la reacción que más tarde se producía sobrepasaba al momentáneo impacto de los alevosos ataques. Casi diariamente los defensores pagaban el más elevado tributo por su recia voluntad defensiva; la presencia de la muerte, dispuesta a arrebatarles alguno de ellos, era también un reactivo, muy doloroso, pero de gran fuerza.

Ante cada uno de los caídos, en la humilde pero conmovedora ceremonia de darle cristiana sepultura, los defensores se reafirmaban en la gran decisión adoptada el 18 de julio. Ahora puede ser que para algún sector de lectores, estas frases se incluyan entre los tópicos empleados en los relatos de cualquier tipo de hazañas imaginarias; pero aunque el tiempo haya pesado, quedan sobrados testimonios de esa verdad perpetuada principalmente por la actitud frente a todas las adversidades, a la muerte, al hambre...

Aquel día —como decía anteriormente—, el reiterado fuego de artillería abatió momentáneamente el espíritu de algunos. Sin embargo, fue un sentimiento tan fugaz, que puede resumirse en ese hecho tan significativo de la salida en busca del trigo, empresa para la cual todos se ofrecieron voluntariamente.

El coronel Moscardó al recibir la importante confidencia obtenía providencialmente una ayuda cuyo valor podía ser «considerado de primerísimo orden; el que muy cerca de la línea A, defensiva hubiera una importante remesa de trigo, solucionaba el factor hombre.

Un súbdito francés, monsieur Ratier, que conocía la existencia de ese trigo almacenado en los sótanos de un banco, se ingenió de modo que el coronel conociera tan importante noticia. El lugar estaba próximo al Picadero, cerca de la cuadra número 4, y fuera de límite de la defensa.

La empresa por lo tanto implicaba peligro, pero ¿quién pensaba en ello, cuando se iba a conseguir algo de tanto valor como el trigo que podría sostener los estómagos hambrientos de los sitiados?

Aquella salida fue una empresa que tuvo un carácter casi deportivo. El sigilo con que se movilizaron y la pericia con que se llevó a cabo la salida, cuando las baterías del Pinedo estaban batiendo Capuchinos, fue algo perfecto, incluso alegre y divertido.

Regresaron con los sacas penosamente cargadas sobre las costillas, honor que les cupo a los más jóvenes. Los relevos eran muy cortos, pues aunque la distancia era pequeña, el peso de cada saca era considerable.

En el Alcázar todos esperaban impacientes el regreso. Las baterías habían cesado en el fuego, y había temor por que les delatase cualquier rumor o la sombra del grupo que formaban. Nada de eso sucedió, y el trigo llegó al edificio central sin novedad.

Allí estaba el coronel; en su rostro macilento y grave se dibujó una sonrisa. Quizá fue la primera vez que le veían sonreír. Para él aquel trigo suponía una cosa muy importante: la seguridad de que por un tiempo bastante considerable, el hambre no se aliaría con los enemigos, dispuesto a vencerles.

DÍA 4 DE AGOSTO. MARTES

«El día transcurre con «paqueo» que no se contesta, y parte de la noche, hasta las veintitrés, en que la batería de 10,5 cm., que se supone emplazada en la carretera de Mocejón y desde donde puede batir las fachadas norte y este, así como la explanada este, Paso Curvo y comedor, rompe el fuego contra la fachada este, Paso Curvo y Capuchinos, disparando ciento setenta proyectiles y causando los consiguientes desperfectos. Al anoecer, y por el comandante Araujo se requisan cuarenta y tres sacos de trigo más. El resto de la noche transcurre sin novedad.

»Bajas de este día: Un herido.

(Del diario de operaciones.)

En la noche siguiente se completó la requisa de trigo. Participaron en ella los mismos elementos que en la salida de la noche anterior; esperando a que como venía sucediendo desde el día 1.º de agosto, diera comienzo el fuego de artillería.

Así sucedió: a medianoche baterías emplazadas en un lugar distinto buscaban la destrucción de otros puntos del Alcázar, en una acción que empezaba a iniciarse como envolvente. Un ángulo del cuerpo central del Alcázar quedaba así bajo el fuego artillero, y fue una suerte que la mala puntería artillera de aquellos mal preparados milicianos, librase una parte importante de la metralla que copiosamente se lanzó contra el baluarte.

El Gobierno rojo, llevado de su furia contra tal actitud, actuó de un modo más espectacular que efectivo. El coronel Moscardó, y con él los prestigiosos militares que le secundaron, advirtieron bien pronto, como, ante ellos, no había un elemento rector suficientemente capacitado para vencerlos en un corto plazo, ni siquiera en un tiempo bastante más largo del previsto para la llegada de los hermanos liberadores.

Desde el primer momento, las fuerzas atacantes, tendieron a conseguir éxitos espectaculares, a destruir los hermosos torreones, a derruir los paredones medievales. Pero estos éxitos de carácter casi publicitario —si en un lance de esta índole puede ser aplicada esta expresión— consiguieron que los defensores creasen unas «defensas accesoas» —así los denominó el coronel Moscardó— cuya eficacia ha sido

Posteriormente estudiada en cursos militares no sólo nacionales, sino de otras naciones que han considerado de gran valor aquella experiencia.

Todo el interés de Madrid pareció concentrarse en el Alcázar. Diariamente llegaban numerosos grupos con el deseo de presenciar una rendición que ya se había dado oficialmente en dos ocasiones. Y es lo que decía uno de los defensores:

—¡Pero que poca formalidad tienen esos rojillos!

DÍA 5 DE AGOSTO. MIÉRCOLES

«Durante la mañana, nada digno de señalar. A las diecisiete cuarenta, la artillería disparó proyectiles contra la puerta principal del Alcázar causando pequeños desperfectos.

»A las dieciocho viene de Madrid un avión enemigo, que reconoce el Alcázar y dependencias y se aleja a Madrid, dando dos vueltas.

»A la llegada del avión se intensificó el «paqueo», durando en esta forma cuarenta y cinco minutos aproximadamente. Después decreció y el resto del día fue tranquilo.

»Bajas de este día: cinco heridos y cinco contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Después de los tres días de intenso fuego artillero a que habían sido sometidos, aquel día fue increíblemente tranquilo. El «obsequio» de los siete proyectiles dirigidos contra la hermosa puerta del Alcázar, además de no causar ningún daño de consideración, se les antojó —tras la lluvia de grandes rompedoras que habían castigado desde el Picadero hasta Paso Curvo los días anteriores— casi sin importancia.

Aquel día, además, tenían el gran aliciente de probar el pan, el primero que conseguían obtener mediante pruebas y más pruebas. Ahora, después de molturar el trigo la elaboración del alimento básico de la defensa, era ya un hecho.

Todos estaban ansiosos por probarlo, no solamente por la necesidad del organismo que reclamaba alimentos, sino por esa paradójica conducta que hace posponer por cosas de menor importancia, otras que tienen un interés urgente. Sin embargo, aquel pan lo tenía para todos, y mucho. El momento de su primera distribución fue —como tantas cosas vitales dentro del Alcázar— un acto que revistió también emoción.

Hubo además un orden perfecto. Nadie se adelantó a tomar algo que era tan urgente como deseado, y la distribución se llevó a cabo una vez más respetando un orden que en muchas ocasiones se había establecido de este modo: Enfermos y heridos, en primer lugar. Después los niños, detrás de éstos las mujeres. Y por último los defensores sin distinción de clases ni categorías.

La primera degustación de la ración, tuvo casi un carácter de solemnidad; hombres y mujeres se lanzaron a dar opinión sobre el punto de coción, o el grado de sal —que como tantas cosas— se tenía que ceñir al más riguroso control. Fue en verdad un espectáculo curioso el ver como gentes sometidas al más agudizado problema en su resistencia, concedían tanta importancia al saboreo de aquellas pequeñas porciones de pan moreno.

Más tarde, y contando con la provisión de aquel trigo casi milagroso, los encargados de la intendencia, se permitieron ciertas variaciones, para ser distribuidas como un extraordinario; consistían en la confección de unas tortas hechas con el trigo molturado y la grasa de los mulos, que en apreciación unánime «estaban riquísimas...»

Estas cosas daban lugar a escenas de cierto humorismo, pues hay que tener en cuenta que una gran parte de los defensores eran jóvenes, y aunque no podía considerárseles como seres inconscientes, tampoco podían sustraerse al imperativo de la edad, capaz de vencer adversidades, y de aceptar con alegría heroica una decisión que era su mayor orgullo.

En una de esas ocasiones en que el ímpetu juvenil se puso de manifiesto, hubo ocasión de comprobar una vez más el humano proceder del jefe, el coronel Moscardó.

Fue en este día en que el «paqueo» se hizo insistente. Este fuego de fusilería no era en sí tan peligroso o demoleedor como el que empleaban por medio de la artillería. Sin embargo por su continuidad se hacía molesto, impidiendo el libre movimiento por determinadas zonas del Alcázar. Esto, que les irritaba bastante, dio en más de una ocasión a que se cruzasen unas cuantas palabras de grueso calibre, ingeniándose un procedimiento para que los denuestos pudieran llegar hasta ellos con claridad.

Y así les sorprendió un día un capitán, cuyo nombre no hace al caso. Se habían confeccionado un altavoz, o lo más parecido posible a él, y con lo «más florido» del repertorio, respondían a uno de los muchos mensajes que ellos —con elementos suficientes— enviaban de modo constante.

El capitán, después de afear la conducta y el vocabulario, ordenó secamente :

—Reintégrense inmediatamente al cuerpo de guardia. Yo pasaré por allí.

Respondieron con un disciplinado: ¡A sus órdenes! Y ya se disponían a cumplir lo mandado, cuando el coronel hizo acto de presencia.

—¿Qué sucede? —preguntó dirigiéndose al capitán.

Éste le puso en antecedentes de lo ocurrido. Tal y como era de esperar, el coronel dio por bien hecha la repulsa y la orden subsiguiente.

Sin embargo, no pudo evitar una mirada de humana comprensión que contenía todo lo que su voz tenía deseo de decir. Era la mirada de un hombre que recordaba los gestos impulsivos que, en más de una ocasión, habría tenido que reprimir en sus hijos, era la mirada de un padre, que recordaba, y que no podía censurarse en el fondo, que se atacase con lenguaje duro a los asesinos de su hijo.

Más tarde, cuando los días transcurrían y las líneas defensivas se fueron cerrando, este intercambio de palabras se hizo general, de tal modo que se estableció un diálogo de matices variados que iban desde el miliciano que intentaba hacer el proselitismo desde su lugar, hasta el humorista que dedicaba algún comentario con cierta gracia. Como aquel que, un día dijo:

—¡Eh! ¡Alcázar! ¿Oyes? ¡Alcázar, contesta!

Y cuando ellos respondieron:

—Alcázar contesta. ¿Qué quieres?

La voz anterior respondió:

—Nada, que vosotros defendiendo y nosotros atacando, buena la hemos «liao».

DÍA 6 DE AGOSTO. JUEVES

»EL día transcurrió muy tranquilo, pues no disparó la artillería.

»Se efectuaron requisas y reconocimientos en las casas de los alrededores de Capuchinos, con resultados satisfactorios, aunque no en gran cantidad, pero que producen gran contento en la guarnición.

«Bajas en este día: dos muertos y dos heridos.»

(Del diario de operaciones.)

Tal y como dice el parte correspondiente, este día fue tranquilo, de una manera relativa. Para todos el hecho de no ser hostilizados por la artillería era un alivio de gran importancia. Las baterías de la Dehesa de Pinedo, que eran las que hasta entonces se habían empleado más frecuentemente contra ellos, estaban situadas a 3.500 metros de distancia.

Desde los puntos de observación, en donde siempre había un turno de oficiales en constante vigilancia, podían observarse los indicios de ataque. Pero a pesar de que eran advertidos casi siempre —puesto que tan sólo en la noche era difícil el prevenirse—, hasta entonces todavía no se había podido conseguir que el primer estampido al estallar la granada contra los muros, alterase rompiéndola, la tensión de unas horas, en las que se había estado pendientes de ese mismo momento de la ruptura.

Era en días así, cuando solían hacerse cálculos sobre la hora de la liberación. Cada uno exponía sus teorías, deducidas de los más variados cálculos. A juzgar por las noticias que se encargaban de enviarles los enemigos, el Ejército de África había sido derrotado habiendo cortado su avance en las batallas de Extremadura. «Los "facciosos" han sido derrotados», como un «slogan» que era demasiado reiterado para sonarnos como verdadero.

Pero el hecho más significativo era, que, frente al resto de los lectores se les mantenía en una total ignorancia de la continuación de la resistencia, o se daba una insinuación sobre la —«extinción del foco fascista del Alcázar»— pero los protagonistas del hecho, estaban en pie, dispuestos a resistir hasta la victoria, una victoria en la que todos confiaban.

Esta confianza de todos no es una simple alusión puramente retrospectiva. En verdad no había entre ellos ningún derrotista; si alguno mantuvo una duda sobre el éxito de la empresa, nadie llegó á conocerlo.

Y decimos esto, porque posteriormente, en la gran cantidad de tinta vertida sobre el relato de la defensa, ha habido alguien dispuesto a poner literatura en actitudes totalmente imaginarias. Por esto repetimos —todos los que constituyen de modo absolutamente voluntario el bloque de defensa— mantuvieron hasta un final desesperado, esa fe, la misma que les había conducido hasta allí, la que les hizo permanecer fieles a sus principios.

Una buena prueba de esto se refleja en numerosos hechos registrados durante todo el asedio, y que han dado carácter anecdótico a determinados actos de la defensa. Por ejemplo; en días de calma, tal como el que corresponde al parte antes mencionado, se buscaba el medio de llevar a cabo algo provechoso, pero siempre audaz.

La postura de los defensores no era estática, no fueron en momento alguno un puñado de hombres obligados a mantenerse en pie, sino que estaban erguidos, orgullosos, con un firme deseo de demostrar casi temerariamente que paradójicamente ellos eran los gigantes, en tanto los otros eran los incapaces, los débiles...

En ese día a que hacemos referencia, un suboficial de la academia propuso:

—Yo creo que si hiciéramos una salida por los alrededores , de Capuchinos, conseguiríamos traernos «algo».

Ese «algo» era comida, cualquier clase de alimento aprovechable, que hubiera podido quedar en aquellas casas, desalojadas en su totalidad, puesto que estaban en línea de fuego de las baterías enemigas.

Aunque estas salidas tuvieran efecto por la noche, el riesgo era muy grande, puesto que los focos de los emplazamientos rojos se movían con bastante frecuencia. Sin embargo a pesar de todo, y aun suponiendo que la aventurada salida pudiera ser infructuosa, se llevó a cabo, teniendo que designarse los participantes casi con un sentido autoritario, puesto que todos estaban deseosos de participar en esta clase de servicios.

Era notorio el mal humor del nuevo jefe de la Falange toledana, Vi-Ilaescusa, con el gesto firme y siempre una cita Joseantoniana a punto:

—«Nuestro sitio está al aire libre, cara al viento y bajo las estrellas.»

Sin embargo, aquel día en contra del deeso de todos tocó quedarse sin participar en el «festival» los más jóvenes. El comandante Rivas, con su gesto apacible y aquel acento gallego característico, dijo al observar la decepción de sus rostros:

—No apurarse, muchachos, que ya se organizará otra escapadita por los alrededores...

Este era el verdadero modo de reaccionar. Así se llevó adelante la resistencia frente a un enemigo, cuya fuerza no admitía comparación.

DÍA 7 DE AGOSTO. VIERNES

«Este día tampoco hubo fuego de artillería y transcurrió con ligero «paqueo». Por el comandante militar se dio orden de que el agua se suministrase una vez al día, para facilitar esta penosa tarea.

»Por la noche se efectuó una requisa en una casa de la Cuesta del Alcázar, encontrando una pequeña cantidad de víveres.

»No hubo bajas en este día.»

(Del diario de operaciones.)

Tal y como había prometido el comandante Rivas, al día siguiente pudieron participar en la salida un grupo de jóvenes voluntarios. Sigilosamente arrastráronse por la llamada Cuesta del Alcázar, procurando que, en la quietud de la noche, no se oyera ni el menor ruido de pasos. Toledo en aquellas horas parecía increíblemente quieto, allá a lo lejos el ruido de algún disparo, les devolvía a la realidad de la guerra.

El parapeto enemigo a menos de un kilómetro, permanecía quieto, como si aquella quietud fuera una previsión de fuerza para lanzarse con más furia en su ofensiva artillera.

—Esta calma no puede durar —decían los jefes constantemente. El mismo pensamiento les mantenía a todos en una permanente tensión. , —No, no puede, no será más duradero de lo que hayan previsto como límite para nuestra decisión. Porque ellos creen que muy pronto tendremos que enarbolar bandera blanca —opinaron después de las últimas noticias que habían llegado hasta ellos, según las cuales se decía: «Un grupo de locos, que todavía resisten en uno de los pabellones, retienen a la fuerza a las mujeres y niños, para que nuestra ofensiva no se lleve a cabo con la intensidad necesaria...»

Todo esto les llenó de ira, pero también de esperanza.

—Los partes están formados por un sinnúmero de mentiras. Nuestras tropas nacionales no han sido vencidas. ¿Por qué si no ocultan la verdadera situación de nuestra defensa...? — pensaron todos.

Todo esto proporcionaba una revalorización de su actitud, y ayudaba a aligerar las mentes de las dos salidas nocturnas, en las que a pesar de ser muy poca cosa lo obtenido, les causó una alegría inmensa, sobre todo teniendo en cuenta que eran víveres de una gran utilidad, para guardarlos de reserva en la confección de los limitados menús que podían ofrecerse a los heridos, cuyo número iba engrosando día a día.

DÍA 8 DE AGOSTO. SÁBADO

«A las siete cuarenta y cinco, un trimotor enemigo arrojó dieciocho bombas sobre el Alcázar y dependencias destruyendo completamente el edificio de Capuchinos. A la marcha de este avión vino otro que lanzó sobre el Alcázar granadas de gases lacrimógenos penetrando en el patio central tres, que produjeron pequeñas molestias solamente, pues fueron cubiertas de tierra y encendidas hogueras para su evaporación.

»EL resto del día y de la noche transcurrió con tranquilidad.

»Bajas de ese día: cuatro muertos, dos heridos y cuatro contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Los presagios temidos tuvieron su confirmación: De nuevo, tras casi setenta y dos horas de relativa calma, el ataque —esta vez aéreo— se reproducía con intensidad y dureza.

En unos minutos cayeron los muros del edificio de Capuchinos, en un ataque intenso llevado a cabo por un trimotor que dio tres pasadas de vuelo casi rasante sobre el Alcázar. La defensa era nula, y solo se podía hacer frente a la incursión salvaguardando todo aquello más preciso para la continuidad de la defensa; preservarse cada uno del peligro y hurtar al ataque aéreo, las municiones, y los víveres.

Ambas cosas estaban tan protegidas casi como las mujeres y los niños, o los heridos, porque esas reservas constituían la única ayuda con se podía contar. El ataque de aquel día, puso de mafiesto, la disciplina y el buen orden que se había forjado en tan difíciles circunstancias; disciplina que se mantuvo hasta el fin, cuando ya el enemigo les había cercado y forzó los más furiosos ataques contra el reducto defensivo.

Aquel fuerte ataque aéreo, aun siendo de más peligro que el inmediato, no tuvo, sin embargo, el efecto espectacular conseguido por este último. La primera bomba de colavetofenona rompióse de una manera muy estratégica en medio del patio central. El gas lacromógeno extendióse rápidamente penetrando en las dependencias del edificio central y llegando hasta aquellos lugares en donde por considerarlos de mayor seguridad estaban albergados los niños durante el día —en la noche convivían junto a sus madres— y asimismo hasta lugares próximos la nave habilitada para hospital, puesto que el lugar de hospital y farmacia de la academia resultaba menos seguro para los ataques de la aviación y aun menos los de la Artillería.

También cayeron otras bombas lacrimógenas en los tejados y en otros lugares próximos al edificio, consiguiendo que el efecto de su gas se acusara casi inmediatamente. Al notar los primeros síntomas, no pudo evitarse un movimiento de alarma, producido entre las mujeres sobre todo por el llanto de los niños, que ya habían apercibido la sensación de ahogo, como primera reacción causada por el gas.

En el pensamiento de alguna, la idea de que aquellos gases pudieran tener un carácter mortífero dio lugar a una crisis de histerismo, la primera registrada y que fue también la última.

—¡Gases asfixiantes! —fue un grito de pavor que se extendió con tanta rapidez como aquel humo denso.

La voz de un capitán se impuso, gritando:

—¡Son gases lacrimógenos! ¡Sólo gases lacrimógenos! ¡Esto pasará enseguida! ¡ Calma, calma! —Su voz vibraba con una fuerza increíble, en tanto con los ojos llorosos, seguía infundiendo calma.

Inmediatamente se encendió el fuego que destruía gran parte del humo molesto, a la vez que se dominaba el brote de histeria, y el llanto de los niños decrecía. Poco a poco, se recobró la cordura perdida tan solo momentáneamente acogiendo en un brusco cambio, con mutuas bromas, el aspecto que unos y otros ofrecían; aquel llanto ficticio, y el rostro congestionado por el constante lagrimeo, dio lugar a escenas jocosas...

Más tarde, las bromas se apagaron para dar paso a la pena: cuatro muertos era el balance de la jornada. Era la primera vez que se alcanzaba este número de bajas. Cuatro compañeros de asedio habían rendido tributo al honor unido a la fidelidad de la causa por la que resistían.

DÍA 9 DE AGOSTO. DOMINGO

«A primera hora de la mañana, el «paqueo» se intensifica, y a las cinco y treinta la Artillería disparó diez proyectiles. Siguió el «paqueo» que crece en forma rapidísima al aparecer un avión de bombardeo, qué, juntamente con la artillería, nos bombardean y cañonean, haciendo pensar que fuese preparación de un asalto; pero no tubo tal, a pesar del ataque de los frentes nordeste y oeste. Este fuego intensísimo duró dos horas.

»Por la tarde, a las dieciocho, un avión enemigo efectuó un reconocimiento y se marchó en dirección a Madrid, de donde vino.»

(Del diario de operaciones.)

En la orden de aquel día se citaron como muy distinguidos diversos elementos de los que integran la población combatiente del Alcázar.

El comandante Menéndez Parada dio los nombres de veinte guardia civiles, por su actuación heroica frente al enemigo. Y a la lista de esos nombres, se unieron propuestos por el capitán de Caballería Trejo, el de cuatro guardias más y dos soldados de la academia, los cuales, situados en lugares de gran peligro, habían hecho gala de un admirable espíritu.

Fue aquel un día de intensa actividad que se cerraba con el balance de tres muertos, número considerable si se tiene en cuenta que las bajas no fueron en total muy elevadas.

Lo ocurrido el día anterior había sido la incitación de los ataques masivos que aquel día se registraron. Apenas amaneció cuando en el pensamiento de todos estaba el convencimiento de que se avecinaba un fuerte ataque que superaría a todos los que hasta entonces habían padecido.

Cuando él fuego de fusilería dio comienzo, las fuerzas destacadas aquel día para la defensa del frente Nordeste y oeste, replicaron con fuego nutrido, al intenso tiroteo.

El coronel Moscardó tomó la iniciativa, para demostrar, Sin duda, que, a pesar del ataque aéreo del día anterior, y aun contando de antemano con los, previstos ataques futuros, todavía eran lo suficientemente fuertes para resistirles. Todo esto no se consideraba como una jactancia, sino como el resultado de la más firme convicción.

Es de señalar que, cuando en una conjunción de fuerzas —hasta entonces no empleadas— se atacó simultáneamente por el aire, por las baterías, y por el fuego de la infantería, todos temieron que un intento de asalto se produjera. He dicho temieron, y no es ésta sin embargo la expresión adecuada. Porque el temor, a pesar de que pueda parecer increíble, no era precisamente el modo apropiado de demostrar un estado de ánimo casi irreflexivamente heroico.

Decimos irreflexivamente, no por considerar que de haberlo meditado, la actitud hubiera sido distinta. No, la irreflexión no se atribuyó a nada de este orden, sino a un hecho que pudiera provenir de esa fuente de optimismo que es la juventud. Sólo, amparados con ese optimismo, se puede encontrar razonable aquella expresión de un cadete, cuyo nombre no hace al caso, exclamó con naturalidad, al ver como arreciaba el fuego enemigo y se presagiaba el intento de asalto: . —¡No saben lo que me gustaría que lo intentasen...! ¡No saben ellos lo que les espera...!

En esa inversión que ya señala el cambio de papeles no era por lo tanto una cuestión de forma. Se apoyaba en la convicción afirmada por la optimista frase: «¡No saben ellos lo que les espera...!»

La radio de campaña, con la cual tan sólo se podía captar Unión Radio de Madrid, dio cuenta por la noche de que el foco faccioso que todavía resistía en un pequeño reducto del Alcázar había sido totalmente barrido.

¡Cuántas veces más se había de escuchar todavía la noticia de la pretendida destrucción... ?

DÍA 10 DE AGOSTO. LUNES

«Todo el día transcurrió con tranquilidad. Durante la operación de descombramiento en el edificio de Capuchinos, se encontró el cadáver de un guardia civil. Por la Comandancia Militar se dio orden limitando el consumo de leche únicamente a niños menores de tres años y medio y enfermos por ir escaseando este elemento.

«También se limitó el consumo de agua a un litro de agua por persona, para evitar el despilfarro que de este elemento de primer orden se hacía. En la noche anterior, y por la cuarta cuadra desertaron dos cabos y siete soldados de la academia, por lo que el coronel comandante militar, nombró jefe de permanente del sector Santiago, cocinas picaderos, cuadras y pabellones al teniente coronel de Infantería, señor Tuero.

(Del diario de operaciones.)

Una vez más, el capitán Vela salió voluntariamente con unos cuantos hombres de Falange y de la Escuela de Gimnasia para llevar al Alcázar nuevas provisiones de alimentos. En esa ocasión se trataba de llegar hasta un almacén de plátanos, situado en los alrededores de la Cuesta del Alcázar, y en donde se suponía había bastante existencias del rico fruto.

Sin embargo, después del riesgo a que se habían expuesto, no pudieron conseguir provecho alguno, ya que todas las existencias de plátanos estaban ya en estado de descomposición. Un poco desilusionados, regresaron a la posición para vivir un día de relativa calma.

Después de que Unión Radio los diera por «barridos», era casi lógico disfrutar de aquel día de calma, en el cual, y siguiendo la costumbre, los sitiados buscaron el medio de llevar a cabo una arriesgada salida en busca de unos plátanos.

Pero lo más notable de ese día fue la orden de limitación de agua que aun siendo una medida imprescindible, no podía dejar de afectarles, por cuanto estaban en plena canícula, y la cantidad asignada apenas cubría las necesidades más perentorias de su sed. Pero quedaba sin atender otro aspecto no menos importante, cual era el del aseo, aun supeditado al mínimo indispensable, del cual habría de prescindirse, teniendo en cuenta que el litro asignado resultaba insuficiente incluso para saciar una sed que hacía más perentoria la deshidratación que el calor y el trabajo defensivo creaban.

Todas estas medidas encaminadas a dar fin con el «despilfarro» de agua que el jefe Moscardó señalaba en el parte de aquel día son cosas que a simple vista no revisten toda la dramática fuerza que cobran en la realidad. Aquel litro diario —cuyo racionamiento se observó cuidadosamente— fue para muchos un acto de disciplina insuperable.

Había quien, a despecho de lo prohibido en este terreno, solía decir:

—Cambio mi ración de pan por el suministro de agua.

Y hubo algún glotón que aceptó el cambio, aunque como decía, esto se sometió, como tantas cosas, a la disciplina marcada desde el comienzo del asedio.

La sed —que hasta entonces no había sido considerada como problema— vino a sumarse a todas las otras cosas que hacían más difícil de lo imaginado la continuidad defensiva.

A pesar de ello, no hubo resquebrajamiento de la moral. Esas deserciones apuntadas, fueron hijas del miedo imposible de ser vencido en elementos aislados, y prácticamente fuera del núcleo de resistencia. No podía concederse el mismo grado de moral entre los que estaban allí por voluntad propia, o por un consciente sentido del deber, a los que —como esos soldados de la academia citados en el parte del día— el movimiento les había sorprendido en aquella posición, y no sentían el mismo anhelo; y quizá ni el de los enemigos tampoco.

El bombardeo simultáneo de aviación y artillería fue una prueba demasiado dura que puso en trance difícil a quienes no podían calar en la profundidad de la gran decisión de vida o muerte adoptada por el resto.

Sin embargo, la deserción de aquellos hombres era un hecho que no convenía en modo alguno tuviera repetición. Suponían los jefes que estos hombres serían sometidos a preguntas sobre todo aquello concerniente a las instalaciones defensivas y todos aquellos detalles que más útiles pudieran ser para los ataques futuros.

DÍA 11 DE AGOSTO. MARTES

«Se hizo una salida a un almacén con elementos de Falange y Escuela de Gimnasia, del que no se pudo retirar nada por estar ocupados por los extremistas. Por la mañana se intentó por elementos de la Falange a las órdenes del capitán Vela la captura de fluido eléctrico en las proximidades del Carmen, no lográndolo por no estar bien hecha el empalme debido a falta de medios. Con dicho fluido se perseguía dos fines; alimentar la estación receptora —emisora de la Guardia Civil y también la molturadora, ahorrándose la gasolina que ésta consume.

»Por la noche de este día desertaron seis individuos de la sección de tropa de la Academia, por lo que se toman medidas para evitar estas repeticiones con medios en los que peligre la vida de lo» que quieren desertar y en el sitio por donde se supone que efectúan las desercciones.

»Bajas de este día: un muerto y un fallecido.»

(Del diario de operaciones.)

El capitán Vela, que siempre contaba con voluntarios para llevar a cabo las arriesgadas salidas fuera de la fortaleza, llamó a unos cuantos aquel día, en que ni la aviación, ni el fuego artillero se habían dejado sentir con su agobiante fuego aéreo y terrestre.

Era un proyecto que ya había expuesto dos días antes, y cuya más imperiosa razón era la de buscar el medio de poder establecer comunicación con el resto de las fuerzas nacionales en cualquiera de los frentes.

—¡Ellos tienen que saber que el Alcázar continúa sin rendirse! —suponía así en alguna ocasión en que se conjeturaba sobre las posibilidades de liberación más seguras.

,—Sin embargo —añadía otro—, hasta ahora nada indica que el ejército nacional haya conseguido vencer las dificultades que sin duda le ha presentado el enemigo. Algo hay de verdad en esa resistencia que dicen en la prensa roja. Yo conozco bien lo abrupto de ese terreno; soy extremeño —concluyó el guardia civil, con acento reflexivo.

—¡No se puede dudar!... —repuso otro de los defensores.

—Aquí nadie duda —respondió el aludido—. Sólo que nos hace mucha falta poder oír a los nuestros...

Era verdad. Nadie dudaba, absolutamente nadie; pero necesitábamos como el más urgente alimento espiritual, la comunicación con los hermanos de lucha. Escuchar una frase de aliento, algo con que romper el aislamiento en que se permanecía desde el día en que dio comienzo la resistencia.

Y por eso, secundando al capitán Vela, salieron una vez más en la noche. Esta vez no iban en busca de víveres. Pretendían enlazar con «1 fluido eléctrico, que tenía ramificaciones hasta un lugar alejado del Alcázar, pero asequible a quienes —como los que llevaban a cabo la salida— estuvieran dispuestos a correr el riesgo que implicaba la empresa.

La Cuesta del Carmen, en cuyo centro estaba emplazado el Gobierno Militar, era un lugar batido por la fusilería que desde Santa Cruz nos hostigaba con mucha frecuencia. Bien es verdad que por la noche este fuego cesaba por carecer de efectividad, sin embargo, continuaba un buen punto de observación para cualquier salida que se realizase por aquella parte.

El interés por conseguir el objetivo prefijado era muy grande, empero, a pesar de tener que realizar un arriesgado esfuerzo por cuanto se tuvo que permanecer un buen rato en plena Cuesta del Carmen manipulando en los cables conductores de energía. La falta de elementos precisos hizo que se fracasara en el intento.

Regresaron tristes a la fortaleza. La mayoría de ellos daba como seguro que aquella misma noche podrían escuchar las voces de aquel ejército nacional, en el cual estaban puestas la fe, y también la esperanza de todos.

DÍA 12 DE AGOSTO. MIÉRCOLES

«El día transcurre tranquilo hasta las diecisiete treinta, en que la Artillería batió los frentes Norte y Este del Alcázar, lanzando cuarenta y dos granadas que no causaron grandes desperfectos. Desde las diecinueve, en que cesó el cañoneo, el resto del día fue tranquilo. Al anochecer salieron individuos de Falange a hacer una requisita en las casas de enfrente de la Puerta de los Carros, trayendo muy pocos víveres.

»Bajas de este día: dos heridos.»

(Del diario de operaciones.)

La sencilla claridad del estilo castrense tan arraigado en el jefe, coronel Moscardó, queda perfectamente reflejada en ese parte, así como en otros análogos: «El día fue tranquilo», dice. Para añadir que habían disparado cuarenta y dos granadas. No es sin embargo una declaración fría de los hechos este estilo que se manifiesta de un modo tan natural.

Para Moscardó, la serenidad de expresión constituyó una fuerza magnífica por la que influyó sobre todos de un modo definitivo. Si en alguna ocasión se le observó triste, embebido en los tristes recuerdos de su gran sacrificio, nunca fue su expresión ensombrecida por otra idea que no fuera esta tan amarga de la terrible evocación, de la duda lacerante por haber enviado a su hijo Luis fuera del Alcázar.

Pero como jefe de la resistencia, estuvo siempre más sereno animoso, alegre incluso, lleno de aliento para todos, sin el menor desahogo, por el que pudiera resquebrajarse la moral. Hasta entonces inmovible, gracias a su ayuda. Así calificaría de tranquilo un día en que tan sólo habían lanzado más de cuarenta granadas el enemigo.

Esta lección constante obligaba a todos. Merced a ella superaron cualquier reacción de desaliento, ahogada en nuestro más recóndito pensamiento, apenas se atreva a nacer en él.

DÍA 13 DE AGOSTO. JUEVES

«El día transcurre tranquilo hasta las doce y treinta, en que la batería rompe fuego disparando cincuenta y dos proyectiles, y al mismo tiempo se intensifica por el enemigo el fuego de fusilería y ametralladoras, durante esta acción hasta las trece.

»A las diecinueve y treinta repite el fuego la batería sobre el mismo objetivo, durante treinta y cinco minutos en los que lanzó cuarenta y un proyectiles. Por la noche vuelven a repetir el tiro de artillería, disparando treinta y ocho proyectiles.

»No se sabe a ciencia cierta si por la artillería o intencionadamente, se ha prendido fuego a la casa de la calle del Carmen de enfrente de la cuadra.

(Del diario de operaciones.)

La provisión de víveres, que, era tal y como hemos dicho, causa de preocupación para el mando, tenía siempre en «pie de guerra» a la totalidad de los defensores, siempre dispuestos arriesgarse con tal de conseguir un aumento de las reservas alimenticias que disminuían rápidamente.

En las casas próximas a Capuchinos, que habían sido abandonadas al evacuarlas sus gentes que vivían en ellas por la proximidad al Alcázar, se suponía la existencia de algunos víveres, que siempre ayudarían a atender a los más necesitados de una alimentación algo más cuidada.

Los víveres que se obtuvieron en la salida nocturna de aquel día fueron sin embargo muy escasos, para ello hubo de correrse un gran-riesgo, puesto que en Zocodover empezaron a funcionar aquella noche unos potentes reflectores, que iluminando la cuesta del Alcázar, dificultaban notablemente todo movimiento nocturno por allí.

Las privaciones de cosas casi necesarias empezaban a imponerse; así a partir de ese día se suprimió el café, quedaban unas pocas reservas de azúcar para los enfermos y los niños de corta edad. De este modo se endurecía en otro aspecto no menos importante, una defensa que revestiría todas las fases de las penalidades.

Toda la gente acogía con gran espíritu las órdenes encaminadas a reducir y suprimir incluso determinados alimentos, pero no podía evitarse, que a pesar de todo, se recordase con mucha frecuencia todas aquellas cosas que no estaban al alcance de ellos, y que sólo con la imaginación podían satisfacer.

Era un consuelo contraproducente en la mayoría de los casos, pero inevitable, pues surgía en el diálogo, apenas se reunían en un momento de descanso.

—¿Qué darías tú por tomarte ahora una caña fresca de cerveza, con su corona espumeante...?

—¡Eres un sádico! —le respondió riendo el compañero, pero poco después recordó sus palabras, y la boca fue resecaándose más y más—. Oye, ¿aún te queda agua?

—A mí no. ¿Y a ti?

—Tampoco —la mayoría de los que estaban en aquel parapeto en donde desde las ocho y media de la mañana calentaba el sol de agosto, habían dado buena cuenta del litro de cupo correspondiente.

—Es posible que en el relevo alguien nos dé un poco más —dijo el amigo.

Algunas veces sucedía así. Sobre todo, aquellos que tenían familiares entre los defensores, aunque también entre quienes no contaban con ellos, podían gozar de la ayuda de los defensores no combatientes, siempre dispuestos a sacrificarse en la medida que ellos podían hacerlo.

Sin embargo, ninguno solía aceptar aquel desinterés que suponía un duro sacrificio para ellos. El nuevo horario que les privaba de aquel pequeño regalo del desayuno, fue también otro de los recuerdos de un día, que, como decía una señora de cierta edad y andaluza:

—«Trese tenía que ser hoy, para que dieran la orden de que nos faltaba el "cafelito".»

Bien es cierto que el «cafelito» añorado por la señora no tenía de tal más que el nombre, puesto que la intendencia se había ingeniado para tostar la cebada y el trigo agorgojado, de modo que obtuviera un brebaje que a todos, a pesar de todo, les sabía a gloria.

La confraternidad entre jefes y subalternos era admirable. Un día el comandante ayudante Carvajal pasó por un lugar en donde las ráfagas de ametralladora se sucedían con más frecuencia. Se detuvo un momento y fue hasta el puesto de observación, donde se batía bravamente un muchacho. Este tenía las manos sudorosas y le dolía el hombro de la repercusión del fusil. Se inclinó: el comandante hacia él.

—¡Te estás portando, enlace! ¡Todos os portáis como jabatos, esa es la verdad...! —Y variando el tono de la voz ordenó a los que ocupaban aquella zona—. Esos tiran mucho, pero cada vez peor. Vosotros decreced en el fuego, y que sigan con su puntería hasta que se cansen...

Así era el ambiente entre jefes y subalternos defensores disciplina-dos. En él reinaba la serenidad, la esperanza, y siempre la disciplina supeditada a todos los imperativos físicos y espirituales.

DÍA 14 DE AGOSTO. VIERNES

«En este día es también intenso el fuego de artillería, que lo hace a las doce y treinta a las dieciséis y treinta y diecinueve y treinta, disparando en total 159 proyectiles del 10,5 y 7,5 cm, causando desperfectos. Como siempre el «paqueo» molesta, aunque no es intenso. A consecuencia del cañoneo se incendió un coche en la explanada este.

»Por la noche se observa que han instalado otro reflector, iluminando el Arco de la Sangre y la Cuesta del Carmen. A la fuerza establecida en la Puerta de Hierro le arrojan por una ventana de San Cruz, y con una pequeña bomba, un chorro de gasolina que rocía a un centinela de la cuarta cuadra, pero que no pueden hacer arder a pesar de los esfuerzos, y por ser además tiroteados por nuestras fuerzas. Con la radio de campaña y otras particulares se capta Unión Radio, tendenciosa en sus informaciones; pero es tal el espíritu que anima a esta guarnición, que de sus noticias van sacando la realidad de la situación, sin preocuparse de los demás informes, por su confianza ciega en el éxito de la causa de España.»

(Del diario de operaciones.)

Aquel sábado, en Madrid se preparaba una especie de excursión gubernamental, en la que los ministros del Gobierno rojo iban a ver sobre el terreno el porqué de la supervivencia de la defensa cosa inexplicable para todos ellos.

Esto, que se supo aquel mismo día, por una fanfarronada del encargado de dirigir las consabidas amenazas por el altavoz, tuvo una prudente exposición que no dejó de sorprender a todos.

—El Gobierno está dispuesto a daros todas las garantías necesarias —dijo entre otras cosas—. ¡Dejad esos muros, que serán en muy breve tiempo vuestra sepultura! ¡No obedezcáis a vuestros verdugos!...

Esta vez los epítetos de mal gusto se habían trocado en palabras prometedoras. Era sábado y se preparaban los flancos del sitio para cerrarlo y mostrar una estrategia que hasta entonces sólo había conseguido destruir unos paredones, pero no la recia moral, en los sitiados.

Más tarde, se supo que un oficial del cuerpo de asalto había tomado el altavoz para actuar de locutor, buscando por este nuevo procedimiento el medio de ser más convincente.

—Aquí os esperamos, —dijo entre otras cosas—. No temáis. Os damos un plazo de veinticuatro horas para que os decidáis a venir con nosotros, porque no deseamos vuestro aniquilamiento.

—¡Mira que buenos chicos! —dijo el defensor Conde—. Ahora resulta que nos quieren bien, era uno de los que se tomaba todas las cosas de un modo desenfadado, y llevaba a cabo los actos más heroicos sin darle ninguna importancia. Más adelante, habría de patentizarlo en una acción imborrable de compañerismo y valor.

Fue este día también recordado por una grata impresión: Al finalizar, cada jornada, todos solían interesarse por el número de hombres que habían entrado en el hospital, y también pasaban con cierto temor por la sala habilitada para depositar a los muertos. Aquel día, a pesar del crecido número de proyectiles que habían sido lanzados sobre el Alcázar> no había ni un muerto, ni heridos, ni siquiera un contuso.

Después de esto ya no podía nadie mostrarse escéptico con respecto a esa Providencia tan manifiesta que parmaneció ayudándonos a los sitiados hasta el fin.

DÍA 15 DE AGOSTO. SÁBADO

«Comienza el día con tranquilidad. A las nueve y cuarenta, un avión enemigo en combinación con artillería, nos bombardea y cañonea con proyectiles rompedores y bombas fumíferas e incendiarias y teniendo la artillería como objetivo preferente el comedor, Paso Curvo y cocina, con objeto de batir la cocina y su unión con el Alcázar debido a esta insistencia sin duda a informes de los desertores sobre la situación de la cocina. La artillería disparó 15 proyectiles y la aviación ocho bombas, ocasionando el incendio de uno de los coches de la explanada este.

»Por la tarde, a las dieciocho, empezó otra vez el fuego de la artillería, y también de mortero de 50 mm., sobre el mismo objetivo de la mañana, durando el fuego hasta la veintiuna, lanzando hasta 200 proyectiles.

»Durante este día y con el teléfono de campaña, se une el Alcázar con la sección de tropa y con la cuarta cuadra y pabellones, pues por batir el paso entre estos frentes la artillería se hace muy peligrosa. Por la noche el enemigo de Santa Cruz hace un boquete en el muro y por él y con la bomba, arroja gasolina sobre pabellones y cuarta cuadra, no logrando ningún efecto por dispararle nuestros puestos e incendiárseles a ellos la gasolina.

«Bajas de este día: no hubo.»

(Del diario de operaciones.)

Cuanto más arreciaban los ataques, el número de bajas se reducía de modo notable. Después de dos días de intenso fuego, con un bombardeo de aviación aparatoso, y un número superior al del día anterior en proyectiles, la guarnición no registró ni siquiera el más leve contuso.

Los no combatientes —mujeres, niños y enfermos— dieron una tónica admirable ante el ataque con gas fumífero —lanzado sin duda para causar en ese elemento no activo y supuestamente menos apto para resistir, un efecto desmoralizador—. Después del primer ataque con gases lacrimógenos, ya estaban prevenidos e incluso se dotó a casi todas las mujeres, de la correspondiente protección antigás, que la mayoría de ellas no emplearon.

No obstante, la intensidad del fuego artillero, y la repetida intentona de lanzar gasolina sobre los puestos, fue algo que causó entre los jefes la natural preocupación; el enemigo estaba impaciente por la destrucción total. Más tarde se supo la presión que el Gobierno rojo ejerció sobre el mando militar para que la destrucción fuera un hecho concreto y no puramente fantástico.

La actividad de aquellos dos días, era sin duda la mejor prueba de estas suposiciones; todo denotaba la urgencia con que se pretendía destruir lo más posible las posiciones clave, y los sitios de más efectividad visual con respecto a ellos, buscando un efecto favorable ante el anunciado viaje de varios ministros.

Por la noche, todos los que estaban libres de servicio de puesto, se reunieron en torno a la Purísima, la Virgen Patrona de la Infantería, para rezar el San Rosario con particular devoción. Se conmemoraba la Virgen de Agosto, y el día había dado fin sin ninguna alteración notoria. En el ánimo de todos crecía la seguridad de que saldrían invictos de la fortaleza.

A pesar de ello, ninguno abrigaba un optimismo inconsciente; sabían que les esperaban durísimos ataques, que buscarían por todos los medios su destrucción y que para contrarrestar el gran número de hombres y potencial enemigo, habrían de llegar al límite del esfuerzo colectivo.

DÍA 16 DE AGOSTO. DOMINGO

«A las siete de la mañana las piezas de 10,5 cm. empiezan a disparar, enviando unos veinte proyectiles sobre la explanada este y Paso Curvo cesando el fuego a las siete cuarenta y cinco.

»EL "paqueo" no es intenso durante la mañana y tarde. A las dieciocho treinta, vuelve a romper el fuego la batería contra la fachada norte, disparando diez proyectiles y cesando a las dieciocho y cuarenta y cinco horas. »Con tranquilidad termina el día.

«Durante la mañana y parte de la tarde, se han oído ruidos subterráneos hacia la parte sudeste del Alcázar, y escuchados por el personal técnico, pudieron ser trabajos para construir una mina que partiese de las casas de enfrente del torreón sudeste y quisieran llevarla debajo de este torreón, que es el camino más corto; informan así mismo los técnicos que supone un trabajo muy lento, muy difícil de mucha duración y casi ineficaz, porque todo el terreno en que se asienta el Alcázar, así como el que le rodea, es de roca viva y además, por lo escuchado, parece ser que el trabajo lo están haciendo con maza y barreno.»

(Del diario de operaciones.)

El problema de provisiones crecía en dificultades a medida que los días transcurrían. El trigo que se estaba dando en substitución de las legumbres, no llegaba nunca al punto de cocción preciso para ser comestible. Los trastornos gástricos empezaban a ser frecuentes, y ateniéndose a esto, fue preciso que el motor de la motocicleta, encargado de la tarea de molturación, trabajase más horas cada día.

Así, una vez triturado, se consiguió una harina muy granulosa que ofreció menos dificultad para ser digerida. De todas formas fue preciso sobreponerse a todas las repugnancias producidas por tal deficiente alimentación y haciendo un esfuerzo llevar a cabo la ingestión de alimentos tan poco apetitosos como los que se podían preparar entre los muros de la fortaleza.

Por eso aquella mañana, cuando uno de los paisanos de la defensa dijo que en su casa habían quedado unas provisiones de chocolate todos se prestaron a tomar parte en una audaz salida, que había de ser hecha a pleno día, con tal de que aquel chocolate pudiera alimentar — aunque fuera por poco tiempo— a los niños tan necesitados de esas cosas, y algún herido necesitado de una dieta adecuada.

Esta vez la salida dio su frito, y al regreso hubo chocolate para los niños, y una buena provisión para la enfermería, ya que se pudo rescatar de la casa quince grandes tabletas de cuatrocientos gramos.

Eran cosas que proporcionaban una gran alegría a la población del Alcázar. Aquel día sin embargo hubo otro motivo de gran satisfacción: Por primera vez, después de conectar con todos los receptores del Alcázar, se consiguió oír la voz alentadora de Radio Club Portugal, desde donde continuamente se daban emisiones con la marcha de las columnas nacionales, y el avance de éstas en todos los distintos frentes.

Aquel domingo agosteño fue pródigo en acontecimientos de todo tipo. En primer lugar, la actividad de los dos días que le precedieron tuvo confirmación en la visita que Largo Caballero en unión del general rojo Miaja hicieron a las posiciones de los atacantes. Era, por lo tanto, necesario dar a éstos una idea de nuestro «desmoronamiento», sembrando de cascotes los frentes de observación de modo que la «inminente» caída del Alcázar no ofreciera duda alguna a los visitantes.

En la mañana todos los puestos de observación de Puerta de Hierro más próximos y los del torreón norte advirtieron en seguida un movimiento de fuerzas y de coches en dirección al Paseo del Miradero, convento de la Concepción y Santa Cruz. Estaban aquellos puestos bajo las órdenes del capitán Vela-Hidalgo que era quien con más frecuencia mandaba las fuerzas en las expediciones nocturnas.

Observaron cómo miraba con insistencia a través de sus anteojos de largo alcance, sin que la relativa calma que se disfrutaba justificase tanta atención.

—¡Qué atento está el capitán! —comentó uno de los que prestaba servicio en aquel lugar.

—¿Qué crees tú que mira?

—A lo mejor a las chicas que se pasean por el Miradero —repuso otro.

El Miradero, zona peligrosa, por la que apenas transitaban las gentes civiles de Toledo, y que había sido uno de los paseos más propicios para los enamorados, estaba allí ofreciéndose a la vista de todos como si pretendiera despertar dormidas añoranzas.

Fue un día —en ese aspecto de actividad ofensiva— muy tranquilo; sin embargo, cuando acudieron para recibir la ración de la primera comida del día, una vez terminado el servicio de observación, alguien comentaba junto a Villaescusa:

—Una mina, requiere cierto tiempo de preparación. Además no es fácil minar la roca...

—¿De qué estaban hablando? —se preguntaron no sin cierta alarma.

—Creemos que pretenden minar el Alcázar —respondió nuestro jefe Villaescusa.

—¡Volar el Alcázar nada menos! ¡Aunque traigan a los dinamiteros de Asturias!

Después se supo que hacía unas horas habían detectado los primeros ruidos que delataron el trabajo siniestro de zapa.

—Abajo no hay que decir nada en absoluto —añadió Villaescusa.

Siempre procurábase tomar todas las precauciones posibles para que ninguna noticia que entrañase un mayor peligro que el habitual llegase hasta los sótanos en donde se alojaban las mujeres y los niños.

A pesar de ello siempre terminaban por conocer todo lo que sucedía o podía suceder en un futuro inmediato, y la reacción era siempre igual, en forma de magnífica y espontánea expresión de aliento que infundía nuevos bríos en el corazón de todos.

Aquella noche, sin embargo, la depresiva impresión que pudiera suponer la noticia de la supuesta existencia de la mina, quedó totalmente borrada por la gran alegría de conocer de un modo favorable las noticias del Movimiento, que caminaban con paso firme en avances victoriosos por los distintos frentes.

La voz de la locutora de Radio Verdad de Portugal fue el impacto más grato y emocionante de cuanto podían esperar en aquel aislamiento en que hallaban. Por primera vez, después de casi un mes de resistencia, llegaba una voz amiga, diciendo con seguridad y certeza la verdad de la causa triunfante. A partir de entonces, esa voz sería el alimento espiritual de todos nosotros que esperábamos ansiosos la hora de su recepción diaria.

DÍA 17 DE AGOSTO. LUNES

«Comienza el día sin «paqueo». A las once y cuarenta y cinco rompen el fuego siete piezas de artillería, cuatro de 10,5 y las restantes de 7,5 cm., contra el comedor, cocina, distribuidor, Paso Curvo y explanada este, ocasionando graves desperfectos que obligan a trasladar la cocina y panadería a Paso Curvo la primera y al rellano de la derecha de la escalera principal la segunda, pues, previniendo esto, ya se tenía instalado en este sitio un horno de campaña.

«Dispararon las piezas más de ciento cincuenta granadas.

»EL resto del día transcurrió tranquilo salvo algún que otro cañonazo contra la fachada norte. Al oscurecer completamente se ha hecho por fuerzas de la guardia civil, falange y escuela con los capitanes Vela y Osorio, una salida requisando treinta sacos de trigo

»Por informes de observadores se sabe que algunas de las calles que rodean el Alcázar por el sur y oeste tienen alambradas y barricadas; esto, unido a los reflectores, muestra que el enemigo tiene el temor de que podamos efectuar alguna salida.

»Bajas de este día: un herido.»

(Del diario de operaciones.)

Aunque el emplazamiento de reflectores hacía más difícil las salidas nocturnas, no por eso dejaron de llevarse a cabo en cuanto las circunstancias lo permitían. Los viajes a la «casa del trigo» como ya era conocida por todos, se realizaron hasta la primera decena de septiembre. Los grandes sótanos propiedad del banco, contenían todavía una reserva bastante considerable que no podía ser desperdiciada. Sin embargo, tal alimentación sólo era soportable por la necesidad del sustento, puesto que su monotonía e insípido sabor llegó a ser muy difícil de tolerar.

Los encargados de la cocina pusieron a contribución la mejor voluntad para aderezar con los escasos medios a su alcance la cotidiana ración de trigo. En muchos de los defensores habían empezado a manifestarse trastornos gástricos, que eran de difícil tratamiento, teniendo en cuenta de que no había posibilidad de variar la alimentación, y que, si quedaba alguna reserva de alimentos un poco más selectos, éstos eran un depósito intocable en beneficio de los heridos, o de los enfermos más graves.

Hubo multitud de pequeñas molestias de este tipo: el hacinamiento en que se veían obligados a convivir en las horas de descanso —puesto que los dormitorios estaban situados en los sótanos como la parte más protegida de todo el edificio del Alcázar—, el hedor que despedían los cuerpos sudorosos y faltos de aseo, todas esas pequeñas cosas tan irritantes y molestas, que al conjugarse, tomaban una fuerza poderosa, fueron sensaciones ingratas que tuvieron influencia depreciando otras que podían considerarse de mayor importancia, cual era la situación de peligro en que transcurrían las horas.

Los diálogos nunca giraban sobre cualquier consideración de la que pudiera derivarse un criterio que pudiera rozar tan sólo el derrotismo. Nadie se le ocurría decir por ejemplo:

—¿Y si no llegan a tiempo a liberarnos...?

Por el contrario, decían:

—¡El día que salga de aquí!... —exponiendo seguidamente toda suerte de deseos fraguados en el anhelo de la hora esperada; segura y firmemente esperada.

Sin embargo, así como esas palabras de desaliento que hubieran sido casi lógicas no se pronunciaron, ni debieron pasar por sus mentes saturadas de fe y de optimismo heroico, hubo otras muchas que surgían apenas quedaban libres de servicio y por lo tanto con tiempo-para trazar planes:

—El día que salga de aquí voy a coger un «tablón» de cerveza... — la cerveza era meta soñada para muchos.

—Yo de «sangría» bien fresca decía otro.

—Pues lo que es yo —opinaba un positivista— en cuanto salga me «pegaré» un banquetazo de espanto... —relamiéndose de antemano en un regodeo gastronómico que llegaba a contagiar a todos.

También había quienes soñaban con el agua y el jabón, porque la suciedad era en ciertos momentos agobiante, se veían tan faltos de aseo que unos a otros casi eran causa de repelión. Para muchos, esto se constituyó en un tormento difícil de superar. Pero allí dentro de lá fortaleza, todo, las cosas grandes y las pequeñas llegaron a superarse.

DÍA 18 DE AGOSTO. MARTES

«Empieza el día con escaso «paqueo».

»Sobre las catorce se observa que están emplazando en los olivares cercanos a Pinedo una pieza de 15,5 cm.

»Por el humo tan grande que produce la cocina en su emplazamiento-de Paso Curvo y Piscina después, se ordenó su traslado al rellano de la izquierda de la escalera principal.

»Por la tarde el enemigo nos disparó desde distintos puntos unas veinte granadas de mortero.

«También por la tarde se comprueban los ruidos subterráneos por lo que se dispone incendiar la casa de la que se cree parte la mina. Ya de noche se han visto señales de cohetes de distintos colores lanzados desde Safón, San Servando y Campamento de Alijares, pero se calcula que no tienen otro objeto que el lanzarlos, por suponer que hayan sido cogidos los que en las últimas prácticas había dejado la academia en el campamento, y en efecto, la noche transcurre con tranquilidad.

»Bajas de este día: cuatro heridos.»

(Del diario de operaciones.)

La sospecha de que se intentaba minar el Alcázar cobró consistencia en este día. Durante la tarde los ruidos subterráneos se hicieron claramente perceptibles en la zona por la que el domingo anterior se habían detectado las primeras señales.

Lo más difícil para todos, era que no se contase con los medios precisos para contrarrestar los efectos destructivos del minado que en un principio podía ser más fácil de cortar, impidiendo la progresión.

La casa de donde se suponía arrancaba esta primera mina estaba situada en la calle de Juan Labrador, y, desde la fachada oeste, podía verse con toda perfección, independiente de los dos edificios próximos, ya que unos pequeños huertos le mantenían independiente.

En la fachada oeste era el lugar donde mejor se percibía el siniestro trabajo de zapa. La observación era constante y aunque se tenía en cuenta todas las previsiones de los técnicos, no podía evitarse el acudir allí, para pegarse al suelo y escuchar atentamente el golpear profundo con que se iniciaban los trabajos de minado —que más tarde se supo— se bifurcaba en dos ramales.

En cuarenta y ocho horas —y aunque se había recomendado silencio al respecto—, la noticia se extendió ya entre toda la población de la fortaleza. Si temíamos la reacción de las mujeres, una vez más cometeríamos error; aceptaron aquel nuevo peligro, con el mismo gesto sereno con que habían llevado a cabo todos los sacrificios que la situación les deparaba.

La respuesta de ellas era siempre ésta:

—¡Dios nos protegerá!

Sin embargo, era indudable que sentían el lógico miedo que es natural reacción del sexo. Y ahí radicaba esencialmente lo admirable de su conducta, en que, salvo casos muy aislados, todas supieron disfrazarlo tan bien, que ni ellas mismas creyeron tenerlo.

DÍA 19 DE AGOSTO. MIÉRCOLES

«El día empieza tranquilo, pero la observación acusa que se está emplazando otra pieza del 15,5 esperándose que el fuego empiece de un momento a otro.

»Por la tarde hostiliza el enemigo con mortero. Como ha habido confusiones con los aparatos de aviación, por suponer a veces que eran nuestros y por las radios extranjeras tener conocimiento de la marcha de nuestras columnas, se han colocado paneles en el patio y explanada este, indicando el emplazamiento de las piezas del 15,5.

»Como la leche va tocando a su fin, se dispone que la que queda se distribuya únicamente a los heridos.

»A las veintitrés horas se puso en ejecución el plan de incendiar la casa de donde se supone parte la mina, lo que se consiguió plenamente por medio de granadas incendiarias de mano y botellas de gasolina; el enemigo al darse cuenta apagó la luz de muchos sectores de la ciudad e hizo fuego con artillería del 7,5, pero sin eficacia. El resto de la noche tranquila.

«Bajas de este día: dos heridos.»

(Del diario de operaciones.)

La empresa de aquella noche no tenía el carácter de aventura de las salidas anteriores en busca de trigo o de víveres. Esa noche había en todos los rostros la tensión que imponía llevar a cabo con éxito una operación de sumo interés para la defensa. El capitán Osorio les congregó en el ala oeste, en cuya fachada se habían reforzado los puestos para cubrir a los encargados de realizar la misión señalada.

La mina se había constituido en la obsesión de todos. Cuatro escuchas en turnos de seis horas, se mantenían alerta para orientar en la progresión del trabajo desde el día 16 en que comenzó a detectarse el primer sonido.

De estos cuatro hombres, tan sólo el guardia civil Cayetano Caridad, ex minero de las minas de Riotinto, tenía alguna experiencia de aquel trabajo. Según el minado del enemigo avanzaba, Cayetano Caridad se multiplicó en su servicio de escucha, y fue más adelante cuando la explosión llegó a producirse, víctima de su exacto y elevado sentido del deber, al morir por efecto de la explosión, cuando pegado a la tierra cumplía su servicio.

Pero aún habrían de transcurrir unos días de asedio, de incertidumbre, de ese lento trabajo subterráneo, con cuyo resultado se contaba para dar fin con todos. Los defensores estaban dispuestos a morir si era preciso con tal de evitar que el trabajo progresase. Recibidas las instrucciones pertinentes del teniente de Ingenieros Barber, único defensor capacitado para todo lo concerniente a destruir en lo posible los planes del enemigo, se dispusieron a cumplimentar el arriesgado objetivo.

La vigilancia de todas las fachadas se había intensificado y la luz de los reflectores les impedía moverse con un mínimo de soltura. Los participantes en la salida llevaron instrucciones concretas, incendiar y destruir la casa de la calle de Juan Labrador; para ello portaban seis Laffite, unas diez granadas incendiarias, y varias botellas de gasolina (lo que ahora se llama Coctel Molotov) con un tapón de mecha dispuesto a prenderse en el momento del lanzamiento.

Las advertencias del teniente Barber, con su léxico animoso, fueron un estímulo de valor incalculable:

—Cuando el fuego prenda, vosotros ya estaréis de regreso. ¡Dispersaos! Lo que menos esperan es este golpe de audacia. Ligereza y serenidad. Desde aquí se os cubre, pero actuar como si no contaséis con ello. ¡Ahora!

Así salieron al exterior. Nadie titubeó ni un momento. Tenían bien aprendido el camino que había de seguirse. Fuera ya del recinto, atravesaron la Cuesta del Alcázar que era la zona más peligrosa. Se había hecho la salida por la Puerta de Carros, y el cruce de la cuesta por el lugar más próximo a la casa señalada.

Cada uno tenía su misión concreta, que llevaba a cabo tal y como se les ordenó. El fuego prendió con enorme rapidez, y casi simultáneamente comenzaron a disparar en dirección a él y sobre las proximidades. Cruzar jn la Cuesta del Alcázar, sorteando la luz, pegados a la sombra de los edificios deshabitados, arrastrándose hacia la Puerta de Carros, en tanto la fusilería del Alcázar silbaba por encima de ellos, en un fuego hecho por los mejores tiradores, con un objetivo alejado para distraer en lo posible el fuego enemigo, y poniendo buen cuidado en no tocar a ninguno de los hombres.

Después en el Alcázar, recibieron la felicitación del coronel jefe Moscardó.

—Desbarataremos todos sus intentos... —les dijo.

Después estrechó la mano uno a uno de los veintidós hombres que habían realizado el servicio. Los cuatro heridos recibieron también la visita suya en la enfermería. Ninguno tenía heridas de gravedad. El éxito por lo tanto no tenía la triste sombra de la muerte. Una vez más podía asegurar que la ayuda recibida era verdaderamente providencial.

DÍA 20 DE AGOSTO. JUEVES

«Comienza el día con «paqueo» nada intenso.

»A las diez treinta las piezas de 7,5, disparan quince proyectiles y al mismo tiempo lo hace también el mortero.

»Ante el temor de que puedan matar el ganado que queda en la cuarta cuadra y el que se subió a los fregaderos, se dispone que éstos se suban a los sótanos del lado del sur (piscina) sitio el más resguardado, efectuando esta operación con gran celeridad.

»A las once salen de la Cuesta del Alcázar un inquilino de ella con el alférez Sierra y dos o tres más, retirando los poco senseres que quedaban en ella; vieron enemigos ocupando la casa de al lado. Esta requisa se hizo porque el fuego de la casa incendiada el día anterior corría por la misma acera en la que está la que requisaban.

»A las diecisiete horas rompieron el fuego las piezas del 15,5 teniendo como objetivo la fachada norte del Alcázar, que a consecuencia de los innumerables proyectiles recibidos con anterioridad está ya resentida, causando por tanto, grandes desperfectos en el material que cubre la fachada y sus adornos. Dispararon unas veinticinco granadas, en las que predominan las de hierro fundido, que se fragmentan muchísimo.»

(Del diario de operaciones.)

Las precauciones del enemigo para evitar todo contacto de los defensores con el exterior, iban en aumento. En aquel día 20 de agosto, tal y como ya habían hecho desde el Zocodover, se instaló en el castillo de San Servando un reflector de gran potencia que iluminaba el Puente Nuevo.

También en la Magdalena y en el Paseo de la Barca del Valle, instalaron otros que iluminaban las fachadas sur y norte, impidiendo o al menos tratando de hacerlo, que las salidas al exterior tuvieran una mayor dificultad.

Todo esto, que no tenía más finalidad que conseguir una mayor eficacia en el trabajo de zapa que estaban llevando a cabo, no impidió hasta el fin que los arriesgados hombres del Alcázar intentasen una y otra vez sus temerarias salidas.

Tan sólo habían transcurrido poco más de veinticuatro horas después de la destrucción de la casa de la calle de Juan Labrador, de donde se suponía partía la mina, cuando entre los reclusos en la fortaleza se hablaba del suceso, como de algo ya extirpado, cuyo peligro era cosa pasada.

Era probable que tal actitud tuviera otra finalidad; que todos trataran de engañarse, de mantener ese estado de moral, sobre todo entre los elementos no combatientes, los cuales siempre eran más fáciles a toda clase de influencias en un sentido o en otro.

Sabían, sin embargo, que el intento se llevaría a cabo de nuevo, empleando los procedimientos necesarios para que no pudiera desbaratarse su acción como esta vez. El teniente Barber, que era el más convencido de ello, ordenó se diera comienzo a un acotado por alambradas de la zona que podía considerarse como más peligrosa.

Este quehacer no dio comienzo hasta pasados unos tres días, y cuando el ruido del fatídico compresor fue detectado nuevamente. Todos estábamos dispuestos a llevar a cabo los servicios necesarios si como en la anterior ocasión podía evitarse el peligro inmediato, sin embargo la progresión era muy lenta, y por las observaciones hechas sobre el terreno, ésta tropezaría con enormes dificultades.

Ésa fue al menos la impresión del momento, sin que por eso el mando permitiera más salidas por la llamada Puerta de Carros, ni aun por otros puntos menos batidos; la próxima salida se iba a hacer a pleno día, antes de que las casas de la Cuesta del Alcázar quedasen destruidas por el fuego.

DÍA 21 DE AGOSTO. VIERNES

«A las siete empieza el fuego de artillería del 15,5, disparando dos granadas. A las once empieza otra vez, disparando veinticuatro yroyec-tilos. A las dieciséis cuarenta rompe el fuego otra vez, disparando treinta y dos granadas, y todas las veces contra el mismo objetivo: fachada norte, con los consiguientes destrozos que van determinando la brecha que quieren abrir.

»A las diecinueve rompen el fuego las piezas del 7,5 y el mortero sobre cocina y comedor.

»A las veinte, el enemigo establecido en Santa Cruz, arroja sobre los pabellones y Puerta de Hierro botellas de gasolina que inútilmente pretenden incendiar con cinco granadas de mano.

»Por la mañana elementos de la Escuela de Gimnasia, ante el avance del fuego por las casas de la Cuesta del Alcázar, hicieron una salida a la sastrería de Gayo, trayendo algunas piezas de tela, que depositaron en el almacén de la Academia.

»A las once se vio pasar una escuadrilla en dirección a Talavera de la Reina.»

(Del diario de operaciones.)

Desde este día, y siguiendo instrucciones del comandante jefe del Alcázar, se instalaron en los torreones equipos de transmisiones por medio de los cuales se buscaba el medio de entrar en contacto con las columnas nacionales que se encaminaban hacia allí.

Para esto se aprovechó todo el material de transmisiones existente en el Alcázar, reparándose todos los elementos útiles que había en la Academia y que podían ser aprovechados para este fin. Sin embargo, el contacto con las columnas tardó todavía un tiempo en establecerse, aunque se pudo obtener un contacto indirecto que daba una idea bastante aproximada de la progresión de las minas.

Había dado comienzo la última decena de aquel agosto interminable, y contra toda suposición todavía no podía tenerse una certeza de que la liberación estuviera determinada para una fecha inmediata. Necesitaban el contacto con los hermanos de la causa, no por la ayuda inmediata que sus noticias pudieran ofrecerles, tanto como por esa otra ayuda moral necesaria a pesar del alto espíritu de todos.

Las diarias noticias de Radio Portugal eran esperadas ansiosamente cada noche. Por ellas conocieron no sólo los avances de los frentes, sino también la información que se daba de su propia resistencia.

—Sabéis que resistimos, que permanecemos en pie, a pesar de todo cuanto se diga por parte de los radios rojos —decían—. Sin embargo, ¿por qué no han hecho hasta ahora ningún intento de contacto con nosotros?

Esto no era una queja, ni un reproche; tan sólo una necesidad ardiente y desesperada de comunicarse con ellos. La instalación de los grupos transmisores fue, a consecuencia de ese mismo deseo, captado certeramente por el jefe. Pero en este punto, como en tantos otros, se verían obligados a luchar contra los imponderables creados por tal situación.

El equipo de transmisiones era muy deficiente, y su emplazamiento en los torreones, respondió más a la buena voluntad que a su eficacia positiva. Sin embargo esto les dio alientos; y es que allí el más nimio detalle bastaba para mantener una exaltación, que por otra parte no necesitaba estímulos a la hora de defender y continuar la resistencia.

El emplazamiento de los equipos transmisores llevaba además implícito un gran riesgo, pues estaban seguros de que las piezas de artillería dirigirían hacia esa parte sus tiros apenas fuera advertida su presencia. A pesar del riesgo, la empresa se llevó a cabo con el mayor entusiasmo, y los voluntarios, adiestrados por el animoso teniente Barber, fueron tan numerosos, que hubo necesidad de desechar más del 50 por 100 de las peticiones.

DÍA 22 DE AGOSTO. SÁBADO

«A las cinco de la mañana se señala la presencia de un avión que viene del sudoeste, evolucionando no muy alto sobre el Alcázar y se retira en la misma dirección de venida. Este aparato origina grandes discusiones, por asegurar bastantes observadores que no es como los otros y no lleva ningún distintivo rojo, lo que hace presumir fuese el primero que enviasen nuestros hermanos.

»A las siete «paqueo» con alguna intensidad y hostilizan con mortero a la sección de tropa. A las diez y de Madrid, aparecen un trimotor y un caza, que, después de evolucionar sobre el Alcázar y alrededores, bombardean, arrojando doce bombas que la mayoría caen fuera del recinto, pues con fuego de fusiles y ametralladoras se les obliga a volar perdiendo con ello precisión. Alternando con las bombas tiran latas de gasolina, con objeto de producir el incendio del Alcázar, lo que no consiguen, por latas y bombas en sitios distintos.

»Al mismo tiempo actuaron las piezas del 15,5, «pacos» y ametralladoras desde distintos sitios enemigos; las piezas pesadas dispararon ocho proyectiles, de los que dos penetraron en el patio. El fuego duró hasta las once cuarenta y cinco, en que se retiraron los aparatos.»

(Del diario de operaciones.)

En este día ocurrió un suceso que dio ocasión a una explosión de justificada alegría. Atardecía ya, cuando, procedente del sur, fue acusada la presencia de un avión que, en vuelo relativamente bajo, dio una pasada sobre el Alcázar.

Sorprendidos los defensores de que el avión no llevase a cabo ningún ataque contra la posición, y dado lo avanzado de la hora no apta para reconocimientos, supusieron de inmediato pudiera tratarse de un avión nacional, que hubiera perdido su ruta, o que volase bajo por cualquier avería.

Sin embargo, el avión, una vez en que sin duda localizó el objetivo propuesto dio una nueva y más baja pasada, dejando caer en el patio central un voluminoso paquete, que, al estrellarse contra el suelo, se desparramó en numerosos paquetes.

Los defensores, que como medida preventiva se habían resguardado, fueron abandonando sus refugios para aproximarse al lugar en donde había ido a estrellarse la preciosa carga.

Una vez cerca de aquellos numerosos paquetes esparcidos por todo lo ancho del patio, apenas pudieron dar crédito a lo que veían sus ojos. Aquél era en realidad un avión nacional, que había llegado hasta allí para lanzar, sobre la desvalida población del Alcázar, aquel paquete que no sólo contenía un auxilio en víveres muy valioso, sino que era el vivo testimonio de que los hermanos de la España nacional no olvidaban a los héroes que resistían detrás de los muros del Alcázar.

Aquel día ya nadie prestó atención ni al fuego de morteros de San Servando ni a los últimos disparos del día desde los Alijares, porque el momento que se vivía prendió en todos los corazones con la fuerza de una alegría, la primera positiva y directa que llegaba hasta allí para mantenerles y alentarles con los mensajes de fe que junto a los preciosos alimentos llegaban.

La desbordante alegría que les produjo el primer contacto con sus hermanos no pudo ser superada ni siquiera por el goce materialista de todo cuanto nos llegaba como el mamá, para mitigar urgentes necesidades. Aquel momento en que el paquete rompióse lanzando por todo el patio numerosos paquetes, fue indescriptible.

La mayoría de los defensores seguían atentos el vuelo rasante del avión en su primera pasada. En el ánimo de todos estaba ya la seguridad de su procedencia.

—¡Son los «nuestros»! ¡Es un avión de la España Nacional! ¡Es «nuestro», es «nuestro»!

Con qué fruición se repetía aquel denuesto, con el cual se afianzaban en esa seguridad de pertenencia, en ese descanso por sabernos apoyados por los hermanos de fe y de lucha.

Después, en su segunda pasada, cuando dejó caer el voluminoso paquete, la alegría fue desbordante. Aquel presente era la silenciosa llamada, respondida por una identificación de tanta fuerza espiritual que no precisó ningún medio para comprenderla. Ellos sabían cuan necesitados estaban de establecer ese contacto, que redoblaría sus fuerzas, a las que todavía les quedaban días de durísimas pruebas.

Venían todos los paquetes atados con cintas de los colores nacionales que las mujeres — con su emotividad agudizada por las circunstancias— besaban llorando. Más tarde se consideró el otro aspecto de la cuestión, esto es, el positivo. Los fumadores que habían quemado las más increíbles materias en un vano intento de buscar un sucedáneo de su vicio, recibieron tabaco. Hubo refuerzos para la enfermería y un pequeño extraordinario para todos, a repartir en la comida del siguiente día, dejando un pequeño fondo de previsión.

En los sótanos se respiraba un «ambiente de fiesta. Y aunque como en una rabiosa represalia rompieran fuego sobre aquella fachada por la que intentaban abrir una brecha para lanzarse al ataque, ninguno de los sitiados les concedió más atención de la precisa, como si sus rabiosos disparos rebotasen en los muros, para herirles de rechazo con su altanera seguridad. Porque allí ante ellos estaba la prueba palpable de la España amada, por la que lucharían hasta la victoria.

DÍA 23 DE AGOSTO. DOMINGO

«A primeras horas de la mañana se hace un reconocimiento por la explanada. Este da por resultado encontrar un mensaje lacrado que produce inmenso júbilo, pues contiene dos cartas del general Franco y un código de señales para con nuestra aviación. Ante la seguridad de que nuestros hermanos velan por nosotros, el espíritu, que siempre ha sido excelente, aún mejora mucho más. Las cartas una vez leídas por el mando se exponen en el patio, y explanada. Este los paneles para comunicar a nuestra aviación que podemos resistir. Las cartas dicen textualmente:

»Hay un membrete que dice, con escudo y corona mural: "General Jefe del Ejército de África y Sur de España. A los bravos defensores del Alcázar toledano.—Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar. — Pronto llegaremos a ésa; mientras, resistid a toda costa, que os iremos llevando los pequeños socorros que podamos. — ¡ Viva España! — El general Francisco Franco. — (Rubricado)."

»La otra con el mismo escudo y membrete:

»Un abrazo de este ejército a los bravos defensores del Alcázar. Nos acercamos a vosotros e iremos a socorreros; mientras, resistid, para ello os llevaremos pequeños auxilios. Vencidas todas las dificultades, avanzan nuestras columnas destruyendo resistencias. — ¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar! —El general Francisco Franco. (Rubricado). — 22 de agosto de 1936."

«Próximamente a las siete horas, disparó el enemigo unas cuantas granadas sobre su objetivo preferido: comedores y sección de tropa. A las siete quince rompen el fuego las piezas del 15,5, lanzando sobre el mismo objeto, la fachada Norte, diecisiete granadas, cesando el fuego a las ocho y treinta y causando efecto en la fachada. Hasta las doce dispararon de cuando en cuando con el mortero de 50 mm.

»Sobre las doce, aparece el avión de bombardeo con un sextiplano que, como el día anterior, repiten la operación de bombardear con latas de gasolina y con el mismo resultado nulo. Arrojaron entre los dos unas veinticuatro bombas y doce latas de gasolina, dando seis en el patio y tejado. Al mismo tiempo las piezas pesadas lanzaron veintiocho proyectiles; también los morteros y cañones de Alijares hicieron unos doce disparos.»

(Del diario de operaciones.)

Todos los mensajes enviados por el general Franco a los defensores del Alcázar llevaban el emblema de la patria, con los colores rojo y gualda de la tradicional bandera de España, que durante los cinco años de República había sido cambiada.

En el Alcázar se intuían muchas cosas, pero no se tenía certeza sobre ninguna. Así hasta aquel momento no se supo con seguridad que la enseña nacional, volvía a ser de nuevo la vieja y querida bandera que un día fue pospuesta por el enemigo.

Así la gran alegría de los envíos materiales, tuvo también este motivo espiritual tanto o más importante que aquél, y que dio lugar a emotivas escenas. Pronto surgieron como por arte de magia pequeñas banderas, cintas conservadas a través del tiempo, y sobre las sucias camisas de los combatientes los colores benditos de la tradicional bandera fueron el más glorioso distintivo de su postura.

Muchas eran las satisfacciones de aquellas jornadas y de muy variado matiz. Los dulces y el tabaco, la rica mortadela saboreada con una delectación enorme. El consuelo de las palabras de aliento del general Franco, jefe de las columnas del Sur, y aquellos colores del emblema amado, devueltos a su fe y a su patriotismo por los hermanos de causa.

El enemigo, como si presintiera la felicidad que embargaba a todos, atacó furioso desde San Servando y Puerta de Hierro, y desde Santa Cruz una ametralladora emplazada en una de las ventanas volcó su odio con rápidas pasadas de su mortífera munición.

Aquel domingo memorable tuvo un final tristemente emocionante; la muerte de José Pérez Serrano, cerraba con luto una jornada de gozosa exaltación. Hasta aquel momento aquel

aislamiento había sido total, y desde las primeras horas de la mañana todos podían ver por sus propios ojos, cómo el ejército salvador venía a marchas forzadas para liberarles de aquel cerco cada día más enconadamente agresivo y duro.

Los mensajes de Franco representaban la confirmación de toda la razón de resistencia. El Alcázar, convertido en símbolo, era la gran preocupación de un ejército dispuesto a los mayores sacrificios por llegar en ayuda de sus defensores. Por eso la comida fue alegre como ninguna otra. Brindaron con el agua del aljibe y saborearon aquellos manjares doblemente deliciosos por sus necesidades y por el punto de origen de los mismos.

Al finalizar se vitoreó a España, y se cantó el himno de la fiel Infantería... «De los que amor y dicha te consagran, escucha España la canción guerrera...» ¡Qué hermosas sonaron sus estrofas en aquel recinto lleno de la cálida emoción de los corazones!

Más tarde, se llevó a cabo el acto de izar la bandera bicolor en el patio central del edificio. Hasta aquel momento el aislamiento les había impedido conocer la instauración de la bandera de España, desplazada por la bandera tricolor que implantó la República del 14 de abril.

No sabían todavía con certeza cuál era la enseña del Movimiento Nacional, aunque en el deseo de todos estaba el que fuera ésta que habían visto ondear al viento en los desfiles marciales de la niñez y que les había sido arrebatada. Esa bandera que con aquellos versos que corrían de boca en boca de los inconformistas de los años 33, 34, 35 y 36... Aquellos versos que empezaban de este modo:

*Así la quería y así la adoraba,
sangre de claveles con oro de sol,
¿por qué, dime, madre, ya no siento mía,
la bandera nueva del pueblo español?*

Por esto la confirmación, en el pensamiento del deseo de todos, dio vida al colofón de un día feliz, que sólo la muerte del héroe tiñó de luto. Pero los héroes no mueren, y todos los que sobrevivieron a la epopeya, cada vez que pisan esa cripta en donde reposan los que hicieron posible la victoria, se detienen ante ese nombre tan sencillo y común, pero que es lo suficientemente singular para ser recordado entre muchos, que también supieron cumplir con el deber impuesto voluntariamente.

DÍA 24 DE AGOSTO. LUNES

«A las siete y treinta de la mañana empiezan el fuego las piezas de 15,5 cm., disparando proyectiles que abren la brecha por la parte alta de la fachada. El coronel dicta una orden para la formación del censo de la población del Alcázar para efectos futuros. A las quince treinta vuelven a disparar las piezas de 15,5 abriendo más la brecha con las treinta y cinco granadas que disparan. Al mismo tiempo el mortero y cañones del 7,5 de Alijares baten la cocina, comedor y sección de tropa. El coronel dicta una orden para que desde la sección de tropa se ejerza una vigilancia muy estrecha sobre el Puente Nuevo, con el objeto de que no le puedan minar y ponerle ese gran impedimento a una columna que viene sobre Toledo. La orden de la Comandancia publica una relación de distinguidos en la que figuran todos los tenientes de Artillería y cornetas de la sección de tropa y Guardia Civil, por su extraordinaria labor de observación y aviso de disparos de las piezas pesadas con lo que dan tiempo a que todo el personal se cubra, evitando con ello ser alcanzado por los proyectiles.»

(Del diario de operaciones.)

Aquella noche, y obligados por la necesidad de aumentar las disminuidas reservas de trigo, se llevó a cabo una nueva salida con objeto de subir cincuenta sacos de trigo que todavía quedaban en el almacén de las proximidades de Capuchinos.

Esta salida se llevó a cabo bajo el mando del capitán de la Guardia Civil Osorio, y con elementos del cuerpo, que habían participado en otras ocasiones en las requisas del almacén.

Aquel milagroso trigo, de tan eficaz ayuda para los sitiados, cubrió hasta el fin lo más perentorio de las necesidades alimenticias de los sitiados e impidió que el hambre en su más amplia significación no se dejara sentir entre ellos.

Después de dos días de intensas y gozosas emociones, en las que casi no hubo lugar a detenerse en pensamientos que no fueran aquellos tan gratos que se nos habían proporcionado, la realidad de las cosas volvía con más fuerza. Fue aquél un, fin de semana que marcó la línea divisoria del asedio; a partir de entonces la defensa cobraría un tinte patético, en el cual el peligro era constante, en un aumento de ofensividad enemiga.

El enemigo, que conocía sobradamente el esfuerzo llevado a cabo para liberarse del cerco que les habían puesto, empezaba a actuar más intensamente a como había venido haciéndolo hasta entonces.

La mina —cuya preocupación se había desplazado por el gozo de aquel fin de semana memorable— volvía a constituirse en el más grave problema de la defensa. Esta vez el ruido de perforación se escuchaba en una dirección distinta. Los comentarios dieron ocasión a que cada cual formulase su criterio:

—Hay más de una mina —aseguraban unos—. Dos por lo menos —añadían.

En realidad, el ruido presentaba un sonido distinto, y repercutía también en el mismo lugar en donde había sido escuchada la anterior.

El teniente Berber dio como segura la existencia de dos minas, cuyo trabajo de preparación se llevaba a cabo por otros medios que parecían indicar un mejoramiento de la técnica. Todo esto que no era nada alentador, no disminuyó la fuerza del espíritu colectivo.

Y es que entonces ya se tenía la plena seguridad, la promesa de ayuda de los hermanos, refrendada en las palabras de Franco, en las que se les decía: «¡Resistid cuanto podáis...!»

—Para cuando quieran hacernos volar —solían decir con cierta jactancia—, ya estaremos haciéndoles correr en retirada.

Este pensamiento ponía una especial delectación en cualquiera de los defensores, aun en los más apacibles y resignados. El deseo de salir fuera de aquellos muros y tomar justa venganza de la dureza de sus ataques era un pensamiento consolador.

Todas las voces de impotencia ante los bombardeos sañudamente repetidos, tenían una repercusión reflejada en ese pensamiento tan lógico, por el cual no podía acusárseles. ¡Ay! ¡Cuando salgamos de aquí...!

Y a ninguno se le ocurría pensar que ese día no pudiera ser una realidad, y que sus deseos fueran a verse truncados por la evidente superioridad de un enemigo que cada vez arreciaba más en sus ataques.

La brecha de la fachada Norte tan castigada por las piezas del 15,5 marcaban la dirección por donde el enemigo se dispondría a atacarles, que era una parte casi infalible.

—Ese mismo día estallará la mina —había pronosticado el teniente Barber—. Hemos de delimitar en lo posible su radio de acción y colocar el aislamiento preciso. —Pero, siempre animoso, les aseguraba:— Todo esto, sin embargo, son unas previsiones de muy remota aplicación. Tened en cuenta que nosotros ya estaremos fuera y ellos todavía seguirán trabajando en el minado del Alcázar.

De nuevo el tema de la mina volvió a estar presente en todas las conversaciones. Pero como se ha dicho, la fuerza estaba revalorizada y ninguno se sentía triste y aún menos temeroso del futuro.

DÍA 25 DE AGOSTO. MARTES

«A las diez horas, una de las piezas del 15,5 hace un solo disparo-y guarda silencio, siguiendo el fuego las de 7,5 cm. emplazada en los Alijares, contra la fachada este y sección de tropa. A las catorce y treinta se presenta un trimotor enemigo que con gran prisa bombardea, lanzando diez bombas, de las que ni una sola cae dentro del Alcázar y sí en cambio a una gran distancia.

»La tarde transcurre con normalidad y por la noche el enemigo de anta Cruz hostiliza con petardos la Puerta de Hierro, la que a todo ranee quieren incendiar. Los ruidos de perforación no se han vuelto oír por ahora. «Bajas de este día: un herido y contuso.»

(Del diario de operaciones.)

Desde los torreones, solía darse la señal de alarma, cuando en el horizonte aparecía un avión enemigo. De este modo, podían refugiarse en todos los lugares previstos, desde los cuales podía medirse casi con exactitud la efectividad del bombardeo.

Apenas se daba la señal de alejamiento, la mayoría se precipitaban a comprobar el resultado de las suposiciones. Había quienes cruzaban apuestas sobre el lugar donde había «descargado» su metralla el enemigo. Era muy poco lo que se poseía para apostar, pero se aprovechaba para ello la cosa más nimia, por ejemplo, el cigarrillo guardado con infinito cuidado para fumárselo en dos veces.

—Uno contra dos, a que ésa ha caído un kilómetro fuera.

Unas veces se obtenían los dos cigarrillos del compañero. Otras, había de entregarse el último guardado del reparto del envío de los hermanos de causa.

Lo cierto es que la puntería de la aviación roja llegó a ser tan inoperante, que, a no ser el lógico respeto que su presencia imponía, hubiera acabado dándoles risa. Al menos hasta entonces, sólo haban sabido cubrirse de torpeza por suerte para ellos suponían —como así fue— que lo mejor del arma de Aviación —ellos que tenían fácil el camino para unirse a las fuerzas nacionales— había despegado sus alas rumbo a la zona nacional. ¡Así se explicaba aquello...!

DÍA 26 DE AGOSTO. MIÉRCOLES

«Empieza el día sin novedad y sobre las once aparecen tres aviones, que por su tamaño aparentes y color son distintos a los enemigos, creyendo por tanto, ser nuestros, como se confirmó pues bombardearon los Cigarrales de Infantes, altura del cerro de los Palos y Fábrica de Armas. A las catorce cuarenta y cinco horas viene de Madrid un aparato enemigo de observación y reconocimiento, que no voló sobre nosotros y si sobre donde bombardean nuestros aparatos, marchando enseguida a Madrid. Por la tarde se observan grupos en la Bastida y carretera de Ávila, suponiendo sea por la proximidad de nuestras columnas; la observación se hace, por tanto, muy minuciosa desde, los cuatro frentes.

«El capitán Ossorio, con alguno de los suyos, hace una salida por Capuchinos y trae algunas frutas. El resto del día transcurre sin novedad importante.

»No hubo bajas este día.»

(Del diario de operaciones.)

La brutal reacción del espíritu de la guerra, que, sólo analizado fríamente, puede enjuiciarse de tal modo, se puso de manifiesto, aquel día; cuando pudieron ver por sus propios ojos como la aviación nacional castigaba con un bombardeo eficaz y reiterado las posiciones enemigas, una irreprimible alegría se apoderó de todos.

Era algo más que la satisfacción de la venganza, y aún más que la consoladora idea de saberse ayudados, más que todo eso... porque llevaba el matiz indefinible que anula los sentimientos humanos del hombre cuando llega a los límites del odio y la violencia.

Y aquel justificado odio estaba tomando cumplida revancha de todos los ataques, de todas las penalidades, de aquel asedio deshumanizado a que se les había sometido, por no querer aceptar una situación que violaba todos los conceptos del honor. Estaba también tomando cumplida revancha por aquel enemigo cuya villanía, cogiendo a un ser indefenso en rehenes, le había puesto precio a su vida.

Ésta era la verdad. Sabían que más tarde iban a cobrarse ellos aquel bombardeo de sus posiciones, pero ya la mente imaginaba con»placer una nueva revancha.

Mas esa satisfacción iban a pagarla a muy alto precio. La segunda etapa de la defensa, empezó con un signo más duro, cruel y agobiante. Había en el ambiente esa calma que siempre precedía a los ataques más intensos.y el movimiento de la Artillería, indicaba como se iban a reforzar y extender los puntos, de modo que todos los frentes del Alcázar pudieran ser batidos con eficacia e intensidad.

Un grupo de ametralladoras quedaba emplazado en el único sitio por donde alguna vez se intentaba llevar a cabo las salidas, y la amplia brecha de la fachada norte, era un aviso constante que indicaba ese asalto, cuyo objetivo debía ser el que más inmediato.

Pero, ¿acaso no estaban ellos allí para impedirles que pudieran llevarlo a cabo?

DÍA 27 DE AGOSTO. JUEVES

«A las siete de la mañana empieza el fuego de las piezas del 15,5 cms., tirando casi todo el día sobre la fachada norte, que cae derrumbada con las sesenta granadas que han disparado. El cañón de 7,5 cm. de los Alijares hostiliza de vez en cuando la sección de tropa. A las dieciocho horas termina el fuego y el resto del día sin novedad.

»Bajas de este día: Un muerto, cuatro heridos y dos contusos.»

(Del diario de operaciones.)

El derrumbamiento de la fachada norte, consecuencia de sucesivos y durísimos ataques con artillería de grueso calibre, no fue, por esperado, menos impresionante y duro para todos. Aquel desmoronamiento por el cual se intentaría romper el glacis defensivo, era además la primera línea defensiva que conseguía destruir el enemigo, juzgada bajo el punto de defensa táctica.

Por otra parte, había en los sótanos del recinto un considerable número de gentes, integrado por los heridos y enfermos, las mujeres y los niños, a los cuales, tal destrozo no podía ser mantenido oculto, puesto que el derrumbamiento y el retumbar del rabioso ataque habían conmovido hasta los cimientos del poderoso edificio.

El coronel Moscardó, que diariamente bajaba hasta allí para visitar a los heridos y alentar al resto de los que estaban alojados, fue el encargado de darles la noticia.

—El muro de la fachada norte ha sido derrumbado. Pero esto no significa un peligro inmediato. Nuestras fuerzas están ya cerca de nosotros...

Ellos observaron una gran reacción ante tales palabras. En el rostro de los seres considerados como más débiles de la defensa, brilló la fe. Hubo en la mayoría de ellos, la lógica tensión que con el paso de los días se hacía más notoria por la fatiga, la suciedad y la desnutrición, Pero ninguno evidenció temor, ni duda, ni siquiera miedo... hasta la última de las mujeres escucharon atentas las palabras rubricadas con vivas de aliento, que hubieran enardecido la moral, si hubiera por cualquier causa precisado de estímulos.

DÍA 28 DE AGOSTO. VIERNES

«Las dos piezas del 15,5 cms. rompen el fuego, y siempre con el objetivo de abrir más la brecha de la fachada norte. A las once quince a las diecisiete y veinte lanzando un total de ochenta y un proyectiles, lo que logran hacia la derecha produciéndose el desmoronamiento de la primera compañía, con lo que terminan de obstruir la puerta de entrada principal. Mientras en San Servando han colocado dentro de una casa dos cañones de 7,5 cms., muy próximos a la sección de Tropa, y hacen unos disparos sobre la explanada oriental pero en seguida se colocan ametralladoras en la fachada este, que les impiden disparar y les reducen a silencio. También se han visto tres ametralladoras en San Servando; pero que en caso de actuar, pueden ser batidas por las nuestras en posición dominante. A las veinte horas y desde Santa Cruz, hostilizan con petardos de trilita a las fuerzas de las cuadras del Carmen, como así mismo con morteros, que se supone emplazados en el Miradero, pero ninguno causó bajas. El capitán Ossorio requisó por Capuchinos algo de vinagre y sal.»

(Del diario de operaciones.)

Con el derrumbamiento del pabellón, varias de las barricadas establecidas en torno a la fortaleza notificaron ligeramente su posición; la más avanzada de éstas estaba situada cerca de Capuchinos y desde allí constituía una buena diversión para ellos buscar con el exasperante tiroteo, el medio de hacerles perder el control de sus nervios.

—No disparar sin previa orden —se les había dado como consigna, que se observaba con el mismo cuidado que en sentido inverso hacía gala el enemigo.

—Un día me hartaré de escucharlos y voy a disparar a mi gusto -dijo uno de los tenientes, a los que les había sorprendido el 18 de julio haciendo las prácticas en la Fábrica de Armas. La proximidad de algunas barricadas era tal que daba lugar a que ellos con el premeditado propósito de exacerbarlos, les pusieran a prueba dedicándoles lo más «florido» de su repertorio.

El día que se daba la orden de que podían responder al fuego de a fusilería, era para la mayoría motivo de contento. Por aquel medio, se relajaba la tensión y el repercutir de cada disparo era la válvula de escape, por la que salían al exterior todo lo acumulado en las horas de vigilancia.

Los disparos carecían de efectividad y, debido a esto, tan sólo en determinados momentos en que interesaba al mando, se podía disparar a las barricadas. Había siempre con cada grupo un oficial, que era indistintamente de Artillería, de Infantería o de la Guardia Civil.

La puntería de los hombres de la Benemérita era extraordinaria. Su paciencia no tenía límites. A veces permanecía hasta más de un cuarto de hora, sin alterar el punto de mira de su fusil.

—Éste es el único medio de hacer blanco en estas condiciones. — Repetía en tales ocasiones un cabo, el cual esperaba con un dominio de nervios asombroso, el momento en que apareciese la más pequeña parte del cuerpo del nombre cuyo fusil tenía él bajo control del suyo.

La rapidez de tiro, mantenido exactamente sobre el punto —objetivo—, daba un resultado asombroso. De estos hombres aprendimos mucho de los que no habían empuñado un arma hasta trasponer los muros de la fortaleza. Pero ellos dieron al balance de muertos una cifra considerable, tributo elevado que obliga a su reconocimiento por todos los que vivieron la epopeya junto a ellos, y recibieron el ejemplo de su comportamiento.

A muchos les gustaba la permanencia en los puestos de vigilancia porque, cuando les correspondía este servicio, podían contemplar toda la vega, aun cuando no apareciera tan hermosa e idílica como la recordaban los defensores toledanos con la belleza de los cigarales y la paz luminosa del paisaje.

DÍA 29 DE AGOSTO. SÁBADO

«Empieza el día tranquilo y sin apenas «pacos», hasta las nueve y quince en que las piezas de 15,5 rompen el fuego, batiendo una la fachada Norte, y otra la parte de Capuchinos, ya que están derrumbados, lanzando veintidós proyectiles y cesando el fuego a las diez y treinta.

«A las dieciséis y treinta y cinco horas, comienza el fuego de artillería, batiendo las dos piezas de 15,5 cm. la brecha de la fachada Norte, consiguiendo abrir la brecha perfecta y derribar dos columnas, una de la fachada Norte y otra de la fachada Sur, lanzando treinta proyectiles y terminando el fuego a las dieciocho cincuenta horas.

»A las diecinueve horas, con una pieza del 7,5 que se supone emplazada en la puerta de la iglesia de la Concepción, hostilizaron a pabellones y cuarta cuadra de Puerta de Hierro, disparándoles diez proyectiles que no causaron baja alguna. El resto del día y de la noche transcurrió sin novedad.

»Bajas de este día: con contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Habían transcurrido ya cuarenta días de asedio, y la certeza de que las fuerzas nacionales avanzaban con la mayor rapidez posible permitía ver con un increíble seguridad el progresivo desmoronamiento, que cobraba en el transcurso de los días un aspecto más pavoroso.

Mas para los defensores, convencidos de la firmeza del mando desde las primeras horas de asedio, y de su propia seguridad, no representaba en ningún momento la situación otro cariz que el ya previsto con anterioridad a producirse los hechos.

Aquellos que después de pasada la contienda vivieron de un modo distinto el escenario de la epopeya, comprendieron la razón de ser de esa fuerza que conduce a los hombres a las más temerarias empresas. Y decimos que sería entonces, porque allí dentro del recinto del Alcázar y en la exaltación de la postura, no hubo lugar para la cobardía, ni aún para la vacilación...

Pero, reanudando el relato, se ha de mencionar cómo, a medida que las baterías intensificaban su fuego sobre la fachada Norte, y sobre la Sur, aquellas barricadas colocadas en torno al Alcázar se ampliaban de modo notorio. Así los puestos de vigilancia se intensificaron al mismo tiempo; era preciso que la vigilancia se ejerciera de tal modo que las observaciones no dejaran sin anotar cualquier movimiento enemigo.

Se vigilaba el cielo, los ruidos subterráneos, y todos vivieron alertados, dispuestos a librar la dura batalla de la resistencia, que estaba encauzándose por los más peligrosos y decisivos caminos.

Esto daba ocasión a que los defensores contemplasen la ciudad. Mas, ¡qué triste era envuelto en la pátina de la pólvora, con los campos yermos, y pisoteados los Cigarrales.

Toledo, ciudad «imperial» mucho antes de que sobre San Juan de los Reyes se colgase el emblema de la victoria, la Toledo encaramada sobre el río para la eternidad histórica, había perdido el brillante y puro despertar de sus estíos, y la limpieza de su cielo sereno en las cálidas noches agosteanas...

Pero aun así a los defensores toledanos les gustaba contemplarlo y recordar calle por calle todos los episodios de su vida.

—¿Qué estáis mirando? —les reprendió un día el capitán Vela, a unos voluntarios de la ciudad.

—Mirábamos la ciudad hacia allí —respondieron sencillamente, señalando hacia el Miradero, aquel paseo que despertaba sus nostalgias.

—Olvidar todo eso ahora —les dijo campechano el capitán—. No os fijéis más allá de esa trinchera, apenas perceptible con un camuflage artero, pero desde la cual puede partir un tiro que

os acierte de pleno en esa cabeza soñadora que tenéis sobre los hombros, para emplearla en lo que se os encomienda.

Era una actitud comprensiva, empleada para devolverles a la realidad de las cosas.

—Ahora sólo podemos pensar en la guerra —les dijo, como si hubiera adivinado la existencia de aquellos brotes de añoranza, que eran vencidos por la seguridad de sus palabras.

—Sólo así se hará, mi capitán —repusieron con firmeza.

Desde aquel día los ojos siguieron atentos, sin moverse ni un ápice., el punto de mira, bien dirigido hacia aquellas líneas cercanas desde donde el enemigo se ensañaba contra ellos, cada vez con más intensidad.

DÍA 30 DE AGOSTO. DOMINGO

«A las siete y treinta se anuncia por la observación un avión enemigo que no vuela sobre el Alcázar. A las ocho y treinta se anuncian otros dos, que tampoco vuelan sobre el Alcázar y marchan en dirección a Talavera de la Reina.

»Por la Comandancia Militar se dicta una orden diciendo que los destrozos causados ayer por la artillería afectan más a la visualidad que a la resistencia del edificio, que sigue siendo tan inexpugnable como al principio, y que estos destrozos lejos de contraer el espíritu, deben ensalzarlo, pues ya poco es el tiempo que falta para recoger el fruto de las penalidades y sufrimientos.»

(Del diario de operaciones.)

A media mañana, los cañones de los Alijares rompieron el fuego de sus baterías del 15,5, batiendo toda la explanada del Picadero. Más tarde, hubo necesidad de emplear a los mejores fusileros de los muchos que había encerrados dentro del Alcázar, para acallar a un grupo bastante numeroso que habían lanzado materias inflamables pretendiendo incendiar la Puerta de Hierro y sus proximidades.

El grupo de defensores que acudió a sofocar el incendio fue hostigado para impedir que llevase a cabo su propósito, ello dio lugar a una escaramuza en la que la buena puntería de los hombres del Alcázar, conseguiría silenciar a unas fuerzas infinitamente mayores en número, pero muy inferiores en cuanto a moral y conocimientos tácticos defensivos y ofensivos.

El fuego, empleado ya como arma de combate, era un medio que a la desesperada empleaba un enemigo impotente para vencer por los medios que hasta entonces habían empleado. Por eso llevaban adelante su trabajo de perforación, puesto que de antemano se consideraban ya incapaces de vencer de otro modo, en el cual pudieran medirse las fuerzas empleando el valor y la pericia.

Los petardos y las botellas de gasolina empezaban a emplearse en una medida y con una falta de orden y precisión que probaban bien una indisciplina y lo improvisado de todas las acciones ofensivas que se venían llevando a cabo.

En ese día, un nuevo ser nacía en el recinto del Alcázar, en medio del retumbar de las baterías, que en plena actividad daban un contrapunto al histórico alumbramiento.¹ Restituto Alcázar Valero, abría los ojos a la vida, como si con ello diera un simbolismo de vigor y continuidad a la unida familia alcazareña, en cuyo seno, una mujer valerosa había dado su fruto de maternidad.

La esposa del guardia civil Valero había llegado al Alcázar cuando ya su gravidez estaba muy avanzada. Hubo quienes le hicieron ver el peligro que corría, si, como se esperaba, eran sitiados hasta la destrucción total.

Sus palabras revistieron esa sencillez y claridad, que no necesita de palabras grandilocuentes para expresar lo mejor de los sentimientos humanos:

—Donde esté mi marido, debo estar yo.

—¿Y si te pasa algo?

—¡Que sea lo que Dios quiera!

Y con tan espartana actitud siguió al marido hasta el Alcázar. Cuando llegó el momento, procuró no dar demasiadas molestias, tal y como ella dijo a todos más tarde, con estas palabras:

—Bastante tienen con defendernos a nosotras, que no podemos hacer nada por ayudarles —expresión que respondía a su actitud anterior.

Restituto Alcázar Valero —hoy capitán del ejército español— tuvo el orgullo de nacer en aquel recinto glorioso. Allí sería más tarde bautizado en circunstancias también históricas, y allí

volvió para completar junto a las ruinas gloriosas, enseñanzas que le condujeron al camino que su madre ya le trazó de antemano.

DÍA 31 DE AGOSTO. LUNES

«Empieza el día con tranquilidad, pues a pesar de que en las piezas enemigas se notan movimientos para romper el fuego, no lo hacen. A las dieciséis ataca el enemigo de Santa Cruz y Puerta de Hierro con petardos de dinamita y trilita. La casa que el enemigo incendió ayer, sigue ardiendo, y se observa que la están apagando con una manga de agua, no molestándoles, aun estando bajo nuestro alcance, por convenir a este frente no desaparezcan estas casas que lo protegen del fuego de fusil y de las visitas de esta parte de la población.

»A las nueve empieza otra vez el ataque contra Puerta de Hierro, lanzando, además de petardos, algodones impregnados de gasolina y botellas de líquido inflamable, pero sin conseguir provocar el incendio. A las diecisiete horas se reanuda otra vez el ataque a Puerta de Hierro con petardos, ataques todos que son contestados desde Alcázar con fuego de mortero, fusil ametrallador y mosquetón.

«Termina el día con tranquilidad pues el «paqueo» es casi nulo y el fuego de las piezas del 15,5 cm. no se efectuó en este día.

»Bajas de este día: Dos contusos.»

(Del diario de operaciones.)

Fue un día de relativa calma, con el cual se daba fin a un mes cuyo transcurso nadie creyó se desarrollaría —al menos íntegramente— dentro del recinto defensivo. La última proclama del coronel Moscardó, con las alentadoras noticias del avance de las fuerzas del Sur, unidos a la calma de un día en el cual la artillería de grueso calibre permaneció en silencio, hicieron crecer las esperanzas y dar lugar a comentarios, en los que se fijaba ya una fecha para la liberación.

—Dentro de una semana llegarán a Toledo —decían los defensores.

Todos estos buenos augurios, forjados siempre en las naves de los sótanos en donde se albergaban los no combatientes, eran atrapados apenas se iniciaban. Los jefes, siguiendo la pauta de Moscardó, mantenían el ambiente de fe, siempre con esperanzas fundadas, y nunca se buscó por el camino fácil de lo ilusorio el mantenimiento de una moral que no necesitaba tales recursos.

Contribuyó a la expansión de tan buenas noticias, el hecho de que durante todo el día la artillería pesada del 15,5 cm., cuyos disparos conmovían hasta los cimientos del Alcázar, había permanecido en silencio.

Era muy duro tener que destruir las ilusiones forjadas sobre el más insignificante detalle. Un capitán, cuyo nombre no hace al caso, solía llamar a la nave destinada a las mujeres y niños «La fábrica de los bulos». Esto les causaba risa a todos, aun cuando a todos les doliera tener que responder con la verdad a preguntas como ésta:

—¿Es verdad que los «nuestros» están a veinte kilómetros de Toledo? ¿Verdad que los rojos están empezando a retirar artillería...? ¿Verdad...?

Sin embargo cuando se respondía con la deseada verdad, nunca sorprendiose en la mirada entristecida, otra cosa que no fuera esa decepción momentánea, en la que se imponía de nuevo la fe, la maravillosa fe por la que se mantenían firmes hasta el fin.

DIA 1 DE SEPTIEMBRE JUEVES

«Empieza el día con tranquilidad. A las ocho y cincuenta rompen el fuego las dos piezas de 15,5 cm. y una de 7,5 cm., disparando veintidós proyectiles y cinco respectivamente, con los consiguientes desperfectos en la fachada Norte, en que la brecha ha aumentado bastante, durando el fuego hasta las once y treinta.»

(Del diario de operaciones.)

El ataque del enemigo cobraba intensidad a medida que el tiempo transcurría. No obstante, y a pesar de que la artillería enemiga disparaba ya casi ininterrumpidamente sobre el Alcázar, hasta ese día no consiguió derrumbar la fachada que hasta entonces había sido la más castigada desde los Alijares.

Aquel día, después de disparar treinta y siete granadas del calibre 5,5, la brecha abierta fue tan grande que permitió a un buen número de proyectiles la entrada en el patio principal, en donde estallaron con gran estrépito.

Todo el ángulo nordeste del patio, quedó batido por la línea de tiro establecida por el derrumbamiento de la fachada; pero aquel ensanchamiento de las brechas era ya algo que como todo estaba previsto y que no haría más mella en todos que aquella apreciable a la vista de unos escombros, de dolorosa repercusión, pero insuficientes para alterar el alto espíritu de sus defensores.

El día primero de septiembre, que marcaba el número cincuenta y uno de los días de asedio, llegó con toda su fuerza ofensiva bien dispuesta para ensanchar las brechas, por las que sin duda estaba previsto un ataque de invasión o asalto. Para ninguno constituía una sorpresa la intensificación de los ataques, que eran el signo de la urgencia por rendir la fortaleza.

—Cuanto más intenso sea el ataque, mayor debe ser el éxito de nuestro ejército — comentaban los jefes.

Habíase observado por las carreteras de Madrid, Mocejón y Ávila un movimiento de gentes no combatientes, cuya movilidad inducía a suponer un activo movimiento de los frentes.

Todo esto, que daba lugar a las más optimistas suposiciones, agravaba por momentos las posibilidades de defensa. Pero continuaron sin prestar más atención que aquella serena y útil de situarse en un adecuado movimiento defensivo, en el cual era necesario seguir resistiendo hasta un fin ya próximo.

Esos días, que habían de ser los más duros, fueron, a pesar de ello, los vividos con mayor exaltación y fe. Los ejemplos de valor jalonan el relato de los días sucesivos hasta el fin de la epopeya.

La primera heroicidad estuvo presente en el esfuerzo de la colectividad, en la continuada y tenaz defensa, que no permitió ni un solo momento de duda o desmayo. Todos estaban convencidos de que las horas difíciles —todavía más difíciles que las vividas— estaban a punto de producirse. Casi deseaban que se produjeran, porque ello era el síntoma más elocuente de la cercanía de las fuerzas que llegaban a liberarles.

—Ellos quieren acabar con nosotros antes de escapar ante el empuje de nuestro ejército... — repetían todos.

Sí, eso es lo que buscaba desesperadamente el ejército enemigo. ero allí estaban ellos dispuestos a privarles de esa satisfacción mezquina, buscada por los medios más arteros y cobardes.

DÍA 2 DE SEPTIEMBRE

«A las seis de la mañana el enemigo de Santa Cruz lanzó dos o tres petardos sobre Puerta de Hierro, provocando un pequeño incendio que fue sofocado en seguida. A las siete de la mañana, la pieza de 7,5 cm. emplazada en los Alijares disparó cuatro proyectiles sin causar efectos notables. A las cinco rompe el fuego una de las piezas de 15,5 cm., lanzando dieciséis granadas contra el torreón nordeste y por encima del gabinete de Física.

»A las trece y cincuenta y cinco vuelve a romper el fuego la misma pieza, disparando sobre el mismo torreón cuatro proyectiles, y a las dieciséis y treinta volvió a romper el fuego la misma pieza y sobre el mismo objetivo, donde empieza a abrir brecha. El «paqueo» durante el día no es intenso. La cocina y hornos de campaña, al local de la enfermería.

»Bajas de este día: dos contusos.»

(Del diario de operaciones.)

La brecha del torreón nordeste privaba a uno de los equipos de transmisiones de ejercer su vigilancia e información, así como el útil enlace con las fuerzas de avance nacionales.

Al reducirse a tres los puestos de transmisión, se dejó en previsión una parte del material de transmisión ya exiguo de por sí, para el caso de un ataque dirigido contra otro de los torreones, contar siempre con los elementos más indispensables, con los cuales se pudiera conocer la situación de las fuerzas nacionales.

Se sabía que el ejército del Sur estaba muy próximo a Talavera de la Reina, lugar desde el cual las columnas se iban a bifurcar en dos direcciones, dirigidas desde el Real de San Vicente, una hacia Maqueda y otra hacia Escalona, apoyando su flanco derecho en aquel río Tajo toledano, tantas veces contemplado en la tensa vigilia de la espera.

La desviación, que a primera vista podía considerarse como un debilitamiento de las líneas de ataque, tenía una justificación: a partir de Talavera de la Reina y el río son convergentes. Según la explicación táctica que más tarde se dio a conocer, las columnas de Marruecos que habían llevado su flanco derecho apoyado y protegido por el Tajo, después de Talavera no podían apoyarse en él porque la extensión de los espacios a cubrir eran desproporcionados con los efectivos que realizaban la progresión.

El jefe de la defensa, el heroico coronel que mantenía constante contacto con las fuerzas de progresión, les exhortaba a mantener ese elevado tono, que fue constante.

Por esto, aunque las dificultades y el padecimiento fuera en aumento, el nivel moral era también más inquebrantable que nunca.

DÍA 3 DE SEPTIEMBRE. JUEVES.

«A las siete y veinte rompió el fuego la pieza de 15,5, y lo mismo con petardos a Puerta de Hierro y en» Santa Cruz, no consiguiendo efecto alguno. A las ocho, el cañón de 7,5 cm. hace unos disparos sin causar efecto, ..terminando el fuego a las 8,30, teniendo siempre como objetivo el torreón nordeste, al que le están abriendo unas brechas con los treinta disparos que hicieron.

»Por funcionar mejor y estar más protegidos, se dio la orden de que la cocina y el horno se trasladasen al sótano, al sitio de los almacenes. A las dieciséis y treinta empieza el fuego otra vez la pieza de 15,5 y siempre sobre el mismo objetivo: torreón nordeste. El cañón de 7,5 cm. dispara también de vez en cuando sin causar efecto notable, cesando el fuego de dicha pieza, después de disparar veintitrés proyectiles, a las diecinueve dejan el torreón nordeste muy quebrantado, por haberle destruido la cara norte y parte de las este y oeste, quedando la cúpula casi en el aire.

»EL «paqueo», al terminar el fuego de la artillería, fue más intenso que en días anteriores.»

(Del diario de operaciones.)

Aquella noche, el motor que se empleaba para mover la perforadora pudo percibirse con toda claridad. Ello indicaba que los trabajos no sólo continuaban sino que la progresión era cierta, por cuanto podían oírse con más claridad que en las noches anteriores.

Todavía no se había localizado el punto exacto por donde progresaba el minado del terreno, a pesar de que se permaneció a la escucha por los lugares en donde había más ruidos subterráneos. Pero éstos resultaban muy difíciles para ser detectados en el lugar exacto.

Por otra parte, tampoco podía hacerse nada que pudiera contrarrestar la destructiva tarea que con tanto ahínco estaban llevando a cabo los hombres del Gobierno rojo.

En todo momento se demostró que ninguno se detuvo a meditar sobre la progresión conseguida en los últimos días por el enemigo. Las ruinas de las dos fachadas, eran bocas inmensas por las cuales esperaban saltar sobre ellos y aniquilarles. Todos conocían la cruda realidad de la finalidad propuesta. Algunos de los que convivían con los defensores en calidad de rehenes, con su sonrisa torcida y el manifiesto rencor en la mirada huidiza, les daban la más aproximada idea de cuánto odio había en la preparación concienzuda de un final que esperaban obtener a su favor, aunque para ello hubieran de emplearse los medios más ruines y crueles.

Uno de estos elementos fue la secretaria del gobernador civil, que, en oposición a la buena voluntad y excelente conducta de su superior, no desperdiciaba la ocasión para demostrar la seguridad que tenía sobre la total destrucción del Alcázar.

Tanto, que a no mediar la gran comprensión de un buen número de abnegadas mujeres, alguna de ellas, menos capaz para dominar sus impulsos, le habría dado la respuesta adecuada a sus aviesos comentarios.

Pero estas mismas mujeres, las sufridas, y las menos fáciles al dominio, se unieron de modo rotundo para pedir por ella, una vez que, liberado el Alcázar, aquellos huéspedes obligados quedaran a merced del mando nacional.

DÍA 4 SEPTIEMBRE. MIÉRCOLES

«A las siete y treinta y cinco rompen el fuego las piezas de 15,5 y 7,5 cm., disparando ambas clases sobre el torreón nordeste, al que logran por fin abatir la cúpula y una vez conseguido cambian de objetivo y empiezan a batir el torreón noroeste, durante el fuego de artillería hasta las trece y diez, disparando cuarenta y ocho granadas de 15,5 cm. y unas doscientas setenta y cinco de 7,5 cm.

»EL mortero de 50 mm. así como los «pacos» ayudaron también con su fuego. Durante el cañoneo se hizo una salida a una casa del corra-lillo para hacer un empalme con objeto de captar energía para la radio; pero no había fluido, como después se pudo comprobar por la noche.

»A consecuencia de arrojar el enemigo desde el hospital de Santa Cruz líquidos inflamables sobre Puerta de Hierro, se incendió la farmacia y por ésta comunicó al resto del edificio, tomando grandes proporciones que no fue posible atajar por los medios de que se disponía y se enviaron, obligando a abandonarlos, retirándose la fuerza en perfecto orden a Santiago.

»A las dieciocho y quince rompieron otra vez el fuego las piezas del 15,5 y 7,5 batiendo las primeras el torreón noroeste, y las segundas la sección de tropa, disparando veintitrés granadas las del 15,5 y unas veinte las del 7,5.»

(Del diario de operaciones.)

El cañoneo de aquel día fue tan intenso, que, a consecuencia del mismo, se prendió fuego en una de las salas del gabinete de Física, precisamente en la sala de motores, donde ardieron rápidamente las anaqueleras. Como últimamente se habían producido diversos conatos de incendio, había ya previsto un retén para los casos de esta índole, equipo éste que a pesar de carecer de los elementos precisos actuaba con suma eficiencia.

Así el incendio pudo ser sofocado rápidamente, sin que alcanzase las proporciones que podían haberse logrado. Últimamente las botellas de líquido inflamable, eran una de las armas favoritas de los atacantes, que por medio de ellas pretendían desalojar de fuerzas Puerta de Hierro.

Esta retirada, que terminaría por llevarse a cabo, respondió a una razón de estrategia por la cual, aparentando ceder a la presión enemiga, los defensores fijaban unos puestos en lugares previstos de modo matemático.

Según transcurría el tiempo, el cerco que el enemigo había montado en torno a la fortaleza, se hacía más duro y apremiante. Todos los medios imaginables estaban siendo puestos en práctica; los duros e intensivos ataques de la artillería, el lanzamiento de gases lacrimógenos y bombas incendiarias, los petardos y, el líquido inflamable en botellas, y sobre todo aquel obsesionante ruido de las perforadoras, que no podía ser localizado, y a cuya lenta labor de destrucción no se podía oponer la decisión y el coraje que era el arma más eficaz de los sitiados.

El repliegue de las fuerzas del sector Santiago agudizaba aquella falta de espacio vital que llegaría a hacerse agobiante. Hacía mucho calor todavía, y las reservas de agua se mantenían rigurosamente controladas. No se había reducido la ración, mas, ¿qué podía suponer un litro diario para todas las necesidades?

Debido a esto, las horas en que estaban obligados a recluirse en los lugares de refugio para evitar el peligro de la artillería, constituían un tormento. Hay una anécdota sobre esto que vamos a relatar. Un día estaba sentado en el suelo, junto al muro noroeste —sobre el cual atacaban en aquel momento— un oficial de artillería.

Le miraron extrañado los que se dirigían a los sótanos. Tenía el gorro ladeado sobre los ojos, como si con ello intentara ignorar lo que ocurría entorno suyo.

—Os extraña verme aquí, ¿verdad? —preguntó, al observar cómo se le miraba.

—Pues, sí —repuso uno a tiempo que se dirigía al lugar en donde más seguro podía encontrarse en aquel momento—. Ahí dentro se está más tranquilo... —añadió.

—De acuerdo, se está más tranquilo. Pero mira, entre morir asfixiado y morir de una explosión, casi prefiero esto último. Al fin y al cabo soy artillero —concluyó con amargo humorismo.

Esta respuesta llevaba implícito un sentimiento de impotencia que en muchas ocasiones puede observarse entre la oficialidad. Permanecer allí impávidos, aguantando los duros ataques, sin poder dar la respuesta adecuada era algo superior a todo riesgo. Si los que no eran profesionales del ejército, sentían ese acuciante deseo de responder con las armas, a los ataques intensos de superior número y material, ¿qué no experimentarían ellos, cuyos conocimientos técnicos y la vocación castrense les había conducido al camino ya iniciado...?

Todo eso contribuía a que las horas de la espera fueran las más largas y excitadas. «¿Cuántos días nos faltan?», solían preguntarse unos a otros. Mas ninguno, ni siquiera los menos optimistas se les ocurrió preguntar: «¿Llegarán a tiempo,..?»

Y es porque semejantes palabras no tenían eco —aunque ahora parezca demasiado audaz la expresión— en el pensamiento de ninguno de los defensores.

DÍA 5 DE SEPTIEMBRE. SÁBADO

«A las dos y treinta de la madrugada se intentó incendiar la casa de la cuesta del Alcázar, conocida por la de don Lucio, detrás de la cual se suponía estaba trabajando el compresor de la supuesta perforadora. Se llevó a cabo con granadas incendiarias, botellas de gasolina y granadas de mano-

»A las siete y quince rompen el fuego las piezas del 15,5 y las segundas sobre la sección de tropa. Las piezas pesadas hicieron un recorrido sobre la fachada norte, por lo que al llegar a la brecha las granadas entraban en el patio, lo que produjo el derrumbamiento total del lado sur del ángulo sudeste del patio en sus dos pisos, que estaban ya amenazando ruina desde el día anterior.

»Las piezas del 7,5 batieron la entrada de la compañía de tropa causando grandes desperfectos. El fuego duró cuarenta y cinco minutos arrojando cuarenta y nueve granadas del 15,5, y unas cien del 7,5. A las diecisiete cuarenta rompen el fuego nuevamente las dos clases de piezas de artillería, teniendo las primeras como objetivo el torreón nordeste y las segundas la compañía de tropa; disparando diecinueve granadas del 15,5 y unas cuarenta del 7,5.»

(Del diario de operaciones.)

En este día se demostró que había un fuerte deseo compartido por todos de enfrentarse con aquel enemigo, frente al cual habían de contener su ímpetu en virtud de lo ordenado y por la mejor marcha de la resistencia.

Es indudable que el desmoronamiento de las fachadas resultaba impresionante y que ello podía llegarla causar un efecto demoledor en algunos espíritus más débiles. Sobre todo entre la población no combatiente, entre las mujeres que sentían cada vez más cerca la furia de los atacantes.

En previsión de estas reacciones, el coronel dio verbalmente, y ante todos los defensores, su visión exacta del momento. Aprovechando un rato de calma, reunidos en la sala de actos del Alcázar y ante un número que se aproximaba al millar (el número de defensores fue en principio de 1.800) Moscardó habló así:

-Tened la seguridad de que aunque el Alcázar está sufriendo grandes desperfectos, no ofrece peligro para la seguridad de la totalidad de sus defensores.

»La intensificación del fuego de nuestros enemigos no obedece a otra causa que a la reacción ante la gran ofensiva de nuestras columnas; ellos emplean toda clase de medios, desde toda clase de patrañas, hasta este otro de minar el terreno para destruirnos.

»Los técnicos que han estudiado la naturaleza del terreno (todo él de roca) han dictaminado sobre las dificultades que ofrece al minado, y aseguran que caso de ser posible la progresión de ese trabajo subterráneo, habrán de precisar para ello, no sólo medios muy potentes, sino un tiempo, que sobrepasará con mucho al de la llegada de nuestros hermanos...

La fe que todos tenían depositada en su jefe reavivó la esperanza en los corazones; no es que estuvieran faltos de moral —una vez más ha de repetirse—, pero la tranquila expresión del rostro ascético, la serena eficacia de sus medios, eran el punto más firme en el que se asentaban las ilusiones de todos.

Aquella noche y bajo el mando del comandante de artillería González Herrera, se preparó una salida con objeto de llegar nuevamente hasta la casa de don Lucio, con objeto de dar exactamente con el lugar donde trabajaba el compresor, cosa que la noche anterior no pudo precisarse con exactitud.

El riesgo de estas salidas nocturnas era cada vez mayor; sin embargo, providencialmente hasta entonces no habían tenido bajas mortales en ninguna de ellas. Esta nueva salida resultó fructífera en cuanto a observación; uno de los compresores estaba situado próximo a la plaza de la Magdalena, y otro por las cercanías del Teatro Rojas, hasta cuyas cercanías se llegó, en un alarde de valor.

Sin embargo, comunicadas a los técnicos las observaciones, se llegó a la conclusión de que estas minas más parecían destinadas a minar las calles, para cerrar las salidas, que para destruir el recinto del Alcázar.

Las observaciones recogidas por el teniente Barber inducían a pensar que el trabajo del minado, destinado a volar el Alcázar, tenían que partir de un punto más lejano, y debían llevarse a cabo mediante procedimientos más efectivos, a la vista de las dificultades que ofrecía el terreno, y la facilidad con que eran destruidos los lugares de donde partían los trabajos.

—Una cosa queda bien demostrada —dijo uno de los jefes presentes en aquel momento— y es que lo que preparan con tanto afán es nuestra total destrucción. ¿Qué clase de odio deben sentir contra nosotros?

DÍA 6 DE SEPTIEMBRE. DOMINGO

«A las siete y cinco rompen el fuego las piezas de 15,5 cm., y a poco las de 7,5 cm., durando el fuego hasta las doce cincuenta, disparando setenta y dos granadas del primer calibre y otras tantas del segundo, teniendo como objetivos el torreón noroeste y el tambor sur de la fachada este, causando desperfectos de consideración en el primero y no muy grandes en el segundo y escasos en la fachada este.

»A las dieciséis y cuarenta rompen el fuego otra vez las mismas piezas y sobre los mismos objetivos, en especial el torreón noroeste, disparando cincuenta y cuatro granadas de 15,5 cm. hasta las dieciocho cuarenta y cinco, en que terminó el fuego de artillería, causando grandes desperfectos en torreón noroeste.

»La orden de la Comandancia publica instrucciones para caso de alarma y relaciones de distintos servicios y ascensos, por méritos de guerra, a un cabo de la Guardia Civil.

»A Puerta de Hierro la hostilizan sin intensidad. El resto de la noche transcurrió sin novedad.

«Bajas de este día: Un herido.»

(Del diario de operaciones.)

Deteniéndose a pensar en el alarde artillero que se desplegó sobre el Alcázar, cabe imaginar que la situación en el interior de la fortaleza tenía que ser peligrosísima e insufrible. Pues bien, este pensamiento no correspondió, sin embargo, a la realidad de los hechos. Más tarde se supo que el buen orden y la disciplina marcaron la pauta de la vida en el Alcázar, y merced a ello, y siempre obedientes a las voces de mando que se regían por los observadores, fueron todos adaptando la vida a una situación tan difícil como aquélla.

Y una buena prueba de ello, se refleja en el reducido número de muertos, que en modo alguno guardó relación con la intensidad de los ataques sufridos.

Los dos problemas más acuciantes eran sin duda alguna la escasez de alimentos, y el emplazamiento de la mina, cuyos trabajos de perforación se percibían con toda claridad. El trigo que llegaba hasta ellos por medio de las incursiones al almacén, cuyas provisiones parecían inagotables, solucionaban en parte el uno, pero sólo en parte ya que desde la providencial ayuda aérea, no se había recibido ningún otro envío, y las reservas de leche estaban agotadas incluso para los niños, quedando tan sólo una cantidad mínima para los heridos de mayor gravedad.

El otro problema, el de la mina, era considerado bajo un punto de vista muy de bastante gravedad, teniendo en cuenta que la acción de la misma quedaba supeditada a la acción más o menos rápida de las fuerzas que habían de liberarnos. En la mente de todos estaba la seguridad de que el mando nacional conocía bien tan agudos y críticos problemas, pero el enemigo también contaba, y esto no podían por menos de recordarlo con frecuencia.

Aquella noche se proyectó una salida por la Puerta de Carros, salida en la que participó el jefe Villaescusa, con el capitán Vela y el teniente Barber. Al regreso se trajeron noticias más concretas sobre la posición de la mina que venía a la altura del pretil de la Cuesta del Alcázar.

—¿Se puede destruir el trabajo iniciado? —le preguntó al teniente Barber el coronel Moscardó.

—Lo que puede conseguirse únicamente es evitar que éstos avancen —respondió aquél— aunque para llegar a los cimientos del Alcázar precisan más de ocho días todavía —aseguró.

También dijeron que por la calidad de los barrenos empleados no debían ser técnicos los que llevaban a cabo el trabajo, ya que los usaban grandes en vez de emplear más cantidad y pequeños.

A la vista de la situación, se tomó el acuerdo de intentar en la noche siguiente una nueva salida, en la que pudieran destruirse parte de los trabajos iniciados.

DÍA 7 DE SEPTIEMBRE. LUNES

«A las siete de la mañana rompen el fuego las piezas de 15,5 cm. sobre los acostumbrados objetivos, las primeras sobre el torreón noroeste y las segundas sobre la compañía de tropa y alrededores, causando más desperfectos, sobre todo en el torreón que está tan batido que puede derrumbarse de un momento a otro.

»Duró el fuego hasta las trece y diez, lanzando setenta y nueve granadas de 15,5 cm. y alrededor de cien las piezas de 7,5 cm. Por la tarde a las dieciséis y cuarenta y cinco, rompen el fuego otra vez sobre los mismos objetivos, durando el fuego hasta las dieciocho treinta y cinco y lanzando treinta y cinco granadas de 15,5 cm., que no consiguieron derribar el torreón.

»A las dieciocho, vino de Madrid un trimotor enemigo y bombardeó el Alcázar lanzando diecisiete bombas algunas de 50 kilos, causando desperfectos en las puertas de la galería del patio principal durando el bombardeo cuarenta y cinco minutos.

»Por la mañana, a las once y treinta, unos falangistas hicieron una salida resultando muerto el falangista Maximiliano Fink, quedando su cadáver en sitio muy batido; salió a recogerlo su compañero Godofredo Bravo, que quedó muerto en el cruce de calles y también en sitio muy batido; un tercero José Canosa, logró retirar el cadáver del primero, y un cuarto, José Ventosa, retiró el del segundo quedando el de Fink, para recogerlo de noche, ya que en pleno día era aumentar el número de bajas. Se distinguió notablemente en estas operaciones el falangista José Conde, que resultó herido.

»Sobre las veintidós salieron los falangistas a retirar el cadáver de Fink, lo que lograron valerosamente en medio de un nutrido fuego enemigo, que tenía gran empeño, no sólo en que no se retirase el cadáver, sino en apoderarse de él.»

(Del diario de operaciones.)

Hemos transcrito íntegramente el parte de operaciones correspondiente a ese memorable 7 de septiembre, por considerar que él sería sin duda el mejor testimonio de todo lo acontecido en una fecha, que relatada en toda su intensidad heroica pudiera acusar un subjetivismo totalmente inexistente.

Nada mejor que esa nota autorizada y exenta de partidismos, para dar paso al relato de ese heroísmo, en el cual todas las mejores cualidades de los combatientes, se pondrían de manifiesto.

Cuatro hombres pagaron con su vida el tributo a esas virtudes del honor, el compañerismo, y la fe en los destinos de la patria. Cuatro hombres que escribieron una página de maravilloso valor, de compañerismo, de hombría...

Aquél fue un día de imperecedero recuerdo; para las generaciones futuras los nombres grabados sobre el mármol de la cripta del Alcázar, será tan sólo la significación de unos nombres más, unidos a los de los otros, llamados también a compartir la gloria de caer por un elevado ideal.

Mas para otros esos nombres representan el recuerdo vivo de aquella generación que, desprendida de las ambiciones individuales, voluntaria en el peligro comprobado, había desdeñado la «cómoda siesta» desde tiempo atrás, para defender dentro de unos muros una postura, un ideal en el cual creían con fe profunda y española. Uno de los falangistas del Alcázar lo relataría más tarde, tal y como lo transcribimos :

«Recuerdo ese día, y creo que hasta el último instante de mi vida permanecerán todos los momentos frescos e intactos en mí; durante la noche había pasado sobre lo que ya empezaban a ser ruinas gloriosas, una nube tempestuosa que dejando caer un corto aguacero, alivió el calor de un estío que parecía no tener fin.

»La mañana apareció despejada y toda la vega del Tajo, relucía con esa fuerza que la naturaleza opone a las circunstancias más adversas. Hasta nosotros llegó el aliento de su vida

inextinguible. La mina objeto de nuestros mayores preocupaciones nos reclamaba con urgencia el esfuerzo para localizarla.

»Y para cumplir ese servicio, nos prestamos voluntariamente los falangistas del Alcázar con nuestro jefe a la cabeza. Yo vi con pena como salían un reducido grupo hacia la misión encomendada. Desde primera hora las baterías del 15,5 cms. habían roto un fuego rabioso contra nuestras posiciones.

»EL punto por donde se iba a llevar a cabo la salida no estaba bajo la acción de estas baterías, pero ofrecía un peligro todavía mayor, puesto que el emplazamiento de las ametralladoras podía barrerles en un momento, si su salida no se llevaba a cabo con el mayor sigilo.

»—Suerte —le dije a Fink, momentos antes de salir por la llamada Puerta de Carros.

»—¡Arriba España! —me respondió.

Y después sólo su sombra, una sombra alargada que se fundía con el ángulo del paredón por donde trataba de avanzar cautelosamente. Las baterías seguían disparando, pero más espaciadamente. Nadie de los que estábamos pendientes de la arriesgada salida oíamos otro ruido que no fuera el golpear del corazón dentro de nuestro pecho.

»—Preferiría estar allí —dijo a mi lado José Conde, señalando el lugar por donde se arrastraban nuestros compañeros—. Todos pensábamos igual, porque en esas horas asombrosas todo nuestro deseo se cristalizaba en un esfuerzo del que estaban excluidas muchas ideas que sólo en esa situación son posibles de conocer.

»Los segundos pasaban como siglos, y parecía haber transcurrido una eternidad angustiada, cuando Fink, cayó atravesado por un ráfaga, que repitió brutalmente sobre su cuerpo, como si tuvieran temor de que en tan gran número de disparos se hubiera errado el tiro.

«Nuestro ímpetu y el coraje de la propia impotencia dieron fuerza a un movimiento que solo con la voz autoritaria del jefe, pudo dominarse :

»—¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva! ¡Ya habrá tiempo para vengar su muerte! era el único medio de dominar aquel momento en el cual hubiéramos hallado una muerte sin provecho para la causa que estábamos defendiendo.

»Uno de nuestros camaradas, Bravo —¡ qué bien le caía el nombre !— incapaz de contenerse, desobedeciendo lo ordenado salió en busca del cuerpo del amigo querido.

—¡No puedo dejarle! —gritó exaltado, antes de llegar al lugar en donde Fink había caído, Bravo acribillado por los disparos de las ametralladoras, rendía su tributo al valor y al compañerismo.

«Después de esto, nadie acató la voz de la razón y de la disciplina tan rigurosamente observada por nosotros. Dos camaradas más habían salido en busca del cuerpo desangrado de Fink y Bravo. Fue necesario imponer la autoridad bajo amenaza de castigo. Y es que ninguno podíamos consentir que aquellos cuerpos nos fueran arrebatados para ser objeto de burdas propagandas, para negarles la tierra gloriosa de nuestro Alcázar tan merecida, y para poder velar sus cuerpos con los cantos de nuestra guerra y las oraciones de nuestra Fe.

»Por la noche les rescatamos, Conde animosamente dirigió la arriesgada salida. El fuego era intenso, pues a todo trance quería el enemigo impedir que rescatásemos los cuerpos sin vida que podían ser trofeo de mentidas victorias.

«Recuerdo las horas ardientes y dolorosas que precedieron a el sencillo acto de sepultar sus cuerpos. Rivera —uno de los más jóvenes defensores, que poseía una arraigada religiosidad— rezó el oficio de difuntos, y nos dio con las palabras de Jesús, un consuelo positivo y profundo:

»EL grano de trigo que se empeña en sobrevivir, queda estéril mientras que el enterrado y muerto asegura mucho fruto.

»La muerte no sólo era servicio, sino plenitud de destino, sublimación de sacrificio...

«Nuestro camarada poeta dio fin al más hermoso de sus poemas:

JOSÉ M. BARRANCO GIL

Todo parece que está
metido dentro del sueño.

Hay no sé qué en el aire
que trae no sé qué recuerdos...

Bajo la luna doliente
de la vega de Toledo,
por las orillas del Tajo,
traen al camarada muerto.

Cuatro camisas azules
le llevan al cementerio...

Álamos y campanarios
silban alto, doblan lento...

Músicas y voces hacen
de cada senda un lamento...

DÍA 8 DE SEPTIEMBRE. MARTES

«A las ocho y treinta y cinco, empiezan el fuego las piezas de 15,5 cms. disparando treinta y seis granadas sobre el torreón noroeste al que consiguen derribar al veintinueve disparo, causando en su caída grandes desperfectos e interceptando por completo la cuesta del cazar, derribando las casas del frente oeste. Terminó el fuego a las once horas.

»EL resto del día fue tranquilo, pues no hubo casi "paqueo". A las veintidós y treinta, desde la casa del frente sur, un parlamentario el comandante Rojo, solicitó una entrevista con el coronel que la concedió a las nueve de la mañana, dándole todas las garantías.»

DÍA 9 DE SEPTIEMBRE. MIÉRCOLES

«A las nueve de la mañana y sin oírse ni un disparo en los dos campos, como se había convenido, avanzó a la Puerta de Carros el comandante Rojo con bandera blanca, indicándoles desde el puesto que se trasladase a la Puerta de Carros, donde fue recibido por el comandante Pinar y el capitán Alamán, los cuales, como prescribe el reglamento de campaña, le vendaron los ojos y lo condujeron a presencia del coronel.

»A las diez marchó con las mismas formalidades. Trajo unas condiciones de rendición que, como todas, pase lo que pase, fueron rechazadas, y en vista de esta contestación una amenaza de estrechar lo más posible el cerco, bombardeo y asedio por todos los medios.»

(Del diario de operaciones.)

La urgencia con que se deseaba dar fin a la defensa del Alcázar se estaba poniendo de manifiesto en la actividad febril, casi descontrolada con que el enemigo llevaba a cabo muchos de sus actos ofensivos.

Esa misma urgencia delataba la proximidad del ejército nacional, y la poca confianza que tenían en la fuerza de las columnas que estaban destinadas a impedir el avance nacional. Así aquel día emplazaron reflectores en otros puntos más, de modo que la iluminación sobre el Alcázar fuera lo más perfecta posible. Urgía aprovechar el día y la noche, no desperdiciar un momento, y poner en práctica todo cuanto estuviera a su alcance, porque sabían que, de no conseguirlo en poco tiempo, la llegada de las fuerzas liberadoras sería irremediable, lo que daba por descontada una derrota más o menos próxima.

También esta fecha del 9 de septiembre destaca en la sucesión de los hechos con la fuerza de los acontecimientos más destacados durante todo el asedio. Ya el día anterior fue de un constante comentario sobre la petición hecha desde una casa próxima para tratar directamente con el coronel Moscardó de una supuesta rendición del Alcázar.

Por parte de los defensores había tan sólo curiosidad en cuanto a conocer la clase de ofrecimientos que el gobierno rojo les haría. Porque fueran cuales fueran éstas, estaban seguros de que el coronel con tanto con la decisión inquebrantable de todos, no iba a aceptarlas.

En principio, aquel anuncio de que el comandante Rojo había solicitado parlamentar con el jefe, se prestó a cierta confusión, por quienes no le conocían con anterioridad. Después se aclaró que Rojo era patronímico del parlamentario y no un adjetivo de matiz político como erróneamente habían interpretado algunos.

El momento de la llegada estuvo precedido por una suspensión de hostilidades, que dio un tono solemne a la visita del comandante de Infantería Vicente Rojo, que precisamente con anterioridad había sido profesor de la Academia de Infantería.

A la entrevista estuvieron presentes cuatro comandantes, un capitán y el teniente coronel de caballería. Frente a ellos, y con los ojos libres de la venda que se le había colocado al entrar, se encontraba Rojo, el cual —según se refirió más tarde— no tuvo el valor suficiente para mirar cara a cara al jefe de la defensa, el heroico Moscardó.

Comisionado por el mando rojo, el comandante hizo una proposición en nombre de aquél que tenía el carácter de un ultimátum. Uno de los puntos más esenciales, era la promesa de que la vida de Moscardó sería respetada e incluso, libre de cargos, si se rendía en el plazo de veinticuatro horas.

Se daban ciertas garantías para el resto de los defensores, ofrecimientos éstos que fueron rechazados rotunda y totalmente, con la plena seguridad de que, al obrar así, lo hacía a plena satisfacción de todos.

¡Cómo debió turbarse ante la noble y decidida postura de su superior en orden jerárquico, ante el cual su postura quedaba reducida y cuya mirada iba más allá del temor y hasta del reproche!

Más tarde le vieron salir, del mismo modo que a su llegada, con los ojos vendados. Todos los detalles de la entrevista se dieron a conocer, así supieron como había respondido con entera sinceridad a las preguntas del coronel, encaminadas sobre todo a saber la opinión sincera no del enemigo presente, sino del compañero de un ayer apenas distante en el tiempo.

—Y la mina continuará adelante, hasta el fin, ¿no es verdad?

El comandante Rojo, que conocía la existencia de la mina, no pudo, sin embargo, dar detalles concretos de su emplazamiento, sin embargo aseguró:

—Sólo sé que en el momento preciso, se hará la voladura.

Según los que le vieron, al expresar los propósitos del Gobierno que representaba, la voz tenía inflexiones que denotaban un estado de ánimo que no podía ser expresado con palabras.

Confiado de nuevo a la custodia de los compañeros que habían sido designados para recibirle, murmuró a uno de éstos:

—¡No todos podemos ser héroes...!

Y una vez que hubo llegado de nuevo a la Puerta de Carros, antes de regresar a las líneas enemigas, desposeído ya del pañuelo con que habían sido cubiertos los ojos, volvió la mirada emocionada hacia los muros ya medio derruidos, en los cuales quedaba encerrado el honor, y donde también había vivido una parte muy importante de su vida castrense.

Después abrazó a sus compañeros, diciéndoles, antes de abandonar la fortaleza:

—Que tengáis mucha suerte. ¡Resistid con todas vuestras fuerzas! Las columnas de Franco vienen venciendo en todos los frentes. Seguid buscando la mina. Un abrazo a todos los compañeros que ahí quedan. Mucha suerte y ¡Viva España!

Cuando apenas había transcurrido algo más de media hora, después que el comandante Rojo abandonase el Alcázar, los ataques de la artillería de todos los calibres se reanudaron con gran intensidad; era la réplica a la respuesta del Alcázar.

Toda la parte norte fue la más afectada por los disparos del 1,5 cms., castigando también la parte occidental y el principio de la segunda Compañía. Apenas transcurridas dos horas, tres aviones bombardearon en vuelo alto las proximidades del Alcázar, alcanzando uno de los torreones.

Y debido a la instalación de unos potentes reflectores estratégicamente situados, durante las primeras horas de la madrugada del siguiente día dispararon nuevamente contra el Alcázar. A partir de entonces ya no podrían contar con el breve descanso de las horas nocturnas, en las que hasta entonces la artillería había permanecido silenciosa.

La acuciante necesidad de localizar la boca de la mina obligó a una nueva salida en aquella madrugada, salida que resultaba mucho más expuesta, después de la trágica intentona del día siete, y con la agravante de los fuertes focos que iluminaban la casi totalidad del recinto.

Los destacados para la arriesgada salida, no pudieron localizar con exactitud el punto de partida de la mina, pero si aportaron informes con respeto a su trazado; de éstos se deducía que, la mina que en un principio iban a utilizar, y que estaba dirigida hacia el torreón sudoeste, parecía enlazarse con otra que partía de la misma entrada, buscando sin duda, un camino más fácil y cercano para conseguir nuestra voladura.

La situación era, por lo tanto, muy crítica, pero ello no restaba ni un ápice a la recia moral de todos que convencidos de vencer a toda costa.

DÍA 10 DE SEPTIEMBRE

«Durante la noche y madrugada, y con grandes intervalos, las piezas de 15,5 cms. hacen tres o cuatro disparos sobre el patio del Alcázar, que causa más molestias y ruidos que daños materiales. El «paqueo» a estas horas es más intenso que otras noches. A las seis y cinco rompen el fuego las piezas de 15,5 batiendo la fachada norte y el patio en su centro y ángulo sudoeste, causando bastante destrozo con las noventa y cinco granadas que dispararon hasta las diez y cuarenta y cinco que cesó el fuego.

»A las dieciséis y cincuenta y cinco, rompen otra vez el fuego sobre los mismos objetivos y no cesan hasta el día siguiente, si bien cuando es de noche cerrada lo hacen con un ritmo mucho más lento, disparando unos ciento cuarenta y nueve granadas.

»Bajas de este día: Un muerto y trece heridos.»

(Del diario de operaciones.)

En ese día, y desde la casa del frente sur ocupada por el enemigo —la misma en la cual se había dado la petición de parlamentar hacia dos días—, dieron respuesta a una petición hecha por nuestro jefe el coronel Moscardó al comandante Rojo con ocasión de la visita de éste a la fortaleza.

El coronel había pedido que fuera permitida la visita de un sacerdote, para que todos aquellos que lo desearan pudieran tener la asistencia espiritual que como buenos católicos precisaban. Íse daba el caso de que entre los 1.800 refugiados, no había ni un sólo religioso. Y todos estaban en una situación muy crítica por ello, pensando con bastante frecuencia en ello.

Había heridos de gravedad, que por lo general reclamaban ser asistidos conforme a sus creencias. Los muertos no podían recibir el auxilio espiritual que como cristianos reclamaba su alma, incluso había un niño, el pequeño Restituto Alcázar que solamente había recibido el «agua de socorro».

Todas estas circunstancias indujeron al coronel a solicitar la visita de un sacerdote, petición ésta que se aceptó y quedó concertada para el día siguiente.

DÍA 11 DE SEPTIEMBRE. VIERNES

«A las cuatro de la mañana y dirigida por el comandante Araujo, se efectuó una salida con fuerzas de Falange, Escuela Academia y Guardia Civil, para tratar de encontrar la boca de la níina, objetivo que no se puede lograr por haberse fortificado y ocupado todas las casas de los alrededores.

»A las seis y cinco rompen el fuego las piezas del 15,5 y las del 7,5, batiendo toda la compañía de tropa, y causando grandes desperfectos en el Picadero y comedor de alumnos. Á las veinte y treinta, después de unas horas de calma, impuesta por la visita del canónigo señor Vázquez Camarasa, se reanuda el fuego de fusilería y petardos en dirección al zig-zag y Puerta de Carros, producida por el enemigo ante la alarma de una salida que creyó nuestra; el resto de la noche sin novedad.»

(Del diario de operaciones.)

A pesar de que el ataque de las piezas de artillería estaba revistiendo una fuerza impresionante, las medidas adoptadas y el buen orden con que se observaban todas las órdenes, permitían resistir con cierta seguridad el nutrido fuego de las baterías.

La mayor causa de preocupación se centraba sobre aquellas explosiones subterráneas, que con un ritmo periódico se venían sucediendo.

Todo ello daba fe de la progresión de la mina, peligro aquel contra el que no podían luchar por mucho que fuera el coraje de aquellos hombres curtidos ya en todos los sufrimientos.

La hora que se había fijado para la visita del sacerdote solicitado fue la misma que aquélla en que él comandante Rojo llegó hasta el Alcázar a parlamentar sobre las condiciones de una rendición que fue rechazada, según la frase histórica-del jefe «como todas y pase lo que pase».

Mas en este caso hubo una limitación de tiempo, y se negaron todas las peticiones concretas; pero el enemigo no contaba que él había solicitado la presencia de un sacerdote, dispuesto a convivir con los sitiados, y el cual podría abandonar el Alcázar en el momento que lo deseara. Sabían que en el Madrid rojo cientos de ellos, eran sacrificados en el holocausto a la baja pasión de «los sin Dios», y estaban en la creencia de que muchos de ellos acudirían con gusto —si se les consentía— a prestar la ayuda espiritual de aquellos que no querían morir sin los consuelos de la fe en la que habían nacido.

El odio del enemigo, negó mezquinamente algo que en modo alguno podía influir en la marcha de la lucha. Así tan sólo concedieron la visita de un sacerdote con un tiempo limitado de tres horas; él llevó además una misión política, buscando el medio de convencerles para dar fin a una lucha, en la que según sus palabras «iban a ser aniquilados».

—¡Para esperar debidamente ese momento, es por lo que hemos pedido la presencia de un sacerdote! —respondió con serena expresión el comandante Rivas, el cual solía asistir muchas veces al rezo del Rosario diario y arrodillarse con fervor frente a la Virgen de la Academia, que ya fue la Virgencita del Alcázar histórico, desde que dio comienzo el asedio.

El sacerdote designado para realizar esta visita a la posición fue el M. I. Sr. Don Santiago Vázquez Camarasa, canónigo magistral de Madrid; su nombre fue motivo de gran sorpresa para todos. En aquel Madrid barrido por el odio antirreligioso, un sacerdote de tan gran prestigio y nombradía, sobrevivía en paz y libre —al menos en apariencia— con aquellos que asesinaban a sus hermanos los religiosos de todas las comunidades y parroquias.

La llegada del canónigo señor Vázquez Camarasa fue por el mismo lugar y a la misma hora; éste sin embargo llegó hasta allí acompañado por un general del ejército rojo y de un capitán, los cuales advirtieron nuevamente que el señor Vázquez Camarasa tan sólo permanecería allí las tres horas fijadas de antemano, y que no se debía ejercer sobre él coacción de ningún tipo para que no se cumpliera lo previsto.

Añadieron que ésa era también la voluntad del enviado, cosa que corroboró el sacerdote con la mayor seguridad. Por esto, y en vista del cariz del asunto, se llevó a cabo el mismo requisito de vendarle los ojos, y así fue llevado hasta el lugar en que estaba preparado el altar en donde se celebraría la Santa Misa.

Pero todo lo que faltaba de esplendor externo estaba compensado en la inmensurable grandeza de la fe. Tan sólo aquellas, primeras misas de los cristianos perseguidos, pueden admitir comparación con la celebrada allí. En aquel momento, el enviado del enemigo podía contemplar con toda claridad la diferencia entre ambos campos, porque no había venda alguna ya sobre sus ojos y podía ver toda la magnitud de la miseria física, pero la gigantesca fuerza espiritual.

Y tenía sobrados elementos para juzgar esa salud espiritual, porque casi la totalidad de los defensores se habían postrado a sus pies para confesar humildemente sus faltas. No cabe duda, de que en tan sólo el breve espacio de tres horas, nada había quedado oculto. Allí estaba descubierto tras el brillo febril de las miradas y los rostros pálidos y demacrados de los niños y de las mujeres, la honda significación de todo aquello que no podía ser expresado con palabras.

Después de haber oído la Santa Misa, en la que una gran mayoría recibió al Señor, se dirigió a la enfermería en donde los heridos esperaban también para cumplir como buenos cristianos. Incorporados sobre sus lechos, en la lóbrega estancia donde estaban alojados para resguardarles de los ataques enemigos, con la luz de la gracia Divina iluminando los rostros en

los que el padecimiento era visible, constituían el apoteósico espectáculo para quien venía hasta allí reclamado en nombre de la Religión e iba a demostrar que por su parte, servía también a intereses ajenos a ella.

Porque, después de bautizar al niño Restituto Alcázar, y antes de abandonar el Alcázar intentó en presencia de todos los defensores, incluidas las mujeres y los niños, y después de una homilía en la que dio un tono patético y deprimente, a una situación que no era desconocida para nadie, intentó repetimos que la perfecta unidad se resquebrajase, esgrimiendo razonamientos que ya les habían sido hechos el mismo día en que adoptaron aquélla decisión de resistir hasta el último aliento de sus vidas.

El coronel Moscardó captó la intención de la propuesta. Tenía ante él a toda la población de defensores. Recorrió con una aguda mirada la serena firmeza de los rostros escuálidos de las mujeres débiles y, manteniendo con esfuerzo su decoroso aspecto, los hijos aferrados-fuertemente a sus manos...

Detuvo su vista en una de ellas elegida al azar.

—Señora —le dijo— este sacerdote me ruega que os determinéis a abandonar el Alcázar. Con ustedes irán vuestros hijos. ¿Qué respondéis a esto? Podéis decidirlo con entera libertad.

Un murmullo acogió las palabras del coronel Moscardó, el héroe, aquel hombre que había sacrificado la vida de su propio hijo. Era un murmullo de impaciencia, que parecía decir: ¿A qué fin se nos hace esta pregunta? ¿Acaso puede dudarse de lo que fue la irrevocable decisión de todos?

Pero, como el coronel jefe pedía una respuesta, la mujer que había sido interpelada, mirando serenamente al rostro del señor Vázquez Camarasa, repuso:

—Creo que ni una sola de las mujeres, y yo entre ellas, ha pensado nunca en abandonar el Alcázar, ni permitiremos que se lleven de él a nuestros hijos.

La mirada del señor Vázquez Camarasa se fijó por última vez en aquellos seres, pobres hijos de Dios, que quedaban allí confiando en la misericordia divina de Él, que no les abandonaría; porque tal y como muchas veces diría posteriormente el coronel Moscardó:

—«Lo del Alcázar fue todo un milagro.»

Después abandonó el Alcázar, tal y como había llegado con el crucifijo en las manos, pero libre de venda los ojos. Todo lo que tenía que ver, le había sido ampliamente ofrecido: la grandeza espiritual que compensaba la destrucción, el hambre y todas las miserias que soportaban.

Para la mayoría su marcha constituyó una decepción, porque eran muchos quienes creyeron que iba a quedarse con ellos. El mismo general Moscardó, al recordar muchas veces este episodio, diría siempre lo mismo:

—«No me explico cómo no se quedó el canónigo con nosotros.»

DÍA 12 DE SEPTIEMBRE. SÁBADO

«A las seis de la mañana rompen el fuego las piezas de 15,5 cm., que nos tienen en pie durante todo el día, teniendo como objetivos el patio de la fachada oeste y también en la sur y parte del noroeste, causando enormes destrozos, disparando ciento cincuenta y nueve proyectiles de 15,5, y muchos más de 7,5 cm. que como siempre dispararon sobre la compañía de tropa.

«Bajas de este día: un fallecido y dos heridos leves.»

(Del diario de operaciones.)

La intensificación del fuego artillero fue la respuesta inmediata ante lo irrevocable de la actitud de todos de continuar la lucha. Fue una mañana en la cual se desmoronaron grandes trozos de tres de las fachadas ; el Alcázar empezaba a ser una fortaleza ampliamente batida desde aquellas tres fachadas por las que se buscaba en vano el medio de vencerla.

Ante lo furioso de los ataques hubo necesidad de variar el alojamiento de las mujeres y niños, así como de los no combatientes por una u otra causa, hacia los sótanos inferiores y los sótanos del este y norte.

A pesar de todo lo intenso del fuego artillero, para todos ellos continuó siendo mayor motivo de inquietud el ruido acompasado de las perforadoras, cada vez más cercano a ellos, según se iba apreciando en el transcurso de las horas. El teniente Barber les había dicho que toda indicaba un trabajo de barrena, el cual dado la naturaleza del terreno sería de muy lenta progresión.

En medio de todas las tribulaciones, llegaba para consuelo de los defensores alentadoras noticias de los frentes nacionales, sobre todo de las columnas del Sur, con las que ya se había entablado contacto directo. De nuevo se hacían cálculos fijando fechas para la hora de la liberación. Pero la mayoría de los defensores no participaba en ese juego de acertijos, que más tarde era causa de grandes desilusiones.

DÍA 13 DE SEPTIEMBRE. DOMINGO

«A las siete rompen el fuego las piezas de 15,5 cm. sobre el mismo objetivo del día anterior, y con pequeños intervalos durante todo el día y parte de la noche, disparando cien proyectiles de 15,5 cm, y otros tantos de pequeño calibre sobre la compañía de tropa que causaron bastante destrozo en las galerías este y oeste y fachada sur de piedra. No dispararon durante la tarde.

»Los compresores dejaron de funcionar, por lo que se trasladaron los enfermos y heridos a los locales más resguardados que son provisionales mientras que se les preparan los definitivos; se desalojan los sótanos en el frente oeste e inmediaciones de la escalera.

»Bajas de este día: un herido y un contuso.»

(Del diario de operaciones.)

A partir de ese día, tres casas de la fachada sur se convirtieron en tribuna del enemigo desde donde continuamente intentó el diálogo con los defensores. El Gobierno rojo se enfrentaba con una difícil situación, por una parte le importaba de un modo relativo —pero fácilmente apreciable— el no aparecer ante ciertos sectores de la opinión mundial, como unos políticos desprovistos de todo vestigio de humanidad.

Pero, por otra, no podían permitirse que los defensores del Alcázar salieran triunfantes del más atroz asedio para conceder esa gran victoria a liberados y liberadores.

La opinión que predominaba en ellos era la de que era necesaria y urgente la total eliminación por cualquier medio. Para paliar en cierto modo las medidas que estaban puestas en marcha, iba a buscarse una vez más el medio de conseguir la evacuación de las mujeres y los niños, con cuya medida creían acallar las voces de quienes pudieran juzgarles como inhumanos en sus métodos.

Esta vez el encargado de parlamentar fue un diplomático chileno, solicitando para esto la entrada en el Alcázar del mismo modo que se había hecho con el comandante Rojo y el canónigo Camarasa.

El coronel Moscardó rechazó de plano la petición.

—Ya se ha dicho todo cuanto teníamos que decir —comentó.

Y seguidamente dio orden al capitán Alamán para que transmitiera una respuesta concluyente.

—No deseamos entablar conversaciones de ningún tipo con el enemigo. Todo lo que tengan que proponer, pueden hacerlo a través de nuestro Gobierno de Burgos con quien estamos en contacto. Ellos nos responderán lo que hemos de hacer al respecto, y su respuesta para considerarla válida ha de venir por conducto de los generales Franco o Mola, y respaldada por la firma de uno de los dos.

A tan concisa respuesta, los parlamentarios rojos dieron escape a su violencia con unos disparos dirigidos contra el Alcázar violando la corta tregua impuesta para dialogar. Disparos que fueron seguidos de una sarta de insultos y amenazas, empleando las palabras más soeces de su extensa terminología.

A partir de esa fecha, el insulto como un arma más iba a ser empleada contra los sitiados. La rabia del enemigo, ante la cerrada actitud adoptada, buscaba en una nueva vertiente, dar salida a un odio demasiado violento, como correspondía a la constante instigación ejercida sobre ellos —instrumento dúctil de los responsables— para enfrentarlos a a los que tan bravamente se defendían.

Por eso se dieron órdenes de no responder a los insultos bajo ninguna forma. Los disparos de fusil-sólo respondían al fuego cuando se daba la orden precisa. Había momentos en que costaba un gran esfuerzo el dominarse. Pero nunca dejamos de hacerlo.

DÍA 14 DE SEPTIEMBRE. LUNES

«A las 8,15 empezó el fuego de artillería de los dos calibres y contra los objetivos acostumbrados, y con cadencia muy lenta disparando las piezas de 15,5 cm. treinta granadas hasta las once y treinta, en que terminó el fuego, no volviendo a disparar en todo el resto del día.

»La enfermería se trasladó definitivamente a los lugares más seguros, para el caso de que la mina funcionase. El día fue de «paqueo» más intenso, y al anochecer fueron lanzados por el enemigo bastantes petardos contra el frente oeste por las proximidades de la Puerta de Carros y Puerta de Hierro.»

(Del diario de operaciones.)

Después de que habían agotado todos los medios para resquebrajar la moral de los defensores, las fuerzas que mantenían cada vez más próximo y cerrado el cerco, idearon el más ruin y bajo de todos los medios de coacción, tales como la provocación y el insulto.

Las palabras más soeces y las amenazas más cobardes fueron empleadas por el enemigo que estaba en San Servando, y buscaba por ese medio, lo que no habían conseguido por ninguno de los empleados hasta entonces.

Hacía falta mucha fuerza de voluntad para soportar los desafíos y las provocaciones de los milicianos. Una vez más, tendrían que contener sus impulsos, en un supremo dominio de la voluntad, para no lanzarse abiertamente contra quienes desconocían o pretendían no conocer lo significado real de la contención impuesta

La serena confianza de Moscardó, ampliamente expresada en todos los partes, y refrendada con su actitud de sacrificio sobrehumano, fue la base en la que se apoyó la defensa. En cualquier momento de incertidumbre o en el más insignificante brote de desaliento, bastaba recordar las palabras o verle ante ellos para cerrar el pensamiento a toda idea negativa.

—El coronel ha dicho que las columnas están, ya muy próximas — repetían haciéndose eco de sus palabras.

—Hemos pasado ya todo lo peor —añadía otro, recordando lo expresado por él en el parte de este día a que se hace referencia.

Sí, era verdad; las columnas estaban muy cerca. Todo el contorno hacia Mocejón y Talavera denotaba la proximidad de las fuerzas liberadoras. Y la mejor prueba la ofrecía el enemigo ansioso de dar fin al contraído empeño de vencerlos.

La inquietud que producía el avance de la mina se vio aumentada al escuchar en aquella mañana un rumor de voces, que subterráneamente eran claramente perceptibles. La sensación que esto produjo fue muy singular. Estaban allí a unos metros de distancia, barrenando el terreno para destruirles cobardemente una vez se hubiera llevado a cabo el trabajo de los ramales de la mina.

Con ello ya no nos cupo duda alguna de que la preparación para su voladura estaba tocando a su fin, un fin que podía coincidir con el de todos los defensores. La impotencia ponía en los nervios tensos y excitados ese agudo deseo de lanzarse hacia el enemigo; deseo muy de contener y muy peligroso para la estrategia necesaria.

Aunque en los ya reducidos espacios del Alcázar se percibió la gravedad del momento, una inmensa esperanza contrarrestaba los demoledores efectos.

—¡Pronto estarán aquí! —decían unos.

—¡Ahora sí que ya podemos contar por horas...!

Sí, ya podía contarse por horas la fecha de la liberación. Mas,.. ¿Cuántas habrían de contarse hasta ese día...?

DÍA 15 DE SEPTIEMBRE. MARTES

«Empezó la artillería de 15,5 cm. a disparar a las seis y cuarenta y cinco horas y con ritmo lento lanzaron hasta las diez y cuarenta y cinco veinte granadas, que ocasionaron grandes desperfectos en la fachada sur, bastante estropeada por los disparos.

»La observación acusa un camión que lleva a remolque una pieza, al parecer de calibre mediano, que va por la carretera de Covisa a Arges.

»Los ruidos subterráneos se perciben perfectamente y el trabajo de la mina es normal, oyéndose periódicamente las explosiones. A las doce y cincuenta, y desde el campamento de los Alijares, donde ha sido emplazada la pieza que acusó la observación y que es de calibre de 15,5, rompe el fuego contra la fachada este y con preferencia sobre el Paso Curvo y sobre la escalera por su puerta de acceso; duró el fuego hasta las dieciocho, en que ya no actuó la artillería desde ninguno de los dos emplazamientos.

»La tarde y noche han sido intensas en «paqueo» y lanzamiento de petardos sobre la avanzadilla de Puerta de Hierro. Se siguen oyendo las explosiones de la mina con regularidad.

»Bajas de este día: cinco muertos y cuatro heridos.»

(Del diario de operaciones.)

La gran tenaza que apretaba el cerco iba cerrándose lentamente. Todos sus elementos estaban dispuestos a lanzarse sobre el Alcázar una vez que las minas hubieran hecho su mortífera explosión. ¡Porque tan sólo de ese modo se atrevían a tomar una posición, que ni aun por medios tan cobardes iban a obtener!

Ellos, los combatientes, aquellos que debían acudir a los puestos de observación y trabajar en el arriesgado -quehacer del desescombrado de puntos esenciales, no tenían lugar en su pensamiento para otra cosa que no fuera el febril cumplimiento del deber.

Los no combatientes, aquellas pobres mujeres que no permitían demostrar im miedo que era tan natural de sentir, o los niños, ya conscientes del peligro, no podían permanecer indiferentes ante la sucesión de explosiones que daban la pauta del avance en el trabajo para la progresión de la mina.

Aquella mañana del 15 de septiembre el teniente Barber después de haber permanecido durante más de cuatro horas a la escucha por los diferentes sectores por donde las explosiones y ruidos subterráneos eran más perceptibles, solicitó una reunión urgente con el coronel Moscardó y sus ayudantes.

Más tarde se dieron a conocer los resultados de la entrevista: todas las dependencias próximas al pabellón nordeste tendrían que ser desalojadas, con carácter de urgencia. Como ya se sabía eran dos las minas que se habían trazado: una, la primera, que partía de una de las casas de la calle de Juan Labrador, y cuya boca se había tratado de localizar en frecuentes incursiones.

Esta mina, según advirtieron más tarde, se bifurcaba en dos ramales, uno que llegaba hasta debajo del torreón sudoeste, y el otro que alcanzaba los cimientos de la fachada oeste, muy próximo al lugar llamado Puerta de Carros, por el cual habían sido llevadas a cabo numerosas salidas nocturnos.

Estas dos minas, cargadas con trilita, eran las que estaban bajo observación y cuyas "explosiones se venían registrando con aterradora regularidad. El trabajo a juzgar por los síntomas estaba muy avanzado.

Ni aun los más optimistas confiaban ya en que la explosión no se produciría con anticipación a la llegada de las columnas. El enemigo conocía bien las posiciones de las fuerzas nacionales y sabía la urgencia con que era preciso actuar.

Pero, no satisfechos todavía con el poder destructivo de las minas previstas, otra más daba comienzo tomando como punto de partida un lugar distinto, y por la cual se podría llegar hasta el torreón nordeste.

Ésta era la mina cuyos trabajos de iniciación habían sido detectados por el teniente Barber, el cual con toda urgencia iba a ponerlo en conocimiento del coronel jefe.

Para llevar a cabo este minado, y debido a la urgencia con que se veían precisados a actuar, iniciaron el trabajo aprovechando la boca del alcantarillado que partiendo de la calle de Pabellones subía hasta el Alcázar por las proximidades del torreón nordeste.

Por allí empezó a trazarse la galería de la mina, que, a pesar de ser motivo de gran preocupación, no fue de efectos positivos, ya que el trazado de la misma se hizo —como tantas cosas para fortuna de los sitiados— de un modo defectuoso, que acusó una vez más la falta de técnica y preparación en los mandos del enemigo.

Pero es lo que decía un cadete gaditano, con su gracejo habitual:

—¡Inteligencia no tendrán, pero lo que es malas intenciones...!

El descubrimiento del equipo técnico se mantuvo en riguroso secreto, evitando llegasen hasta las familias no combatientes. la noticia de una nueva tribulación.

DÍA 16 DE SEPTIEMBRE. MIÉRCOLES

«A las siete y cuarenta y cinco rompen el fuego las dos piezas de 15,5 cm. emplazadas en el olivar y otras dos del mismo calibre emplazadas en los Alijares, batiendo las primeras la fachada sur y ángulo sudoeste del patio, y las segundas la fachada este, empezando a abrir brecha por las ventanas de la sal de oficiales, que está lateral a la biblioteca de Caballería.

»A las once y cuarenta y cinco, se oyeron siete explosiones subterráneas, al parecer de la mina dirigida al torreón sudoeste. La otra mina no trabajó en todo el día.

»A las diecisiete, rompen otra vez el fuego las piezas del 15,5 y con cadencia no muy rápida lanzaron ciento cuarenta y cuatro granadas hasta las dieciocho, en que cesó el fuego. También las piezas del 7,5 cm. realizaron algunos disparos.

(Del diario de operaciones.)

Aquella noche fue bombardeado por primera vez Toledo por la aviación nacional. Trece aviones, que aparecieron en las primeras horas de la noche, hicieron su reconocimiento para bombardear seguidamente el Zocodover. Los dos cazas rojos que aparecieron a poco rato, ya no pudieron enfrentarse a ellos, puesto que ya habían partido en dirección a Ávila.

Los aviones rojos tuvieron que regresar a Madrid, después de evolucionar sobre el Alcázar y alrededores. El tiroteo fue aquella noche intensísimo, sin que los hombres de los puestos respondieran al fuego de que se les hacía objeto.

La presencia de la aviación nacional dio a los defensores una mayor fuerza para aquellas últimas y durísimas etapas de su defensa. Ahora sabían que ya estaban protegidos por la aviación, que en un momento crítico podría llegar a descongestionar con sus ataques el duro cerco que había en torno a los muros gloriosos.

La presencia de los bombarderos fue acogida como el más claro indicio de la inminencia del ansiado avance hacia Toledo. La causa de las poco frecuentes incursiones sobre el cerco enemigo estaba justificado por lo acaecido en la última incursión —registrada en el parte del día— en la cual cayeron sobre uno de los torreones algunas de las bombas destinadas al enemigo. Ante la posibilidad de dañar las posiciones nacionales se dejó en suspenso todo ataque aéreo que estuviera destinado a aliviar el cerco; tampoco el enemigo menudeó sus ataques por este medio, puesto que la llegada de las máquinas era observada con antelación y podían resguardarse debidamente.

Por otra parte, la solidez de aquellos muros era muy potente. Los constantes ataques de la artillería, el incontable número de proyectiles lanzados sobre el Alcázar, era una buena prueba de ello; había además idéntico temor de errar los objetivos —del mismo modo que sucediera con los aviones en la ocasión antes mencionada—, dada la proximidad entre sitiados y sitiadores.

Ninguno se detenía a pensar en la realidad de tal situación. Todo lo que les deparase el futuro estaba ya aceptado firmemente desde el primer momento. Apenas se detenía la vista de un modo reflexivo sobre los montones de ruinas que iban ya acumulándose en torno a ellos.

Las raciones de víveres, a excepción de la de pan, se habían reducido de un modo notorio. Todo se agudizaba en un empeoramiento, que no por previsto era menos sensible. La serena presencia del jefe continuaba siendo, como lo fue hasta el fin, la raíz de donde partían las eficaces virtudes, orden, disciplina, confianza ciega... por las cuales se mantuvieron hasta el fin, vigorosamente en pie.

DÍA 17 DE SEPTIEMBRE. JUEVES

«A las ocho y diez rompen el fuego las piezas del 15,5 de los dos frentes, y hasta las nueve y treinta lanzan diez proyectiles; baten el frente este y en ángulo sudoeste del patio.

»La conservación de las minas no acusa ruido subterráneo alguno por lo que se da orden para el traslado definitivo de mujeres, niños, enfermería y capilla, que quedan instalados definitivamente en los sótanos de los frentes norte y anejos y parte del sótano este, dejando solamente un puesto en las proximidades de la Puerta de Carros, que de cuando en cuando mandan un observador; la enfermería queda establecida en el parque de armamento y la capilla en la sala del botiquín antiguo.

»A las diecisiete rompen el fuego otra vez las piezas del 15,5 de los dos frentes, habiendo acusado la observación momentos antes el emplazamiento de una tercera pieza del 15,5 en el campamento de los Alijares, que hacen un disparo sobre la fachada este para tener corregido el tiro.

»Al anochecer y por la noche, el «paqueo» fue intenso en todo el frente.

»EL motor compresor funcionó también, por lo visto, con miras a desorientar la guarnición sobre la terminación de la mina.

»Bajas de este día: tres heridos.».

(Del diario de operaciones.)

El cañonazo lanzado desde los Alijares fue como un anuncio de que el ataque artillero iba a incrementarse con otra pieza de potencia. Había una gran prisa, puesta de manifiesto en el movimiento observado en los frentes, que era prueba inequívoca de la urgencia que precisaba la destrucción total del reducto.

Tal urgencia respondía sin duda alguna a la inminente llegada de las tropas. Los defensores llegaron a desear que los acontecimientos se precipitasen, puesto que uno era consecuencia del otro.

—¿Cómo no están ya aquí el ejército liberador? ¿Cuándo, cuándo llegan? —era una pregunta que estaba en el pensamiento de todos, aunque siempre con la firme seguridad de su ayuda tan ansiosamente esperada.

Más tarde conocieron la razón táctica de una demora justificada por poderosos motivos. El mismo coronel Moscardó, una vez liberado el Alcázar la refirió así:

«Fue ésta una razón de espacio que se ha de considerar, porque si un combate se hace inscribiendo un orden profundo en un determinado terreno, esa inscripción ha de ser racional y la consideración espacial imprescindible. Pero —aclaró más tarde el coronel— hubo algo más significativo. Según datos recogidos por el mando nacional, el número de hombres que sitiaban el Alcázar rebasaba los diez mil.

»Por esto, la reposición de bajas era elemental, ya que disponían de una magnífica carretera con sobrada capacidad que unía el frente del Alcázar directamente con Madrid. Por lo tanto, los diez mil hombres se mantenían constantemente.

»Por esto, después del tiempo de resistencia en el Alcázar, tanto los hombres como el material no podían ser considerados como una fuerza eficiente. En ese caso podía pensarse no en que se rindieran, pero sí en la posibilidad de su aniquilamiento, cosa que de producirse hubiera permitido a los diez mil hombres que se calcula les sitiaban apoyarse en la ribera del Tajo y poner en peligro las fuerzas nacionales, con sólo cortar la carretera de Navalcarnero.

»Por poca pericia táctica que poseyera el ejército rojo, éste se hubiera percatado inmediatamente que en una «derivada estrategia» podía destrozarse la única fuerza —reserva de maniobras—, como era el ejército de África encargado de la liberación.

»La defensa alcazareña, con su resonancia histórico-política, hubiera constituido un gran triunfo, que trataba de evitarse por ambos medios, el de la pronta ayuda, y paradójicamente el de la prudencia en el ataque. Todo esto sin embargo estaba lejos del entendimiento de una mayoría de los defensores, que impacientes interrogaban constantemente: "¿Cuándo vendrán los nuestros?"»

DÍA 18 DE SEPTIEMBRE. VIERNES

«En las primeras horas de la madrugada sigue el «paqueo» intenso del día anterior, que va aumentando; incluso toman parte en el fuego las piezas de 7,5 cm., que baten la sección de tropa. El ruido del compresor se sigue oyendo; pero como no se ha oído la perforadora desde el día anterior, se supone sea con ánimo de desorientarnos, lo que no se logra puesto que están tomadas las medidas posibles a nuestro alcance.

»A las seis y cinco de la mañana, rompen las piezas del 15,5 desde los dos emplazamientos un violento fuego contra el frente este de la compañía de tropa, patio del Alcázar y frente oeste por el interior.

»A las seis y treinta y uno, cuando llevaban disparadas ochenta y seis granadas, se oye una detonación mucho más fuerte y seguida de muchísimo humo negro que invade todos los locales y hace creer a todo el mundo que ha sido un cañonazo en sus inmediaciones; se comprueba inmediatamente ha sido la explosión de las dos minas que han derrumbado el torreón noroeste y casi toda la fachada oeste, más todas las casas de los frentes oeste y sur en su mitad derecha.

(Del diario de operaciones.)

Este día, uno de los más duros del asedio por el fuerte y continuado fuego artillero, y por la doble explosión de la mina, llegó el cénit de su intensidad en ese momento registrado en el parte y que más adelante detallaremos.

Sin embargo, a pesar de ser los defensores quienes lógicamente debían acusar no sólo el esfuerzo, sino aquel tremendo impacto que las explosiones les causaron, no ocurrió así. Fue por el contrario el enemigo el que primero dio muestras inequívocas de la gran desilusión sufrida.

Esta decepción se tradujo en el decrecimiento del fuego que a mediodía llegó a espaciar sus tiros de un modo claramente apreciable, cuando por los elementos de observación se comprobó el enorme fallo que había supuesto aquel estallido de la mina en el que habían puesto tantas esperanzas.

La aviación nacional, a cuyas líneas debieron llegar noticias de la voladura de la fortaleza, sobrevoló a mediodía comprobando los efectos que el estallido de la mina hubieran causado. La alegría de los aviadores, al recibir señales de vida dentro de aquellos escombros ennegrecidos y todavía humeantes, debió ser muy grande.

En el ánimo de los defensores creció la confianza. Comprendieron que a la vista de todo aquello la urgencia por llegar hasta allí se haría más perentoria. Que los hermanos de causa pondrían todo su empeño, barriendo cuantos obstáculos hubiera a su paso para liberarles lo más pronto posible.

Trece muertos fueron las bajas de aquel día; a este número se sumaron cuarenta y ocho heridos. Bajas muy sensibles, pero infinitamente menores de cuanto se esperaba, por cuanto las gracias al Señor que les protegía, no mermaron el dolor por esos compañeros muertos que habían pagado el más alto precio por la continuidad de todos los demás.

El día 18 de septiembre marca sin duda alguna el momento cumbre de la defensa. Hay en este período de tiempo dos fechas de significación más elevada todavía, pero distintas de apreciación: una, la primera, queda circunscrita al momento en que nuestro jefe aceptó el gran sacrificio, el sobrehumano sacrificio que había de dar a la posición todo su enorme contenido de algo que era superior al valor de todos los heroísmos.

El segundo momento, de significación opuesta, está marcado por el signo de la alegría. Entre ambos, esta fecha —18 de septiembre—, punto álgido de la lucha, en la cual iba a ponerse de manifiesto el calor colectivo, al cual no pudieron vencer a pesar de todos los medios empleados.

Del primero al último de los defensores, llevaban desde la noche anterior esperando el momento temido. Hacía unas horas que los trabajos subterráneos habían terminado. Habían cesado las explosiones de los barrenos, todo ruido, ya no había perforación, ni se escuchaba el arrastre de los cajones con la carga mortífera de trilita.

En cualquier momento a partir de entonces podía suceder lo temido, y ya no podía confiarse más que en la protección divina, rogando a la Virgen con la fe más profunda, para que no permitiera la destrucción del Alcázar y preservase sus vidas.

La mina que había sido cargada —tal y como más tarde se supo— con tres mil kilos de trilita cada una, estaba dispuesta para ser volada por un explosor eléctrico situado en el Ayuntamiento de la ciudad. En aquella madrugada toda la población civil de Toledo fue evacuada a los montes cercanos a la población.

Desde los puestos de observación se pudo advertir aquel movimiento de gentes harto significativo. Muchos de los defensores toledanos tenían en la ciudad a sus familiares, a los sufrimientos soportados venían a unirse este otro tormento de pensar en el dolor inmenso de los seres queridos, al conocer la cruel y despiadada determinación de un enemigo, que no tenía el valor suficiente para luchar de otro modo más noble.

Al otro lado de los Cigarrales, cientos de toledanos, congregados en la margen opuesta del río, esperaban con el corazón anhelante. Para otros, sin embargo, aquel momento tuvo carácter de espectáculo.

—¡Hoy volará el Alcázar con todos sus ocupantes! —pensaban las mentes chatas de los dirigentes marxistas, que se habían congregado allí para no perderse un momento, de lo que sin duda les compensaría de otras derrotas sufridas en diversos frentes.

Estaban empezando a comprender y no se resignaban a la certeza de que el movimiento nacional, no era tal y como suponían en un principio un golpe militar y reaccionario, sino que era el resultado de la gran conjunción de elementos disciplinados y conscientes dispuestos a enfrentarse a ellos para la salvación de la patria.

Su presencia allí era la más evidente prueba del rencor con que admitían tal postura. Por esto, aquel «plato fuerte» en el que se gozaron de anticipado, era tan sabroso para ellos que no quisieron perderselo.

Habían pasado la noche en Toledo, porque sabían que a primera hora de la mañana se llevaría a cabo la explosión y, dotados de prismáticos, se prepararon a gozar sádicamente del placer de ver cómo era destruido un lugar que albergaba a seres indefensos y a hombres que antepusieron el honor al vilipendio de la rendición cobarde.

Toda la población no combatiente alcazareña dormía en aquella hora. También lo hacían aquellos que habían terminado su turno de servicio hacía pocas horas. El resto estaban en pie, anhelantes y plenamente conscientes del momento que les estaba designado vivir.

Nadie hablaba con nadie, a no ser que fuera preciso hacerlo para cumplimentar alguna orden. El silencio se había hecho total y en todos había la misma angustia ante lo incierto de la espera. Hasta que por fin, rasgando el aire, como un brutal desgarramiento de la roca sobre las que las nobles piedras del Alcázar tenían su firme base, el estampido horrible de la mina, les sacudió con toda la certera fuerza de su poder.

Toda la mole de piedra pareció conmovirse, como si fuera a estallar en mil pedazos. El humo denso y acre permitió a poco ver cómo, después de aquellos minutos horribles, la vida continuaba en torno a ellos. El milagro se había producido. Días y días de angustiosa espera se compensaban en ese momento de confirmación de una fe, de una Providencia que no podía ser puesta en duda por nadie.

Entre las piedras y los hierros retorcidos?, surgía la voz del compañero, del amigo, consolidando el gozo de un momento insuperable bajo todos los aspectos. Fueron unos instantes en que todo se confió a la improvisación. Todos estaban en pie de guerra y por primera vez, aquellas mujeres que salían de los sótanos a la luz de un día manchado por el odio, cooperaron en trabajos que nunca les había sido permitido llevar a cabo.

—¡Gracias Dios mío, gracias! —un clamor de fe, conmovió a los corazones.

Otros gritaban «¡Viva España!», en aquellos momentos el temor, aquel oscuro temor al momento vivido se había disipado para robustecer el valor colectivo.

Por esto cuando por las humeantes brechas miles de hombres se lanzaron al ataque, ellos, los del Alcázar hambrientos y depauperados, cansados y en número que no admitía comparación, obedeciendo la voz de los jefes, se lanzaron a ocupar sus puestos, a recuperar un terreno que les pertenecía, porque era imposible permitir el cederles algo que estaba vinculado a las razones de tan largo y duro asedio.

El enemigo llegaba fresco y bien pertrechado, para lanzarse por entre los escombros del torreón noroeste y, procedentes del zigzag, coronar aquel punto. Llovían sobre los defensores las granadas lanzadas por el techo de las galerías y de las habitaciones del frente Oeste, y hacía falta emplear todo nuestro coraje para conseguirlo.

El grito de «¡Arriba España!», el ansia de verse cara a cara frente a quienes les habían venido hostigando durante días y días, dio fuerza a todos. Las escaleras estaban derruidas, y la ascensión por allí se hacía imposible. En un momento se improvisaron empalmando tramos de escalera de madera, por las que se trepó a pecho descubierto, para terminar desalojando de allí a un enemigo que en la primera ascensión de lucha abierta, se batía en retirada.

Pero antes habían tenido tiempo de colocar sobre el punto más elevado del muro una bandera roja, que ondeó unos minutos como si peretendiera desafiar con el rojo flamear de sus pliegues a la valerosa reacción de los sitiados.

—¡Hay que desalojar esa galería y arrancar esa bandera! —ordenó el coronel Moscardó.

Ni por un momento podía permitirse que sobre aquel montón de ruinas y simbolizando una victoria falsa, la bandera del enemigo desvirtuara la verdad, fingiendo una victoria que tan solo era una derrota más frente al Alcázar todavía invencible. En todos había el mismo pensamiento cumplir la orden, y servir a un impulso incontenible.

Fue un teniente el primero en lanzarse hacia allí y después le siguieron más hombres; el peligro para llegar hasta allí era muy grande, y el esfuerzo para trepar hasta aquel pequeño promontorio casi mayor todavía, porque se carecía de elementos, y por que las fuerzas de todos estaban llegando al límite de resistencia.

A pesar de todo ello, una vez más se conseguía lo propuesto. La bandera tan solo había permanecido allí unos minutos, nadie pudo gozarse en el triunfo de colocarla, porque no hubo tiempo para ello. Como un símbolo de triunfo los enemigos la habían llevado hasta allí, apoyándose en todas sus ventajas ampliamente superiores.

Pero como un símbolo de la irreductible actitud, de firmeza en el cumplimiento del deber, el muro quedaba limpio de lo que era enseña del enemigo.

En unas notas escritas pocos días antes de su fallecimiento, el general Moscardó trazó en unas líneas destinadas al relato del asedio, que se incluyen en su biografía, y en las cuales relató este momento del asedio con su conciso estilo. Dicen así:

«En aquel momento tan crítico y definitivo para el Alcázar solo hombres, con absoluto desprecio de sus vidas, podían resolverlo. Al oír mi voz surge como una centella un teniente de Infantería; está en los huesos, pero en sus ojos que echan lumbre, se adivina el arrojo para realizar lo mandado.

»Con la actitud pide ayuda a los compañeros más jóvenes y se le une un teniente de Intendencia y después otros dos hombres; con gran desprecio de sus vidas, y dándose clara cuenta de lo crítico del momento, a toda prisa buscan y empalman escaleras de mano que apoyan en la fachada del patio, y a pesar de la depauperación creciente por falta de alimentos y excesode ejercicio, sin más armas que la pistola individual, trepan por las escaleras con tal bravura y arrojo que logran ahuyentar al enemigo y quitar la bandera tan estratégicamente situada. Esta bandera pertenecía a Radio comunista de Toledo y se conserva en el museo del Alcázar.»

Pero no se redujo a esto que se lleva narrado todo lo acaecido aquel día; harían falta muchas más páginas, y la más rica prosa para dar una idea aproximada de la trágica e intensa sublimidad del momento.

Allí bajo las alambradas que marcaban la zona de peligro señalada por el teniente Barber, intacta la Virgen del Alcázar; surgiendo de entre los escombros, los niños y las madres, que los abrazaban ansiosamente. Todos irreconocibles bajo la oscura capa de polvo y humo en que les envolvió la mina, pero vibrando de emoción e ímpetu bajo la fuerza intensa del momento histórico

Porque contra todo lo previsto, frustrando el gratuito espectáculo con el cual se habían regordeado de antemano el Gobierno marxista permanecían para seguir manteniendo en pie el honor de España, estábamos allí, para dar fe y vida a una causa. Ya que, como dijo el poeta, en aquellos muros quedaría intacto el genio inmortal de la raza:

«En cada escombros tuyo
un mojón recio
del genio de esta raza...»

DÍA 19 DE SEPTIEMBRE. SÁBADO

«Por la madrugada se oye el fuego de la artillería con el ritmo del día anterior, y hasta las seis y treinta disparan las piezas del 15,5 cms. unos setenta y cinco proyectiles. Las tres piezas del 7,5 cms. también tiran sobre la compañía de tropa. Han causado grandes desperfectos en el Paso Curvo, puerta de entrada al sótano y piscinas y en el torreón sudoeste, llegando a cegar el paso de la piscina al Paso Curvo, comedor de alumnos y compañía de tropa.

»A las trece horas rompen el fuego las piezas del 15,5 cms. de los dos emplazamientos y lanzan cuarenta y dos proyectiles sobre sus acostumbrados objetivos. Al terminar se reproduce el "paqueo", aunque no con la intensidad que por la mañana.

»A las diez y cuarenta y cinco, la observación del frente este acusa el paso por la carretera de la Sista de dos camiones arrastrando dos piezas de artillería sin poder precisar el calibre ni características.»

(Del diario de operaciones.)

En este día la artillería disparó un total de ochenta y ocho granadas. Aquella intensidad evidenciaba la prisa del enemigo, que conocía bien los movimientos ascendentes de las fuerzas nacionales, encaminadas a liberar de su cerco a los alcazareños.

A consecuencia del fuego artillero, toda la fachada este quedó en un lamentable estado, aunque todavía no se consiguió abrir la brecha que era sin duda el objetivo propuesto.

Comedor, distribuidor y lavaderos fueron los lugares más castigados y cuya defensa se imponía por necesidades de estrategia. El mando dio las órdenes precisas para que la guarnición que había permanecido allí durante los últimos ataques, fuera relevada por elementos de la escuela de Gimnasia, ayudados por elementos de Falange y unos números de la Benemérita.

Todos ellos, bajo las órdenes del comandante Llorente, jefe al que le estaba destinado el mando de aquel sector tan duramente castigado. El emplazamiento de dos nuevas piezas en los Alijares hacía preveer el recrudescimiento en los ataques de la artillería.

El efecto desmoralizador que el fracaso de la mina debió causar en el enemigo, se reflejó en una actitud, que aún haciéndose pública, de muy distinto modo, fue sin embargo perceptible para los sitiados.

Los jefes de la defensa conocedores de la estrategia militar advirtieron como los movimientos de fuerzas y emplazamientos demostraban una vez más el contumaz error, en que por fortuna para ellos estaba llevando a cabo sus ataques el enemigo.

Por parte de ellos, y a pesar del aspecto exterior que ofrecía el Alcázar, todos continuaban desenvolviéndose dentro del orden y la disciplina. En aquellos momentos tan críticos cada uno cumplía con lo que era de su competencia, y de este modo pudieron llevarse a cabo medidas, que en caso contrario les hubieran sumido en el caos.

Por ejemplo, aquella mañana se advirtió que el depósito de los escasos víveres estaba en peligro; éste que estaba situado en uno de los depósitos de armamentos, se trasladó con urgencia, pero dentro del mayor orden a lo que antes era lugar destinado a los productos farmacéuticos en la fachada sur.

Y aunque casi simultáneamente se llevó a cabo un ataque intenso por todos los frentes, con fuego muy nutrido, los encargados de realizar este transporte, que habían de cruzar para ello de una parte a otra, continuaron su quehacer, empleando tan sólo las medidas previstas para evitar el peligro.

Aquel día y en una de las naves del sótano en donde estaban alojadas las mujeres, se llevó a cabo y también dentro del orden más perfecto, un acto de carácter distinto: Había necesidad de proveer de ropa de abrigo a todos los defensores, que durante la noche permanecían a la intemperie. Las noches comenzaban a ser frías y pocos eran los que preveyendo una tan larga permanencia habían llevado ropa adecuada al tiempo que ya se avecinaba.

En esta aportación, fueron las familias de los guardia civiles las que pudieron contribuir de modo más eficaz, puesto que al movilizarse lo habían hecho no sólo con todas sus ropas, sino incluso con utensilios domésticos de los que hicieron uso en su permanencia en el Alcázar.

Pero fue conmovedor comprobar cómo se llevó a cabo aquella donación en la que hubo quienes prescindieron hasta de lo imprescindible en favor de los que habían de pasar la noche a la intemperie. Muchos de ellos, habían subido la cuesta del Alcázar en una calurosa mañana del mes de julio, y solo tenían la camisa con que se vistieron aquel día.

El fracaso de la mina fue para todo el Alcázar, un día casi de felicidad, que sólo enturbiaba el entierro de los trece caídos en el feroz ataque y voladura de la mina. A no ser por la tristeza que nos causaba el perder a los hermanos de epopeya, podía decirse que en el semblante de todos brillaba una esperanza de firme raíz.

—¡ La mina ya ha explotado! ¡Y continuamos en pie! ¡Los nuestros saben que todavía resistimos, y que resistiremos! ¡Ahora sí que están cerca nuestras fuerzas...! —todos los comentarios eran optimistas, y aunque advirtieron como se iniciaba el trabajo de otra mina, cuya boca partía de una alcantarilla, nadie le concedió demasiada importancia.

—Para construir la otra mina tardarán más de un mes —comentaban-. De aquí a un mes, Toledo estará en libertad —añadían.

Esta vez no eran suposiciones optimistas. En un corto intervalo de calma y por vez primera se había escuchado un cañoneo lejano, indicio seguro de la proximidad de las fuerzas liberadoras.

Apercibido el enemigo que les cercaba, rompieron inmediatamente el fuego, en una de sus reacciones de impotencia. Porque de ninguna forma podrían contrarrestar una acción ofensiva de perfecta táctica, que haría posible la liberación inmediata de los defensores.

DÍA 20 DE SEPTIEMBRE. DOMINGO

«A las cero horas y treinta minutos, rompen el fuego las piezas del 15,5 cms. de ambos emplazamientos, batiendo las fachadas este y oeste por el interior del patio, disparando hasta las cinco y treinta ciento cincuenta proyectiles. Desde esta hora sigue el fuego con ritmo más lento, batiendo únicamente las de los Alijares el torreón sudoeste, único que queda, fachada este, y en ella con más tenacidad la puerta de acceso de la piscina, la explanada por donde se efectúan todas las salidas.

»EL coronel da orden de que se releve la guarnición de los lavaderos, por fuerzas de los mismos grupos y en la misma proporción, relevándose el comandante Llórente por el comandante Lecanda.»

(Del diario de operaciones.)

En este día y durante diez horas, el cañoneo del enemigo, sujeto a un ritmo variable pero intenso, castigó de modo durísimo diversos puntos del Alcázar. El más afectado fue, sin duda, la puerta que daba salida al recinto donde estaba situada la piscina. Como los lavaderos eran considerados puntos clave de la defensa, tenían en ellos un destacamento para guarnecerlos, que se vio impedido para incorporarse a su lugar, debido a que la cadencia de los disparos era muy irregular, y no permitía establecer el tiempo de pausa sin error.

Fue esa jornada de una actividad artillera tan intensa, que, en las diecisiete horas de duración que tuvo, se calcularon en cuatrocientos proyectiles el número de los lanzados sobre las posiciones del Alcázar, todos ellos del calibre de 15,5 cms., lanzados en su mayoría desde los Alijares, lugar que fue el más propicio para lanzar los ataques de la artillería de grueso calibre. La artillería era ya el supremo recurso de los atacantes.

Después del fracaso de la voladura, el mando enemigo había confiado a una acción masiva de la artillería la destrucción del Alcázar. Nada menos que cerca de quinientos proyectiles cayeron en esta fecha sobre aquella fortaleza tan duramente castigada después de setenta días de asedio, después de la explosión reciente, después de tanto acoso por todos los medios imaginables...

Aquel día se llevó a cabo un repliegue en Puerta de Hierro, que ordenó el jefe, tan prudente en tomar medidas de este tipo, y cuya orden dio la mejor prueba de la proximidad de la llegada a Toledo de las fuerzas liberadoras.

Advierte la impaciencia por conocer detalles, que en aquellas horas —las más críticas y duras— se mantenían en riguroso secreto.

—¿Verdad, que están cerca ya, mi comandante? —le preguntaron al comandante Llórente, a cuyas órdenes había permanecido durante más de cuarenta y ocho horas un grupo de paisanos.

El comandante sonrió paternalmente:

—Mira, yo sé tanto como vosotros. Pero una cosa sí que puedo asegurar y es que los nuestros llegarán a tiempo y los rojos no pisarán el Alcázar.

—¡Eso seguro! —fue la respuesta de todos.

—Sin embargo —añadió:— las horas que faltan van a ser las peores. Esto es natural. Por lo tanto, hay que agotar todas nuestras posibilidades.

Aquella noche el enemigo había atacado tan duramente Puerta de Hierro, que el coronel ordenó la retirada de las fuerzas situadas allí, hacia el Alcázar; antes incendiaron todos los locales que quedaban libres de modo que el enemigo no pudiera ocuparlos y tener una situación ventajosa para hostilizarlos.

En dos ocasiones se temió que, de nuevo, fuera intentarse el asalto a cualquiera de los flancos que como el del norte, y Puerta de Hierro ofrecían mejor punto de penetración. Pero... ¿hemos dicho se temió?

Creemos que fue una expresión mal aplicada. Hoy como entonces puede decirse que no se temió en momento alguno un enfrentamiento, antes bien siempre estuvieron deseosos de hacerlo, de gritar en un fuerte estallido de contenido coraje, como eran de tenaces ellos, que dispuestos a todo habían guardado entre unos muros el honor de sus convicciones.

Nadie se hacía ilusiones con respecto a la firme decisión del enemigo dispuesto a aniquilarles, por los medios que fueran. El que hubiera resultado fallida la voladura del Alcázar por medio de la mina, no significaba más que una cosa: el recrudecimiento de los ataques y la puesta en acción de todos los medios inimaginables para emplearlos contra la fortaleza.

Durante todo el día se había trabajado intensamente, buscando el medio de enlazar de nuevo con las columnas del sur, pero esto, que como tantas cosas, se había visto alterado por la intensidad de los ataques de las cuarenta y ocho horas precedentes, necesitaba de tiempo y elementos, cosas ambas de las que estaban muy necesitados.

DÍA 21 DE SEPTIEMBRE. LUNES

«Por la madrugada hacen las piezas del 15,5 cms. dos disparos hasta las siete treinta horas, en que rompen el fuego nuevamente. La noche transcurre sin novedad en fuego de artillería. Desde que rompen el fuego por segunda vez en ritmo desigual, baten las piezas de los dos emplazamientos el frente este, y en particular el torreón único que queda en pie del sudoeste, que ya muy quebrantado por días anteriores logran derribarlo, con lo que queda sin defensa la biblioteca de Infantería, por lo que la fuerza que lo ocupa tiene que desplazarse, dejando únicamente los frentes.

»Un poco antes de la caída del torreón logran entrar dos proyectiles en la biblioteca, altos, que no producen bajas. El fuego de la artillería cesa a las 18 horas, habiendo disparado un total de 238 proyectiles.

»EL "paqueo" exceptuando el momento en que cayó el torreón que fue un poco intenso, no se hizo notar con la intensidad de los días anteriores. El resto del día y de la noche, hasta las veinticuatro, fue relativamente muy tranquilo. Con el traslado de fuerzas se estudia un alojamiento para la mejor defensa y situación de los hombres replegados.

»Bajas de este día: cinco muertos, un fallecido, 25 heridos y un contuso.»

(Del diario de operaciones.)

El derrumbamiento del último de los torreones del Alcázar fue algo que causó efectos muy singulares en un buen número de los defensores, y cuya repercusión excedía a lo que pudiera considerarse como una impresión encerrada en determinados límites.

Eran muchas las veces que lo había contemplado —algunas desde el Pocito o desde la Calderina—, con sus majestuosos torreones, y la muralla dentada de las severas fachadas, para no acusar el impacto de aquella mutilación arquitectónica. A pesar de ello, cuando cayó aquel día el último de los torreones, y posponiendo estos recuerdos, hubo una reacción de la mayoría de los defensores, para buscar resquicios por los cuales temerariamente se convirtieran en atacantes, en lugar de atacados.

Con ser muy importante la destrucción para el enemigo, no era tanto la consecución del objetivo como la espectacularidad que se pretendía dar al mismo. Tal y como les había dicho en más de una ocasión el coronel jefe, Moscardó, ellos buscaban más que el éxito de una operación militar, la resonancia de una operación política.

Por eso pretendieron en una acción artillera de impresionante fuerza, que la destrucción alcazareña fuera casi un espectáculo, con un neroniano placer que ya se buscó en la voladura de las dos minas.

Debido a esta causa, los torreones habían ido cayendo en medio de la espectación observadora del mando rojo. Pero esto daba lugar a que se situasen unas líneas, cuidadosamente estudiadas por los jefes, estrategias de primer orden, que como defensas accesorias, servirían a los fines propuestos de un modo perfecto.

Sin embargo, esto no impedía que siguiendo la orientación táctica que respondía a la más escrupulosa preparación, buscaran en ese momento por el cual se trataba de reducirles al núcleo del edificio, los puntos de fisura por donde fuera posible distraer al enemigo hasta un da que ya se sabía muy próximo.

La acción prevista ideada para descongestionar el núcleo del Alcázar —en donde la población no combatiente estaba muy oprimida debido a los repliegues mencionados— fue acogida como si se tratase de un festival en el cual ansiaran participar todos.

Hubo necesidad una vez más de seguir lo marcado en la más estricta disciplina; sin embargo lo hicieron en contra de los deseos que ardían de impaciencia.

DÍA 22 DE SEPTIEMBRE. MARTES

«Sobre las tres de la madrugada, empieza el fuego la pieza de 15,5, batiendo el camino cubierto y fachada este, y hace catorce disparos hasta las cinco., Se supone que ignora la evacuación de Puerta de Hierro, Santiago, comedor y fregaderos, pues siguen tirando con petardos y ametralladoras como si aún estuviese ocupado; indicio claro de su poca acometividad.

»Desde que cesó el fuego de la artillería, no han vuelto a disparar y en este momento, diez y cuarenta, la observación acusa traslado de piezas del 15,5, de las que se llevan dos del campamento y otras dos antiaéreas y una del frente Norte, así como movimiento de gente a la que se cree como en plan de marcha; desde luego, el «paqueo» es mínimo.

»A las once rompen el fuego las piezas del 15,5 del frente Norte, lanzando unos dieciséis proyectiles, y a continuación empieza un tiroteo de armas automáticas y de fusil intensísimo, como si fuese para preceder a un asalto; se toman todas las medidas y a la hora va decreciendo y termina volviendo al poco rato a recrudecerse y por fin queda el «paqueo» ordinario, aumentándolo en el frente Norte a causa de la evacuación de Puerta de Hierro.»

(Del diario de operaciones.)

Los grupos de asaltantes llegaron al zigzag y también hasta el comedor de alumnos, pero en ambos lugares los defensores, parapetados y resueltos a la lucha cuerpo a cuerpo, consiguieron hacer retroceder a un enemigo que llegaba fresco y bien pertrechado a conseguir el asalto de una posición casi derruida y castigada con gran dureza.

Una de las piezas del 15,5, emplazada en los Alijares fue desmontada durante la noche; esto se debió a las necesidades impuestas por el ejército nacional cuya proximidad ya no podía ser puesta en duda.

Sin embargo, el cerco permanecía aparentemente más cerrado, los ataques tenían una audacia poco eficaz, y sobre todo siempre acusaban la falta de mando adecuado, y el efecto desmoralizador que sobre ellos ejercía la actitud firme del enemigo, contra el que se estrellaban todos los propósitos.

Aquel día se llevó a cabo el bombardeo más duro por parte de la aviación nacional de cuantos se efectuaron hasta entonces. Bien es verdad que la actividad aérea había sido casi nula, debido a la serie de factores que causaban la dificultad a unos y otros, para ejercer este medio ofensivo.

En esta ocasión, el trimotor nacional bombardeó todo el terreno de los Cigarrales de San Servando, así como Zocodover y el seminario, en donde pudo advertirse los demoleedores efectos de su acción.

Ya hemos dicho que esto les proporcionaba a los defensores que eran toledanos reacciones de muy distinto orden; lo que por una parte significaba triunfo, avance en esa angustia por la ansiada liberación; era en otro sentido una pena indefinida, una zozobra por la suerte de tantos seres amados, y de las cosas también amadas que se perdían en la cruel fuerza de la guerra.

En aquel día corrió el rumor de que si se intentaba un ataque de infantería —en ese audaz asalto que no fueron nunca capaces de realizar— los defensores evacuaríamos por Capuchinos a buscar por el callejón de la Soledad un punto de escape.

Esto, que era el más descabellado rumor de cuantos podían propalarse, partió como otros que no. merecen la pena de ser consignados, de aquellos elementos que en calidad de rehenes permanecieron allí hasta el fin. Mas aunque se conocía la procedencia de todos los infundios, en aquel momento crítico, y con una población combatiente bastante numerosa, se prestaba a que pudiera crearse un confusionismo peligroso.

Fueron aquellas horas de prueba, no sólo las más heroicas, sino aquellas en las que se puso de manifiesto la perfecta disciplina y unidad en la decisión. Porque faltando tan sólo unos días para que diera fin el prolongado asedio, había de hacerse acopio de fortaleza para salvar las últimas horas, que ante la inminencia de su final, se hacían más y más angustiosas.

Pero era una angustia formada de impaciente anhelo, opuesto totalmente al miedo y a la claudicación. No les movían tanto las necesidades de la humanidad maltrecha, de los cuerpos sucios y cansados, de los estómagos hambrientos, como esa otra de abandonar el recinto para unirse a la empresa común con sus hermanos, adelantados de la cruzada.

DÍA 23 DE SEPTIEMBRE. MIÉRCOLES

«A las cinco de la mañana se intensifica el tiroteo sobre el frente Norte, en el que predominan los petardos, y al cuarto de hora cesa, volviendo a su ritmo normal. La observación acusa que las piezas del 15,5 cm. que quedaron en los Alijares se las han llevado y no se puede precisar si definitivamente o para cambiarlas de emplazamiento.

»A las ocho hay un intento de asalto por el frente Norte, emplazando el enemigo fusiles, armas automáticas y un tanque de artillería, que desde el zigzag hace varios disparos sobre la parte alta de las ruinas, con objeto de batir los puestos situados en ellas. Es rechazado y al cabo de una hora de combate se retiró el enemigo con el tanque.

»A las dieciséis y diez rompen el fuego las piezas de 15,5 cm. emplazadas al Norte, y disparan 29 proyectiles, batiendo principalmente los escombros acumulados en la puerta principal con objeto de abrir brecha y facilitar el camino al tanque. Algunos proyectiles entran también en el patio sin que causen grandes destrozos. A las dieciséis y treinta termina el fuego de artillería.

«Bajas de este día: un muerto, 22 heridos y nueve contusos.»

(Del diario de operaciones.)

El coronel Moscardó, haciendo efectiva aquella frase de Moltke, en la que dice que «El arte de la guerra es un sistema de recursos», mantuvo sus puestos frente al enemigo, en posición lo suficientemente avanzada dentro de las posibilidades de la casi derruida fortaleza. Así sobre montones de escombros los puestos se, mantuvieron con una firmeza que constituyó un continuo estado de heroísmo.

Ellos, los hombres que habían sido empujados a enfrentarse contra los defensores, esos hombres a los cuales se les condujo mentalmente a un estado de odio irrazonable, estaban tan sólo a unos pocos metros de distancia.

En este día veintitrés a que hacemos referencia, fueron dos las veces en que intentaron el asalto al recinto, convertido en un montón de ruinas con los muros derruidos y algunas de sus naves ya destruidas por los proyectiles.

Sin embargo esos intentos no se llevaron a cabo por aquellas improvisadas trincheras, en donde unos cuantos hombres les esperaban dispuestos a cerrar su paso hacia el interior. Había como un mensaje sin palabras ni signos, por el cual, ellos estaban convencidos de la firme decisión del enemigo en no ceder el paso y morir antes que permitirlo.

Y esta actitud desesperada, mantenía a raya a un enemigo cuyos fines e ideologías, estaban afirmados en ellos de un modo distinto al de todos los defensores.

La situación en aquellas improvisadas trincheras era muy difícil, pero nunca fue —aunque resulte difícil comprenderlo— desesperada. Había una coordinación de relevos perfectamente observada aun en los momentos más críticos, y una buena prueba de ello, era el mínimo de bajas obtenidas, que no guardaban relación en modo alguno con la situación peligrosa en que se hallaban.

Esto daba un valor moral a todos, como si tuviesen el pleno convencimiento de un triunfo, que lógicamente debía haberles ofrecido alguna duda.

De las horas pasadas en esos puestos hubo momentos de variado matiz. Uno de ellos tiene un valor anecdótico que es claro exponente de cómo reaccionaban ante las circunstancias más diversas: desde las barricadas del Picadero les atacaban con fuego de fusil con una intensa acción que indicaba el propósito de lanzarse sobre aquel puesto, que era a simple vista uno de los menos protegidos de los situados sobre toda aquella ala del recinto.

Estaban allí doce hombres al mando de un teniente de artillería de los que cuando se inició el Movimiento Nacional seguían unos cursos de prácticas en la fábrica de armas.

Junto a él ocho guardia civiles, buenos tiradores, y cuatro de los pocos cadetes de infantería que había en el Alcázar. (Se ha de hacer constar esta circunstancia debida a que, por ser tiempo de vacaciones, fue un número bastante escaso el de alumnos de la academia que pudieron defender el lugar donde se les estaba formando para su ejercicio de su profesión militar.)

En total, los hombres que comprendían el grupo, podían ser considerados como unos excelentes tiradores, no así un paisano, cuya falta de práctica procuraba suplir con la aportación de su entusiasmo. Pero no es a esto a lo que vamos a referirnos, sino al hecho de que dada la situación del lugar cuando se llevaban más de tres cuartos de hora de intenso tiroteo, unos cuantos, salieron de sus atrincheramientos con idea de lanzarse sobre ellos y penetrar por el hueco que la brecha hubiera dejado.

—¡Ésos no saben lo que les espera! —murmuró un cabo de la Guardia Civil, que solía hacer unos blancos verdaderamente increíbles.

En efecto, cuando los primeros hombres, surgiendo de los pequeños montículos, se lanzaron hacia los del Alcázar, bastaron los disparos efectivos de la mitad de los componentes del grupo para detenerles, obligándoles a regresar a su escondrijo. Varios no pudieron hacerlo, porque cayeron heridos de muerte.

Entre éstos, uno quedó en un punto próximo, aunque de difícil acceso; era en el punto medio que nos separaba a unos y otros. Había caído de tal modo que en el movimiento que hizo su cuerpo al desplomarse salió del bolsillo del «mono» un paquete de tabaco que despertó las ansias de fumar del teniente, empedernido fumador a juzgar por los hechos.

Desde aquel providencial envío de las fuerzas nacionales, no había vuelto a entrar en el Alcázar ni un gramo de tabaco; de esto hacía más de un mes y ni aun los más precavidos conservaban ni una brizna del apreciado producto. El teniente que no podía apartar los ojos de la tentadora cajetilla, exclamó después de unos minutos:

—¡Voy a por ese tabaco! —lo dijo para sí mismo, como si con su propia voz tratara de justificarse ante su propio yo.

Nadie se atrevió a objetar nada. Ni los cadetes ni los guardias acusaron extrañeza alguna por esta actitud. El paisano que en cierto modo estaba excluido de la disciplina castrense, se decidió a hacerlo por ellos.

—Mi teniente —dijo es un riesgo enorme. Piense que le van a dar, pero seguro, ¿eh? —añadió para dar más fuerza a sus palabras.

—¿Quién, éstos? —respondió el teniente—. ¡Vamos, hombre! ¡Si no le pegan ni a un baúl! —expresión que era el mayor sinónimo de mala puntería. Después hizo una pausa como si a pesar de todo dudase, y dijo:— Además que un paquete de tabaco bien vale correr el riesgo...

Y por un simple paquete de tabaco, se lanzó a realizar algo tan arriesgado como aquello. Saltó al exterior rápido como un rayo, corriendo en zigzag hasta el lugar donde había quedado el paquete de tabaco. La acción desconcertó al enemigo, que inmediatamente reaccionaba abriendo fuego. Pero él en rapidísimas evoluciones, conseguiría alcanzar de nuevo la posición, para acabar... repartiendo el tabaco.

Después nadie refirió lo sucedido, porque, como decía él: «Iguale me mete "un paquete" el coronel, y además aún tendría que dar un cigarro a los compañeros.»

DÍA 24 DE SEPTIEMBRE. JUEVES

«La observación acusa movimiento de coches en gran número por la carretera de Avila y Madrid. Las piezas de artillería que estaban en los Alijares no dan señales de vida, suponiéndose han sido llevadas a Madrid en un tren que salió de Toledo muy temprano.

»Por la mañana hay nutrido «paqueo», ya las diez treinta un avión nuestro bombardea los alrededores de Toledo.

»A las diez y cuarenta y cinco rompe el fuego una de las piezas del 15,5 cm. emplazadas al norte, y con ritmo muy lento bate la fachada este por el interior y los escombros de la puerta principal, así como la parte superior de esta fachada, donde tenemos instalados los puestos de observación, algunos de los cuales consiguen cegar.

»La orden de la Comandancia publica ascensos de distinguidos, premios en metálico y relación de distinguidos al rechazar los intentos de asalto del enemigo durante los días 18, 22 y 23.

»A las doce y a las dieciséis cuarenta y cinco, tira la misma pieza anterior con el mismo ritmo y sobre los mismos objetivos anteriores disparando un total de treinta granadas. Al cesar la artillería, el «paqueo» se reproduce, y aunque no es muy intenso, es bastante molesto en los frentes Este y Norte.»

(Del diario de operaciones.)

Las últimas noticias sobre el emplazamiento de las avanzadillas nacionales que conocían los sitiados, fijaban la posición de las mismas en Santa Olalla y Maqueda, posiciones muy próximas a Torijos.

Sin embargo habían transcurrido ya varios días desde estas referencias concretas, que como siempre se obtenían a través de Radio Club de Portugal y de Radio Italia. La primera de estas estaciones fue en todo momento el emisario más certero y alentador con que contaron los defensores alcazareños.

Así aquel día, después de tres sin conocer la marcha de las columnas, los sitiados supieron que Yagüe, con la columna a su mando, había sobrepasado ya Torijos y estaban ya atravesando el Guadarrama.

Dedujeron por lo tanto que la escisión de las fuerzas del Sur tenía la finalidad estratégica que comentamos en otros párrafos, prevista para no incurrir en ningún error táctico, de modo que las posiciones quedasen fuertemente consolidadas. Para los hombres del Alcázar, aunque la espera era angustiosa, los momentos tenían una intensidad inmensa, casi gozosa en toda la fuerza dramática de la gran resistencia.

Eran las horas que precedían a la culminación de algo que ya no podría ser superado, y que les devolvía a la vida con la tranquilidad del deber cumplido.

En ese día y después del derrumbamiento casi total de la fachada este, el Alcázar era ya tan sólo una sombra del hermoso recinto, residencia de reyes y testigo de glorias imperecederas. Toda su altiva arquitectura se había convertido en montones de escombros entre los que todavía permanecíamos en pie para dar fin a la página de la Historia de España que le correspondía escribir.

En todos los defensores se acusaba notablemente el esfuerzo de tan alta empresa; las mejillas se veían enjutas, curtidas por el sol y manchadas por la fiebre de una tensión continua, profundas ojeras rodeaban los ojos hundidos. Pero todos continuaban firmes, casi desafiantes, con una animosidad que había hecho posible la desestimación de todas las proposiciones.

Eran hombres del siglo xx, pero sobre sus hombros pesaba el legado histórico de la derruida fortaleza. Pesaba la razón, histórica de ser la cuna de Alfonso X el Sabio, el mismo que había hecho levantar los torreones que había barrido la metralla de los milicianos.

En aquella biblioteca, derruida por los proyectiles, el rey de las cantigas compuso sus tablas y escribió sus famosas crónicas. Más tarde en los húmedos calabozos, que fueron en la defensa refugio para los niños y las mujeres, la mujer que fuera durante una hora reina de Castilla, la desgraciada Doña Blanca, había llorado su soledad y abandono.

Ultimo baluarte de los Comuneros contra Carlos V, este mismo monarca lo había restaurado de nuevo, para que transcurriera en él alguno de sus breves ocios...

Ahora eran ellos quienes, al dar motivo para aquel derrumbamiento, conseguían paradójicamente poner en la cima de sus escombros el pabellón imperecedero de su gloria. El coronel Moscardó se lo había repetido en más de una de sus arengas: Defender el Alcázar, es defender nuestra historia y poder seguir viviendo —aquellos que consigan alcanzar la victoria— con el honor que como españoles debemos poner en todos los actos de nuestra vida.

Esta idea, sobre la que se había actuado, era sin duda la causa fundamental de una victoria que ya estaba a punto de conseguirse. Las noticias no eran todavía concretas, pero apoyadas - en detalles muy significativos, esperaban que al fin del asedio terminase pronto y de modo favorable a la causa defendida.

Estos días habían de ser a pesar de todo los más duros y difíciles de resistir. Les consumía la impaciencia y las dificultades llegaban a un límite muy acusado, aun cuando los ataques de artillería hubieran decrecido notablemente.

Sabían que, hasta el último momento, el enemigo continuaría atacándoles, aunque en el convencimiento de la mayoría estaba la seguridad de su derrota. Mas el hecho histórico social del Alcázar suponte un impacto de efectos totalmente opuestos para unos y otros.

En tanto que ante hombres de la España Nacional era considerado como un estímulo de gran valor, para ellos se constituía en un episodio desmoralizador, cuyos efectos eran difíciles de superar.

DÍA 25 DE SEPTIEMBRE. VIERNES

«El "paqueo" de madrugada es intenso en los frentes Sur y Oeste y casi nulo en los otros. Por la mañana se percibe claramente el ruido del cañoneo de nuestra columna y la del enemigo, y al ser más de día se perciben claramente las dos baterías que tiene el enemigo emplazadas en las alturas de las proximidades a la casilla del peón caminero y dominan el cauce del Guadarrama y Venta del Hoyo.

»Las noticias de la radio siguen siendo excelentes, acusando un gran castigo al enemigo. Se están viviendo los últimos momentos de este asedio llevado con tanto sacrificio y espíritu por parte de todos.

»Al avanzar la mañana, tres aviones nuestros bombardean las baterías, y enseguida las baterías de la columna nuestra las localizan, corrigiendo el tiro sobre ellas, neutralizándolas, viéndose al mismo tiempo gente que viene por la carretera de Ávila a pie y en camiones, que son batidos por nuestras baterías, como así mismo los camiones de la batería enemiga, que tiene que abandonar sus posiciones.»

(Del diario de operaciones.)

Las fuerzas que habían mantenido el durísimo cerco en torno al Alcázar, empezaban ya a batirse en retirada. Ésta se hizo por la carretera de Madrid, en dirección a Bargas, no pudiendo conseguirlo, sin embargo, más que una parte reducida de los contingentes que huían, puesto que el ejército nacional había cortado dicha carretera para impedir de este modo la retirada.

Más tarde se supo que en ese corte previsto de antemano, se había obtenido un considerable efectivo artillero, ya que las piezas del Pinedo cayeron en poder del ejército liberador.

Una gran parte de la población civil, huyendo de los ataques inminentes de las fuerzas nacionales, salió en dirección a Ávila, buscando —ya que hasta entonces no pudieron hacerlo— contacto con el ejército nacional, y con los pueblos ya liberados.

Fueron dos éxodos dirigidos en distintas direcciones, que marcaron la posición de cada uno de los bandos. En tanto unos acompañaban a los vencidos en la retirada, otros buscaban en los que llegaban la comunidad de ideales, tanto tiempo acallada por el temor impuesto.

En aquella dolorosa sucesión de jornadas, cada una tuvo su matiz dentro de lo que para la extraña contemplación pudiera ser considerado tan sólo como una lucha casi ininterrumpida por la supervivencia.

Aquel día, cuando pudo observar de una manera clara, cómo el enemigo iba de un modo casi precipitado, abandonando sus puntos clave, desde los cuales había estado continuamente atacando tres posiciones primero, y más tarde el propio recinto del Alcázar, todos sin excepción fueron poseídos del mismo pensamiento:

¡Aquel ejército que huía ante la llegada de las fuerzas liberadoras, dejaba de ser un ejército numéricamente mayor que les había tenido atenazados, para convertirse en un enemigo castigado por las columnas que corrían en apoyo de los defensores! Ninguno pensó en tales momentos — como ellos no debieron pensarlo antes—, que representaban los dos frentes de una nación dividida, cuya verdadera razón habría de ser justificada cuando el paso del tiempo serenase los espíritus.

En aquella hora, sólo había lugar en la mente para formular la satisfacción por algo que se imponía incluso a la misma supervivencia; y era la soberbia satisfacción de la victoria. Días y días de sufrimiento e incertidumbre, se compensaban sobradamente, no ya con la liberación próxima, cuanto por la derrota del enemigo al cual veíase huir con tanto gozo.

Estas últimas jornadas del asedio estuvieron presididas por una excitación que se agudizaba por momentos, y que tan sólo la disciplina que había sido observada en todo momento, hizo posible fuera contenida. Eran los mismos hombres de días anteriores, y las necesidades de todo tipo se habían agudizado, sin embargo su peso había dejado de gravitar sobre todos.

Por vez primera, la población alcazareña no combatiente, desobedeciendo órdenes, había abandonado sus incómodos sótanos para asomarse al exterior con la gran esperanza reflejada en los rostros demacrados. Fue necesario emplear todos los argumentos imaginables para conseguir que de nuevo se reintegrasen a lugares que, además de ofrecer seguridad, les mantuvieran en la disciplina que durante el asedio se había guardado en todas las circunstancias.

Aun así no podían evitar que de tanto en tanto alguna mujer, en función de enlace, llegase hasta cualquier jefe para preguntarle:

—¿Verdad que ya es sólo cuestión de horas?

A una de ellas, el comandante Rivas le respondió con su característico y gallego modo de eludir la respuesta directa:

—¿Que si es sólo cuestión de horas...?

—¡Pues claro que sí, señora! Siempre ha sido cuestión de horas, desde el primer día... muchas; pero horas y más horas...

La mayoría de componentes de estas familias de no combatientes estaban tan ansiosos y excitados, que ya tenían los escasos objetos personales a punto, y mostraban en su aspecto un esmero, apenas perceptible entre las gentes no sitiadas, pero apreciable entre estos, que componían una triste estampa mugrienta y depauperada.

El terror y el sufrimiento había desaparecido como por arte de magia del semblante de aquellas mujeres más débiles e impresionables.

—¡Todavía tenemos el peligro pendiente sobre nosotros! —les dijo el capitán Vela, ante aquel desmedido entusiasmo, que en cierto modo podía ser perjudicial. Pero nadie tuvo demasiado en cuenta esta advertencia, con la que se intentaba recluir en los lugares seguros en donde habían permanecido hasta entonces a las que hasta entonces fueran disciplinadas mujeres.

El clima de excitación que se respiraba en aquellos núcleos de gentes, hasta entonces tan sumisas a toda orden, era de tal magnitud que llegó a contagiar a todos. Las sonrisas volvían a los rostros, perdido el rictus de profunda tensión que ya era habitual en todos.

El coronel Moscardó, con su serenidad, y la actitud inamovible de todas las horas vividas, seguía la marcha de las horas postreras de la epopeya, de la cual él era el fundamento, el sostén y la firme decisión de todas las duras pruebas sufridas.

En aquellos momentos, cuando su misión en el Alcázar parecía estar tocando a su fin, él sin duda volvía los ojos a la intimidad de sus pensamientos, al amor paternal pospuesto por el mandato sagrado del deber. La inquietud por la suerte de su familia, el sufrimiento por el sobrehumano sacrificio que había llevado a cabo al comienzo del asedio, todas las cosas que no estaban implícitas en lo exigido a su vida castrense, permanecía oculto para todos, incluso para sus ayudantes, hombres que comprendían bien cuánto dolor había en la gran renuncia.

DÍA 26 DE SEPTIEMBRE. SÁBADO

«La madrugada es tranquila; poco "paqueo", que sobre las dos aumenta en intensidad un momento para enseguida decaer y seguir como antes.

»Al hacerse de día, se ve una batería emplazada a media ladera cerca de la casa del guarda y el enemigo a la misma altura, a caballo sobre la carretera, pero sin verse nadie sobre la cresta, ni enemigo, ni nuestro.

»La observación acusó durante la madrugada gran movimiento de coches de Toledo a Madrid y viceversa, en igual número aproximadamente en un sentido que en otro.

»A las siete se siente intenso cañoneo y se ven algunas explosiones de las baterías de nuestras columnas.

»EL día va pasando con "paqueo" que en algunos momentos aumenta su intensidad, pero en seguida vuelve el ritmo lento. Sobre la marcha de las operaciones de nuestra columna no es posible consignar nada fijo, por ignorar los propósitos del mando y no verse desde el Alcázar el sitio donde posiblemente se está desarrollando la acción, que se supone sea, una vez pasado el río Guadarrama, marchar en dirección a Bargas a tomar- las alturas que dominan la carretera de Madrid y la entrada de Toledo.

»En los emplazamientos de las baterías enemigas sólo quedan dos piezas que al parecer disparan en dirección a Bargas.»

(Del diario de operaciones.)

Aquel día, los defensores tuvieron que contemplar cómo era abatido por la caza enemiga un trimotor de bombardeo nacional. Las fuerzas que estaban ya en las puertas de Bargas habían descongestionado el cerco del Alcázar, que ya no acusaba la misma intensidad en sus ataques de artillería.

Dos de las baterías emplazadas en las proximidades de la carretera de Bargas, habían abandonado su emplazamiento para acudir en ayuda de las tropas que se oponían a la progresión de las fuerzas nacionales.

En todos había ya la seguridad por la inminente llegada de los liberadores. Sin embargo, aquella confianza no permitía ningún género de transgresiones de la más férrea disciplina, debido a que era precisamente entonces cuando más debían llegar hasta el fin sin permitir aquellos últimos y desesperados ataques que todavía se esperaban.

La promesa de resistencia hecha por el jefe, el coronel Moscardó, que fue sostenida por todos a través de las ipayores vicisitudes, estaba tocando a su fin. Con este día que acaba de ser reseñado a través de ese exponente del espíritu castrense, que es el Diario de operaciones, se cumplían más de setenta y dos horas en las cuales la artillería enemiga no había dado señales de vida.

Por primera vez, sus disparos en vez de ser dirigidos contra ellos, se enfrentaban a objetivos, en los cuales había medios suficientes para devolverles el fuego. Había un placer malsano, pero irreprimible en aquel bombardeo sordo que el eco traía hasta ellos, y en aquella humareda lejana que ensuciaba el cielo hermoso de la vega toledana.

Aquello que había sido calificado «como postura intransigente», estaba ya viviendo las páginas postreras de su episodio, que pasaría a formar parte por derecho propia de la «gran Historia de España».

Ya nadie sentía hambre, cansancio, dolor, ni sed. Todos los imperativos de los cuerpos padecidos, quedaban supeditados a este ansioso esperar que hacía las horas infinitamente más largas, como si el tiempo se detuviera para hacerles desear el gran momento de la liberación.

Uno de los jefes, valeroso entre los valerosos, dijo durante la mañana :

—Por primera vez, desde que estamos aquí no siento hambre ni sed. En más de setenta días, nunca quede libre de pensamientos tan fútiles como el recordar un sabroso plato o simplemente un reconfortante vaso del fresco vino de mi casa. Eran recuerdos que a veces llegaban a ser atormentadores.

Alguien respondió que también en aquellos días, y pegado al lugar en donde se le ordenaba permanecer, llegaban hasta él las cosas más distantes a todo lo que ocurría en la dura y prolongada defensiva.

—No es que me inhibiera de la realidad de nuestra situación —dijo—. Lo que ocurría, y creo que así nos ha sucedido a todos, es que ahora, cuando todo toca a su fin, apreciamos en toda su extensión las trágicas horas que aquí hemos vivido.

¡Esas horas que parecían eternizarse...!

Aparte del lógico anhelo, había también consideraciones de otro tipo, cuales eran el siempre probable peligro de que la construcción de la mina que partía de la calle de Pabellones, y llegaba por las proximidades del torreón nordeste, pudiera ser volado antes de que se produjera la llegada de las fuerzas liberadoras.

En el pensamiento de todos los que vivieron las últimas jornadas de la epopeya, estaba presente aquel peligro que en modo alguno podía ser soslayado, ya que sobre los montones de ruinas no podía llevarse a cabo —tal y como sucedió anteriormente— un detectado de ningún tipo, y tales suposiciones se apoyaban en las consecuencias extraídas por los técnicos a la vista del trabajo que parecía llevarse a cabo con un ritmo muy acelerado.

El propósito a la vista de tanta premura era bien claro; estaban convencidos que el avance nacional era totalmente imparable, y por lo tanto Toledo y con él —sobre todas las consideraciones como pudiera ofrecer la pérdida de una ciudad—, estaba la gran derrota sufrida frente al Alcázar, una posición que se había estado dando por contada desde el comienzo de la defensa.

El mando rojo sabía sobradamente que después se haría pública la gran mentira sostenida durante más de setenta días, y que, con este descubrimiento, se pondría de manifiesto la incapacidad de un mando que no supo mover adecuadamente a diez mil nombres frente a mil doscientos combatientes, ya que de los mil ochocientos que componían la población del Alcázar debía descontarse el número de no combatientes, integrado por mujeres, niños, y elementos no aptos para la defensa.

Por eso urgía adelantar el trabajo de aquella mina, hecho desde la boca de una alcantarilla como punto de partida, y en la que se trabajaba con la urgencia que reclamaba el momento trascendental que se vivía.

La incógnita estaba en si llegarían a tiempo las fuerzas antes que el trabajo tocara a su fin, jugando una vez más la dura partida emprendida el día 20 de julio.

DÍA 27 DE SEPTIEMBRE. DOMINGO

«Durante la madrugada sigue el "paqueo" como en la noche anterior, y a las cinco y treinta rompen el fuego las piezas del 15,5 emplazadas en Pinedo, y entre las 30 detonaciones que disparan se oye una de mayor intensidad que llena de polvo muy negro todas las dependencias del Alcázar, creyendo cada uno haya sido una granada cercana, por lo que se supone pudiese ser la explosión de un hornillo o fogata.

»Se comprueba lo primero, pues en la explanada este y cerca del torreón norte se ve el embudo producido por el hornillo que tiene aproximadamente unos 30 cms, de diámetro por 4 o 5 de profundidad, como asimismo el aumento que sufrió la brecha hecha por el cañón en esta fachada este.

«Inmediatamente de la explosión y cañoneo, empieza el intento de asalto, que, como siempre, fue rechazado con gran espíritu. Sobre las siete en que había decrecido el fuego, se ve en la puerta principal una gran columna de humo negro y llamas, que se elevan verticalmente, no entrando en el patio como era su propósito; estas llamas fueron producidas por el incendio de la gasolina que arrojaron con una bomba. Aumentó otra vez el tiroteo, rechazándose por segunda vez otro intento de asalto.

»La observación acusa que por el horizonte, hacia Bargas, se ven las guerrillas de nuestras columnas que avanzan sin gran resistencia, y como se ven los mandos de las secciones a caballo, se supone fundadamente sean el Tercio y Regulares, y a más por su perfecta formación en orden de combate.

»La artillería de nuestra columna bate la plaza de toros y después las lomas del Pinedo, donde estaban emplazadas las piezas del 15,5 cms., que apenas terminaron el fuego dejaron el emplazamiento.

«Se ordena izar nuestra bandera bicolor en las ruinas del torreón noroeste, que apenas es vista por el enemigo intensifica notablemente el fuego.

(Del diario de operaciones.)

Por medio del heliógrafo, el coronel Moscardó ordenó que, ayudándose de la transmisora de radio, procurasen por todos los medios establecer contacto con las columnas.

Las primeras noticias obtenidas les hicieron conocer la situación en que se encontraban; este lugar era el conocido por la Dehesa del Carrasco, en donde no encontraron demasiada resistencia.

En esa noche histórica, el enemigo permaneció atento para impedir una salida de las fuerzas sitiadas, que no sólo sirviera para ayudar a las fuerzas liberadoras, sino que evidenciase la actitud firme de unos sitiados, a los que se había dado por desaparecidos durante mucho tiempo, y que aún tenían fuerza suficiente para salir al encuentro de sus hermanos de armas.

A tal efecto, hicieron explotar una serie de cartuchos de gran potencia, que cercaban subterráneamente el Alcázar, y cuya efectividad fue tan sólo ésta ya mencionada, para la cual los defensores ya estaban prevenidos por las órdenes cursadas.

A la vista de las primeras fuerzas nacionales, que coronaban ya las lomas del cementerio, el coronel Moscardó decidió enviar al exterior a uno de los rehenes, con un mensaje para el enemigo.

En este mensaje se advertía a las fuerzas que habían sitiado el Alcázar que no opusieran lucha en las calles de Toledo, lucha fratricida e innecesaria. Además daba la seguridad de los rehenes que había en el Alcázar, siempre que fueran respetadas las vidas de los familiares de los que habían permanecido en la defensa.

La respuesta fue aceptando las condiciones, que por parte del Ejército Nacional fueron cumplidas totalmente. Las fuerzas nacionales atacaban ya a la fábrica de armas, y fue en esas horas de gran intensidad cuando el coronel Moscardó dio las órdenes para que el cañón de 7

cms., única pieza de artillería de que se disponía en el Alcázar, fuera emplazado frente a la Puerta de Capuchinos para batir al enemigo que huía por la carretera de Mocejón y el camino de Algodor. ¡La liberación del Alcázar era ya inminente!

Tal y como se presagiaba, el enemigo, jugándose la última carta, y ante la inminente llegada de las columnas salvadoras, decidió volar la mina que tan precipitadamente se había venido preparando. Una vez más su ataque sería nulo; apenas se pudo llegar hasta el lugar de la explosión, comprobóse que la galería de la mina había quedado corta, y por tal motivo la voladura había fracasado, ya que tan sólo se llegó a producir un embudo de treinta metros de ancho, y unos cuatro de profundidad, sin causar más perjuicio ni conseguir ni una sola baja.

Inmediatamente, y tal como ya se tenía previsto, el enemigo intentó el asalto a la fortaleza. El número de hombres fue —o así se lo pareció a todos— superior al que había llevado a cabo el asalto en la intentona de voladura anterior.

Por esto el coraje con que se respondió fue también superior todavía al de aquel día, en el cual tan providencialmente pudo llevarse a cabo el ataque, ya que la confusión momentánea creada por la explosión, podía haber sido un motivo favorable para ellos.

Esta vez no hubo sorpresa; sabían que se lanzarían al asalto, pero allí estaban ellos, para realizar aquel esfuerzo último de la epopeya, que sería ya como el pórtico de la victoria.

El esfuerzo se redobló con un ardor tal, que juzgado fríamente podría parecer incomprensible, dada la extrema debilidad, el cansancio agotador y la tensión continuada de tantos días de lucha. La avalancha de hombres era muy numerosa, y su ataque furioso y reiterado, ya que en menos de media hora, ellos volvieron a la carga con mayor ímpetu todavía.

Mediado el día, pareció decrecer el peligro; una calma casi total permitió que se recuperasen del titánico esfuerzo llevado a cabo después de rechazar los dos asaltantes enemigos. La cocina de campaña llevó a cabo con los pocos elementos disponibles, una especie de rancho, hecho con los residuos de las provisiones que yo tocaban a su fin.

Alguien expresó su optimismo:

—Mañana ya comeremos junto a los nuestros.

Estaban tan cansados, que ni siquiera hicieron eco al comentario.

—¿Lo dudáis? —les preguntó al observar aquella inercia.

—Mirad al coronel —dirigieron la vista hacia donde se hallaba el jefe.

Moscardó, sin comer, con los gemelos de campaña asidos fuertemente con los huesudos dedos, contemplaba un punto determinado de la vega, por donde eran esperados los hombres que venían en ayuda del Alcázar.

Los cañones del Pinedo, los últimos en abandonar el lugar de emplazamiento, habían vuelto la espalda al Alcázar, para disparar en aquella dirección que tan atentamente observaba Moscardó.

El cañoneo duró poco rato. El fuego de nuestras columnas daba respuesta adecuada a la resistencia. Fue entonces cuando todos tuvieron la seguridad de la inminente llegada. Sin embargo, aún tardarían las horas en contemplar el lento avance, de los primeros hombres, que formaban las avanzadillas de las columnas.

Estas horas que precedieron a su presencia, serían las más lentas y duras de soportar de cuantas habían transcurrido en el largo período del asedio. En el silencio —un silencio hecho de impaciente ardor— se amontonaban los deseos, y algo que era imposible de expresarse en palabras hacía latir el corazón de tal manera que sentían en él, un daño gozoso que parecía romperlo.

Los jefes —hombres curtidos en la vida castrense— contenían mejor sus emociones.

—Ahora no puede hacerse otra cosa que esperar —les había dicho . Moscardó.

¡Esperar! ¡Esperar! ¡Qué lentas transcurrían las horas de la tarde...! ¡Cómo caían sobre todos minuto a minuto, segundo a segundo, en el denso ambiente del recinto...!

Hasta que alguien, desde uno de los puestos de observación, exclamó :

—¡Ya están allí! ¡Ya llegan! ¡Ya llegan nuestras columnas...!

Al conjuro de aquella voz, salieron al exterior, surgiendo de los montones de escombros, todos aquellos seres, legión de esforzados, que con sus ropas deshechas y la evidencia del sufrimiento en el rostro surgían de las sombras para comprobar la existencia real de lo anhelado.

Esta vez no había ya duda: a simple vista lograron asegurarnos de su presencia. Eran sus hermanos, hombres que, pegados a la tierra con las camisas de un verde parduzco, arrastrándose sobre el suelo-enemigo, exponían su vida por la causa común, y por liberarles de aquel cerco agobiador, que les mantuvo durante setenta y ocho días en el más despiadado asedio que enemigo alguno haya concebido.

En aquel momento todos los ojos, nublados por las lágrimas elevaron sus ojos hacia el cielo. Atardecía, y el sol parecía despedirse con un tibio rayo consolador. Mirando en derredor suyo donde precipitadamente el enemigo abandonaba los puestos, temieron un movimiento todavía por el avance, pues la ansiedad era tanta que llegaba a crear en ellos complejas reacciones.

Pero nada podía detener ya a los liberadores; pronto vieron cómo se combatía en la hermosa vega toledana, y extendiéndose hacia la derecha marchando a la conquista por audaz asalto de las Covachuelas, así como el cementerio, en donde grupos de milicianos se batían en retirada. Era una retirada cuya falta de mandos se evidenciaba desde las posiciones alcazareñas, incapacidad que se vino observando a lo largo de todo el asedio y que demostraba como los mismos hombres —ya que todos eran españoles— podían reaccionar de distinto modo, y llevar adelante una empresa de tal envergadura, según fuera la mano conductora de unos y de otros.

Así vieron abandonar las ruinas del Colegio de Huérfanos, y el llamado Hospital de Afuera, lugares en donde podían haber resistido de contar con los mandos adecuados. Porque ellos eran tan sólo un ciego enemigo, lanzado por corrientes de odio que respondían al criterio de las minorías rectoras.

La impaciencia de todos no tenía ya límite. Alguien pidió al coronel Moscardó:

—Mi coronel; ¡déjenos ayudar a nuestras fuerzas!

En la mente del coronel bullía sin duda el mismo pensamiento, y por un momento pareció considerar aquellas palabras. Hervía la sangre con la espera, que resultaba ya insoportable a los nervios tensos hasta el límite.

Moscardó recorrió con la mirada aquellas ruinas en donde a la luz del poniente podía advertirse con todos los detalles, el cuadro que las figuras esqueléticas prestaban al conjunto. Los miró detenidamente; contempló su pobre apariencia, con las ropas sucias y rotas, encubriendo unos cuerpos famélicos, no eran los más apropiados para lanzarse a una empresa de este tipo.

—Todavía hemos de esperar —respondió—. Yo también deseo combatir, pero creo que habrá tiempo para todo. Ahora sólo serviríamos de impedimento, puesto que nuestras fuerzas no podrían tomar al asalto la ciudad con la libertad de acción necesaria.

Atendiendo su órdenes, una vez más acertadas, pudieron observar como poco a poco, los legionarios de la 5.ª Bandera llegaba a la Puerta de Cambrón, que fuertemente defendida, hubo de ser tomada luchando en un duro ataque a la bayoneta.

Casi simultáneamente, fuerzas de Mizzian atravesaban las murallas de Toledo por la Puerta de Bisagra. Espectadores de aquella dura lucha, aquellos que anhelaban compartir la misma hubieron de mantenerse allí, pegados a las ruinas, como si la permanencia entre ellas como en los días pasados fuera la última de las duras pruebas padecidas.

Alguien les dijo la hora:

—Ya son las seis.

Las primeras sombras de la tarde al trasponer el sol por los Cigarrales, matizaban la visión de Toledo, en donde el humo de las detonaciones ayudaba a desdibujar todo el panorama.

En el pensamiento de todos estaba con una fuerza casi intolerable la misma idea:

—¡Todavía nos queda otra noche para vivirla a la espera de nuestra gran hora.

Otros más optimistas pensaban:

—¡Cuando amanezca, coronarán la cima del Alcázar! ¡Están esperando el nuevo día!

El tableteo de las ametralladoras tenía en los corazones una fuerte resonancia. No podían saber con certeza más que una cosa:

Que las fuerzas nacionales estaban ya dentro de Toledo, y que en nuestra posición no se disparaba ni un solo tiro. Desiertos casi los alrededores, algunos grupos alejados, e invisibles tras las barricadas, iban poco a poco abandonándolas.

De los diez mil hombres que habían mantenido el cerco en torno al Alcázar, apenas debían quedar quinientos, contados de modo totalmente impreciso, puesto que no podían discernir ya claramente sobre todo lo que acontecía alrededor de la fortaleza.

Así se preparó la vigilancia para la noche, tal y como venía haciéndose durante todo el asedio. Eran ya las seis y media, y el rumor de la lucha llegaba hasta ellos. Después de la tensión del día los nervios parecían relajarse, aceptando la demora que tan honda desilusión les producía.

—¡Otra noche, otra-noche! —martilleaban las palabras en la mente llena de ansiedad y cada uno en nuestros puestos las iba rumiando.

Hasta que a sus oídos llegó el ruido de pasos que avanzaban hacia las posiciones. No obstante tenían órdenes de no confundirse ante la posibilidad de un intento para sorprenderles.

Era una posibilidad remota, pero que debía tenerse en cuenta observando las consignas establecidas. Por esto al escuchar el avance de los pasos, aunque les latía el corazón a punto de estallar en el pecho, conteniendo a duras penas el impulso de correr a abrazar a aquellos que presentían como sus esperados -liberadores, preguntaron:

—¿Quién vive?

Una voz emocionada y fuerte respondió a la pregunta:

—¡Fuerzas de España! ¡Somos los Regulares de Tetuán!

La respuesta quedó pendiente en el aire, con ese impresionante silencio que es confirmación de la grandiosidad de un momento.

Otras voces, apenas hecha la pausa impresionante y solemne insistieron:

—¡Somos los Regulares! ¡Viva España! ¡Toledo es ya de España...!

Todos fueron abandonando sus puestos, surgiendo de la sombra de las ruinas, con el fusil al brazo, para verles trepar, por,, entre los escombros de la explanada norte, con el pisar ligero y los gritos de alegría que eran claro exponente de su identificación con los sufrimientos, allí padecidos ampliamente y compensados aquel instante glorioso, único...

El teniente Lahuerta, que mandaba la sección de Regulares, fue el primero que recibiría el abrazo de un compañero de armas, que, vencido por la emoción —demasiado fuerte para tan débiles cuerpos—, cayó, perdido el conocimiento, entre los brazos sudorosos del hermano de armas.

—¡Viva España! ¡Vivan los Regulares!

Todos enronquecían. Había lágrimas en sus ojos, y nadie trataba de ocultarlas.

En pocos minutos toda la explanada se llenó de gente; el resto de la población alcazareña surgiendo de lo profundo de los sótanos, corría para identificarse en aquel desbordamiento de júbilo.

No habían transcurrido unos minutos, cuando los legionarios de Tiede, avanzando por la explanada este, llenaron la noche con sus gritos de victoria y ese «¡Viva la muerte! que resonaba en la noche con toda la impresionante fuerza de su trágico significado.

Otra nueva sección de Regulares, llegó hasta el patio central, cuando ya todos estaban fundidos entre risas y lágrimas, en un confuso grupo de hombres, entre los que el resto de la población buscaba lugar para mostrarse también profundamente agradecida, sencillamente heroica, ante los soldados que la España nacional había mandado en su ayuda.

Ellos los miraban compadecidos de aquel aspecto sucio y ruinoso que ofrecían a sus ojos. Porque aquellos combatientes, con el polvo de la lucha, y el cansancio reflejado en sus rostros curtidos eran a pesar de ello, la imagen opuesta a la triste y desagradable estampa de los sitiados.

Sucios y desnutridos, las barbas crecidas, y las ropas deshechas, parecían surgir de un mundo irreal; la palidez de los niños el hambre reflejado en sus caritas inocentes, todo aquello llegó a impresionar a quienes estaban curtidos por casi tres meses de ininterrumpida campaña.

Poco a poco llegaron más hombres, y con ellos unas generosas reservas de víveres, distribuidas inmediatamente entre toda la población alcazareña. Se repartió tabaco, y la bota de vino de los legionarios corrió de mano en mano...

Alguien —tal vez uno de los jefes de la Guardia Civil— reclamó un momento de silencio. Costó un poco conseguirlo, pero acabó lográndose:

—Antes de todo, recemos una oración por nuestros muertos, por Franco y el ejército liberador, y por nuestro jefe, el coronel Moscardó.

La oración fue muy breve, pero todos participaron en ella. Los legionarios de África, con sus pobladas patillas y el rostro enjuto y curtido por el sol, abandonaron toda jactancia de postura para rezar con los defensores.

También el coronel, puesto en pie con la mirada perdida en el cielo oscuro, aparecía distinto, erguido, pero triste, profunda y significativamente triste. El hombre que todo lo había supeditado a la defensa, tenía ante él la gran incógnita del otro aspecto de su vida, pospuesto por el cumplimiento de ese deber inexorable.

En aquellos instantes, el pensamiento debía volar junto a los hijos, y el tremendo interrogante ante la suerte corrida por aquellos seres queridos quedaba reflejado en la expresión del dolorido semblante.

Aquella noche nadie durmió en el Alcázar. Cansados de tanta pregunta, Regulares y Tercio se tumbaron en colchonetas de los sótanos a reparar fuerzas Pero los defensores permanecieron despiertos, hablando entre todos comentando tantas y tantas cosas, hasta agotar a aquellos que por complacer la insaciable y lógica curiosidad, habían sacrificado el descanso reparador.

Así les sorprendió el nuevo día. Aquel histórico día 28 de septiembre que marcaba de modo definitivo el final del asedio en el Alcázar toledano.

En todos había una prisa irrefrenable; permanecían no obstante fieles a la disciplina observada. Continuaban siendo soldados del coronel y sólo cuando él lo ordenase abandonarían aquel lugar en donde el sufrimiento había creado la más hermosa hermandad de todas las conocidas.

Por otra parte, debían estar previstos para la eventualidad de un contraataque, que si no se produjo fue debido a la presencia en Toledo de más de la mitad de las avanzadillas, que habían tomado posesión de los puntos vitales toledanos.

DÍA 28 DE SEPTIEMBRE. LUNES

«A las seis salen del Alcázar la compañía de Regulares y la 5.a Bandera a ocupar los objetivos designados por su mando, y conforme -avanza la mañana van llegando las distintas fracciones de la columna.

»Sobre las diez entra el general Várela, que recorre todas las dependencias. Un sacerdote que viene con la columna dice misa en los sótanos.

»La Plana Mayor se traslada al hotel Castilla, y allí empiezan los trabajos de organización de la capital, en sus distintos aspectos, que después se extenderán a la provincia.

»Bajas de este día: tres muertos, seis heridos y un contuso.»

(Del diario de operaciones.)

Legionarios y regulares, que habían pasado la noche con los defensores, abandonaban a primera hora el Alcázar. La bandera gloriosa flameaba al viento, y era la confirmación de la victoria tan duramente conseguida.

En Toledo, pequeños focos estaban dando fin a su resistencia desde una casa de la cuesta, unos desesperados antes de caer en manos del ejército nacional, hicieron sobre el Alcázar un par de pasadas de metralleta que en su trágica ráfaga se llevaron la vida de defensores, hiriendo a seis más.

Fue la sombra de un día glorioso, en el que no podía faltar el aviso cruel de que aquella alegría era ya tan sólo un episodio, que el enemigo estaba todavía en pie, y de que existía la obligación de continuar hasta el fin, para que el esfuerzo de todo aquel tiempo no fuera estéril para nadie.

A media mañana, el laureado general Várela, con su clásico atuendo de campaña, subía por entre los cascotes de aquella ruina que era el Alcázar. El rostro del general demostraba la emoción que le causaba contemplar aquel solar de la patria en donde él, como Franco, y como otros soldados de gran estirpe, se habían forjado para el servicio de la patria.

El coronel, desde el centro del patio central, del cual se había procurado quitar una parte de los escombros, esperaba erguido y sereno la visita del general Várela.

Apenas su figura se hizo visible, Moscardó con paso firme y ademán severo, se dirigió al encuentro del general Várela. Detrás de las gafas ahumadas, los ojos escondían una emoción que podía traicionar su entereza.

En el centro del patio imperial, él como jefe de la defensa no podía dejarse vencer por la emoción de un momento, erguido el cuerpo enflaquecido, y firme el paso,, levantando su mano en saludo castrense, dando en las sencillas palabras una demostración de su entereza, exclamó:

—«¡Sin novedad en el Alcázar, mi general!»

Esta frase, que en cualquier circunstancia es la expresión concisa del reglamento castrense, cobraba en sus labios un significado distinto, elevado, sublime hasta los más encomiables adjetivos.

Frase histórica cantada en cien poemas y repetidas en numerosos idiomas que compendia toda la sencilla concepción de un deber, de un honor defendido por todos y contra las circunstancias más adversas.

Detrás de todo aquello, estaba el enigma de los destinos trágicos de sus hijos amados. El coronel, acallando sentimientos entrañables, cumpliendo hasta el final, aquel cometido impuesto, diría tan sólo como un soldado, aquellas frases con las que se cerraba una etapa gloriosa:

—«¡Sin novedad en el Alcázar, mi general!»

El mismo coronel Moscardó, en una entrevista concedida posteriormente, hizo unas declaraciones en torno a los comentarios suscitados por sus palabras, comentarios en los que

dejó constancia de ese espíritu singularmente representativo de los mejores valores de nuestra raza.

En ellas dijo así:

—«El Alcázar y yo no hicimos otra cosa que cumplir con el deber. Para la fortaleza y para el soldado era lo de menos la artillería, que apenas dejó piedra sobre piedra; los insomnios, el hambre, la suciedad, las minas y el hijo, cuyo sacrificio fue inevitable...

»EL Alcázar fue, para mí y para todos los que se colocaron voluntariamente a mis órdenes, la ocasión única de dar hasta la vida por nuestro honor y el de España. Una vez en el Alcázar sólo importaba eso y el que se volviese atrás tenía que considerarse cobarde y traidor. »Si al terminar el asedio el honor estaba intacto, no cabe duda que podía decirse con toda verdad: "Sin novedad en el Alcázar."»

El general Várela, y más tarde el general Franco, como general en jefe de las columnas del Sur, tendrían ocasión de recorrer detenidamente los lugares en donde vivimos el largo asedio.

Sí, efectivamente, «Sin novedad», tal y como dijera Moscardó, porque el honor quedó a salvo, y desde él hasta el último de los defensores cumplieron más allá del deber impuesto. Pero... ¡cómo hablan aquellas piedras gloriosas del esfuerzo con que hubo de mantenerse en pie esa consigna de modo que permitiera ser llegada a la posteridad como timbre glorioso!

Aquel «¡Sin novedad!», está refrendado en la cripta de los muertos del Alcázar y en la roca perforada; en la Virgen salvada milagrosamente y en el pequeño altar donde se celebró la única misa.

Para el coronel Moscardó, quedaba todavía un penoso, un dolorísimo contacto con el otro aspecto de su vida. Durante aquellos días del asedio —y tal como él mismo dijo posteriormente— aún tuvo momentos en los cuales imaginó que el Gobierno rojo no hubiera llegado a cumplir su amenaza. Sus propios razonamientos se basaban en un hecho lógico, pero que si para él tenía validez, no la tuvo para los dirigentes enemigos.

—¿Por qué han de matarle, si él no tiene culpa de nada que yo pueda haber hecho? —dice que se preguntó muchas veces.

Una tenue esperanza le mantenía todavía en la creencia de que los hombres no podían llevar su crueldad hasta tales extremos.

Sin embargo, el hecho, confirmado en las primeras preguntas, no fue la única amarga prueba a que iba ser sometido, porque no sólo su hijo Luis había sido asesinado, cumpliendo así con el propósito de coacción innoble y venganza monstruosa, sino que el mayor de sus hijos, José Moscardó Guzmán, oficial de infantería, destinado en Valladolid, y que se encontraba en Barcelona con objeto de reunirse con su padre para asistir juntos a la Olimpiada de Berlín, había sido también asesinado, apenas iniciarse el movimiento, por el solo hecho de llevar el nombre de Moscardó.

Este nuevo golpe, inesperado, brutal, constituía el precio más elevado que ser alguno puede pagar por causa alguna. El general —que como dice uno de sus biógrafos— tenía la vida dividida en dos partes, absoluta y substancialmente distintas, al responsabilizarse de la defensa del Alcázar, no posponía su amor a la familia, pero tenía que afrontar con honor, aquello que le había sido confiado defender.

Desde el Hostal de Castilla, adonde se había dirigido con la Plana Mayor, el coronel Moscardó dio orden de que fuera localizada su familia, compuesta tan sólo por la esposa y el menor de los hijos, Carmelo, puesto que Miguel, oficial de Regulares, estaba prestando servicio—por fortuna para él— en Ceuta, y a María, la hija, le había sorprendido el movimiento en Estoril.

El coronel había enviado por medio del magistral de Madrid, señor Vázquez Camarasa, una carta a su esposa doña María Guzmán. En ella trataba sin duda de mitigar el doloroso pesar de la abnegada mujer. Al enviar fuera del Alcázar a su hijo, había creído con ello proteger a la madre y al hijo menor.

En una detallada biografía del jefe de la defensa del Alcázar, su autor dice lo siguiente:

«Grande fue la lucha que en ese abnegado corazón planteó el deber: era jefe indiscutible e indiscutido de aquella población heterogénea, apostada para defender el Alcázar a "toda costa".

»Su moral y su ejemplo eran en realidad el único "espacio vital" para luchar, dando tono espiritual a la defensa de España. Sin el Alcázar la Cruzada hubiese tenido menos altura —lo dicen los historiadores de la gesta.

»En el momento terrible que decide salga el hijo fuera del recinto, lo hace sin medir otra opinión que la suya; sin oír la voz de la paternidad, de la sangre que clama por el hijo, a quien el cree sólo en su ilusión de sentirse soldado de España; sin atender la llamada de su corazón que no quiere separarse de él...»

Una vez liberado el Alcázar, y cuando ya nada podía hacerse, el coronel comprendió cuan fácilmente había confiado en la compasión humana. Es cuando, conociendo la odisea de su pobre esposa, madre dolorosa traspasada por el más doloroso puñal, supo las vicisitudes y persecuciones que había padecido.

Recluidas madre e hijo en una celda del manicomio después de haber sido llevados de un lado para otro, el coronel sabría también cómo el sadismo de sus enemigos había obligado al hijo pequeño a presenciar el fusilamiento de su hermano.

Sólo un temple de tan alta calidad como la de aquel espíritu era capaz de aceptar los hechos con la misma serena conducta con que había sabido ser el guía y el firme sostén de toda la gloriosa epopeya.

Después del reencuentro con su esposa, el coronel Moscardó, ascendió a general, buscaba de nuevo el necesario equilibrio moral en la disciplina castrense, en la que vivió hasta el fin de sus días.

Dos días después de liberado el Alcázar toledano, y cuando se hizo público el decreto por el que era nombrado general, Moscardó se incorporaba nuevamente al teatro de la guerra. Simultáneamente al decreto en el que se le nombraba general, otro le concedía la Cruz Laureada de San Fernando, condecoración máxima con que la patria premia los servicios de sus mejores.

A la vez, y unido a distintos ascensos y recompensas, se les concedía a toda la población defensora del Alcázar, la Laureada colectiva, premiando con tan gran recompensa, algo que ya estaba compensado con esa satisfacción que produce en lo íntimo de cada uno el exacto cumplimiento de lo que se considera justo, elevado y necesario.

Esto en cuanto respecta al jefe, siempre querido y recordado; para los demás la liberación estuvo matizada por cosas muy variadas y complejas.

Aquellos que vivían en Toledo con anterioridad al 18 de Julio, les urgió constatar la existencia de sus familiares y seres queridos. La mayoría se lanzaron a través de la cuesta del Alcázar buscando por entre las callejuelas, el camino más rápido por donde poder llegar al centro de la ciudad y comprobar lo que había sido de los suyos.

La vuelta al hogar les deparaba dolorosas sorpresas, algunos no verían al hermano asesinado en un recodo de la carretera de Mocejón, cuando se supo que el otro estaba en el Alcázar, y otros habían vivido presa del terror de las represalias.

Toledo, la hermosa ciudad estaba entristecida por el odio que devasta todo a su paso. Algunos comprendieron que habían sido mucho más felices en el Alcázar, imaginando el reintegro a la vida libre, que lo eran en realidad en aquel presente desolador.

Toledo tenía una pátina de tristeza, que no podía borrarse ni con los cánticos de la guerra joven, ni con la alegría de la victoria.

Eran aquéllos unos días de adaptación en los cuales recorrían de nuevo aquellas calles, aquellos arcos de valor artístico incomparable, que guardaban los recuerdos de una juventud que les parecía ya perdida totalmente.

Fue entonces en muchos un pensamiento que día a día fue cobrando más fuerza, y era que a pesar de todas las privaciones, de todos los peligros, aquel tiempo transcurrido dentro del recinto del Alcázar constituiría para ellos algo precioso y lleno de sensaciones que no podían precisarse con palabras, porque eran ideas que no podían cristalizarse en expresiones, aunque éstas fueran las más brillantes y adecuadas.

Compartían esta opinión la mayoría de los que habían vivido la gesta, y que todavía no habían determinado sus destinos para incorporarse a una u otra unidad combativa.

Solían reunirse estos defensores con frecuencia, y como siempre, solían revivir cualquiera de los episodios vividos en el Alcázar. Así advirtieron cuan felices les hacía sentirse la evocación de las horas duras, tristes y terribles del asedio y de la fuerza con que actuaba sobre ellos aquel tiempo pasado que por siempre sería considerado como el más vital, decisivo e incomparable, porque allí se habían hecho hombres en el más noble concepto de la palabra y también habían reafirmado sus más elevados principios.

A poco tiempo, cada uno por decisión independiente, se reintegraba a la primera línea, en un reencuentro con las horas recordadas con pena y alegría. El Alcázar les había marcado el camino, y también les señalaba la ruta para el futuro, porque a partir de entonces ya de por siempre y en cualquier circunstancia se deberían al deber impuesto en las horas difíciles de los setenta y ocho que duró el asedio.

En esta decisión, una vez más recibieron el ejemplo de un jefe que, más allá de la fortaleza, continuaba dándoles su claro ejemplo. En efecto, todos habían visto cómo estaba el general Moscardó, enfermo, entristecido, agotado...

Pero no quiso concederse tregua: incorporado al frente, era destinado al que cubría la gran extensión que iba desde Molina de Aragón, al Puerto de Malagorta, entre Guadalajara y Somosierra. Su Cuartel General quedaba establecido en Soria.

Allí de nuevo daría prueba de su gran temple y amor al servicio de la patria. Era un hombre con un poso de amargura fácilmente comprensible, la sombra de sus dos hijos, debía atormentarle continuamente. Después de haber asegurado la tranquilidad de la menguada familia —doña María, Carmelo y María, la hija— Moscardó comprendió que sólo en el esfuerzo renovado de cada hora podría sobrevivir, se entregaría con idéntica fe al servicio de la patria.

El general comenzó a vivir para el servicio de aquella División 72 confiada a su mando. Pero lo hacía ya sin la opresión de unos muros y con la libertad de movimiento precisa para desenvolverse y llevar a sus tropas hacia los éxitos previstos. La división se convertiría para él en el lenitivo de todos los pesares y en el estímulo preciso para seguir en el camino del deber.

Todos comprendieron bien aquella actitud que era reflejo de la reacción que todos estaban experimentando; el Alcázar, con todos los episodios vividos en él, era el motivo de la conversación de los exdefensores, que buscaban el medio de encontrarse para revivir las horas transcurridas allí.

Un día uno de ellos preguntó:

—¿Vosotros volveríais a hacer lo mismo, si fuera preciso? —era una pregunta que él mismo debió hacerse muchas veces—. ¿No respondáis con una fanfarronada. Sólo con la verdad, entre nosotros no cabe otra postura que la de ser sinceros.

—Yo, sí —repuso uno.

—Y yo —añadió otro.

—Yo también.

Y así se fueron haciendo unánimes las respuestas.

Ninguno de ellos había mentado, ni en ninguno tampoco pesaba el hecho de saberse vencedores, porque conocían el precio que se había pagado por la victoria. Era otra cosa más profunda y sencilla a la vez, como el conocer —merced al tiempo transcurrido en el asedio—, una fidelidad y un destino, la posición inamovible de esa postura marcada por un ideal, algo de lo que

poco tiempo después rubricaría con su muerte, aquel hombre forjador de ideales y capitán de grandes empresas, que dijo antes de morir:

«Todo puede sacrificarse por hallar la visión armoniosa y entera de una España, que sólo se entiende mirándola cara a cara y con los ojos abiertos.»

Y eso habían empezado a comprenderlo en el Alcázar, al lado de unos hombres que marcaron la ruta, movidos por un jefe inigualable, que les dio la pauta para su comportamiento futuro.

Una vez pasado cierto tiempo, después de terminada la guerra, y después de haber quedado constituida la Hermandad de Defensores del Alcázar, el Gobierno dio comienzo a la restauración de lo que fuera recinto alcazareño, posponiendo después la idea, por otra en la que se ideó llevar a cabo la reconstrucción y adecentamiento indispensable, de modo que pudiera el mundo entero contemplar el valor auténtico de sus muros y torreones destruidos.

Al iniciarse la reconstrucción y consultado al respecto el general Moscardó, éste se expresó así:

«Los años pasan y, con ellos, todo cuanto aconteció en el tiempo. También pasa nuestra defensa del Alcázar de Toledo, que, con el entusiasmo y sacrificio que en ella culminó, fue capaz de espiritualizar nuestra cruzada y proyectarla en el mundo, dándoles a conocer una lucha por la salvación de la patria.

»Todo esto parece que se afianza con la reconstrucción de la fortaleza. Sólo la recordarán los que participaron en el asedio con las armas en la mano, fuertemente apretadas, o quienes sufrieron la pérdida de un ser querido.

»La reconstrucción del Alcázar quiebra la línea del tiempo. Lo que fue sus ruinas y sus escombros gloriosos, lo buscarán en los archivos y bibliotecas y muy lejos de nuestros días; también la pátina del tiempo enmohecerá las muestras de lo que el Alcázar fue.

«Quebrar el tiempo significa o equivale a cristalizar un hecho, un hecho histórico, y definir con él, dentro de la historia, un momento que identificándose con otros, concurren definiendo un modo de ser, un comportamiento y un estilo que para nosotros es el estilo caballeroso de "lo español"..."»

Hay en esas palabras del general Moscardó una recóndita amargura, que trata en vano de que no sea juzgada como un sentimiento de vanidad desvirtuada por otros sentimientos, pero real en su existencia. Para Moscardó el Alcázar, igual que para cada uno de sus defensores, sería y es, si no el montón de escombros por los que agazapados se defendieron hasta el último instante, sí, el lugar en donde se vivió para la esencia más pura de los altos ideales.

Seguramente, a pesar de lo discreto de sus comentarios, pensaba «orno todos los defensores, que hubiera sido más aleccionador y positivo que los muros maltrechos dieran por sí mismos la dura lección de sus heridas, como testimonio vivo de un episodio que, desbordando el hecho histórico, hiciera recordar perennemente el enorme crimen de situar a media patria en la necesidad de enfrentarse con la otra mitad. La epopeya vivida en el Alcázar dio a todos los que compartieron aquellos días, una visión justa de su posición frente a muchas cosas que llevaban implícitas las necesidades de su rebeldía.

Un buen número de defensores llegaron al Alcázar cuando apenas finalizada la adolescencia, comenzaban a pisar en el camino de la hombría. Allí recibieron una lección formativa que no estuvo hecha solamente de pólvora y violencia.

En el largo anecdótico de la pervivencia en el Alcázar, hubo hechos demostrativos de ello. Se ha limitado el número de ejemplos porque singularizar la acción de unos me parecía desmerecer la gran «empresa de la totalidad.

Sin embargo, cuando después de abandonado el Alcázar, hubieron los defensores de llevar los restos de su compañero de epopeya Antonio Rivera hasta la cripta alcazareña, nos prometimos incluir en su momento el nombre de este joven héroe, que compartió las duras horas de la epopeya.

Era un joven que, cuando llegó al Alcázar, dijo: —Yo tengo el firme propósito de no empuñar un arma. —¿Entonces qué utilidad puedes prestar? —le respondió uno de sus compañeros.

—Siempre habrá un lugar para mí en donde pueda ser útil, sin tener que disparar un fusil.

Él, por su condición de paisano, no estaba obligado a fin de cuentas a hacerlo.

—¿Y eso por qué? -insistió alguien.

Antonio Rivera no respondió. Los que le conocían bien, sabían la razón de tal actitud, debida a lo profundo de sus sentimientos religiosos. Pero espontáneamente llegó un día a la conclusión de que era preciso ayudar a sus hermanos de asedio.

El jefe le destinó en calidad tan sólo de servidor de una ametralladora. El día que estalló la primera mina, él estaba en su puesto de servicio. Arreciaba el fuego por el sector de la izquierda, que era el menos protegido porque la mina había deshecho todas las fortificaciones.

La máquina de la que Antonio Rivera estaba como servidor debía ser cambiada de sitio, obedeciendo órdenes, puesto que en aquel lugar estaba situado bajo la acción inmediata de las bombas de mano de los milicianos.

Atravesar el patio y llegar hasta la máquina no competía a Rivera simple servidor de la ametralladora. Sin embargo, en unión de los otros dos sirvientes, consiguió llegar hasta allí y disparar con ella.

Pronto caerían heridos los dos compañeros, y los fusileros próximos tuvieron que ser evacuados por sus heridas. Debido al gran ataque se ordenó el repliegue y Rivera se dispuso a cumplir la orden.

Sin embargo, advirtió de inmediato, que la ametralladora les era muy necesaria, que no podía quedarse allí, y decidió cruzar el patio-para rescatarla. El peligro era enorme, pero no podía dejarse allí el arma.

Un cadete tomó con él la empresa de rescatar la máquina. Lo hizo tranquila y serenamente, como si respondiera a un sentimiento superior a todo, que le obligase a hacerlo.

Él y el cadete desenlizaron el trípode y cargaron con las piezas; fue entonces cuando una granada certera cayó sobre ellos, hiriendo gravemente a ambos. A Antonio Rivera le voló materialmente un brazo, y el pie del cadete quedó también deshecho.

Retirados a la enfermería, cuando habían dado cima a su cometido, después de soportar sin anestesia la cruenta operación, el coronel Moscardó que había bajado a visitarle le dijo con emoción contenida: —Riverita, te voy a dar un beso en nombre de tu padre... ¡Cómo brillaban los ojos del coronel al decir estas palabras...! ¡Y qué luz inmensa se reflejaba en los de nuestro Antonio Rivera, aquel que había dicho que no empuñaría un arma...!

Después, ya liberado el Alcázar, rindió tributo a su heroísmo, muriendo por efectos de la gangrena, ya imposible de atajar. Lo mencionamos porque creemos que su muerte y sus propósitos iniciales son un símbolo que resume aquella actitud. Esa dolorosa experiencia que hizo necesario emplear la violencia, para encauzar debidamente el futuro de nuestra patria maltrecha.

NÚMERO DE HOMBRES QUE COMPONÍAN LA GUARNICIÓN DEL ALCÁZAR:

Jefes y oficiales	100
Comandancia Guardia Civil	800
Tropa Academia	150
Tropa Escuela de Gimnasia	40
<u>Falange, Acción Católica</u>	<u>200</u>
Total	1.290

De estos 1.290 elementos, 1.200 para defensa activa y para atender los distintos servicios que pudieran llamarse no combatientes.

A esta guarnición hay que añadir:

Mujeres	150
<u>Niños</u>	<u>50</u>
Total	600

EPILOGO

Así fue la defensa del Alcázar, el histórico bastión de nuestro inconformismo. Porque sus defensores en realidad fueron eso que ahora parece esgrimirse como razón suprema de posturas indefinidas. Ellos fueron unos inconformistas, que dieron lo mejor de sí mismos por una patria que, según la histórica frase, aunque la amaban «no les gustaba nada».

Han pasado muchos años, una gran parte de los que lucharon en el asedio no están ya con nosotros. Unos murieron en aquella «primera línea» con que soñaban dentro del recinto. Otros han ido desapareciendo poco a poco. Los que sobreviven de la epopeya, constituidos en hermandad permanente, han hecho voto de una peregrinación histórica y sentimental que mantenga siempre fresco el contacto con aquellas ruinas, regadas con la sangre generosa de los muertos, y en donde permanece vivo algo indestructible y poderoso.

Pero creo que ninguno de los supervivientes necesita esforzarse para conseguir esa permanencia de su postura. Aquellas ruinas ejercen sobre todos la ley de su mandato histórico. Basta contemplarlas para imaginar toda la fuerza de su grandeza.

Yo las recuerdo como cuando desde su privilegiado emplazamiento, el Alcázar dominaba la vega, el Tajo, y el llano, con su noble mole inmensa y armoniosa presentaba una de las más bellas estampas en completa fusión de arquitectura en el paisaje.

Así lo había inmortalizado el Greco en algunos de sus mejores cuadros. Así era el viejo Alcázar de Toledo, como dijo de él el poeta:

*Torreón de torreones que te fundes en las rocas;
Alfonso X el Sabio de ti aprendiera sus Cantigas;
él creó tus minaretes y las cuatro hermosas torres
tan valientes y robustas como cimas de montaña.*

*Guerreros, reyes, mujeres, bebieron la intensa vida
que rezuman los sillares de tus piedras abrasadas;
nido de Doña María de Padilla; prisión dura
de aquella... ¡De Doña Blanca!*

*¡Viejo Alcázar de Toledo!
ensueño de Carlos V, que ordenó te restauraran;
locura, noble locura del Gran Felipe II,
que te hizo regio palacio de la corona de España...*

Pero ahora sus piedras quemadas, ese olor a pólvora que todavía creemos percibir entre las ruinas, los paredones derruidos, los minaretes mordidos por la metralla, el espíritu de cada piedra, el latido de un rincón de cualquier ángulo mantenido todavía en pie, tiene algo vivo, palpitante, dotado de una fuerza tal, que, comparada con las de cualquier emoción estética de aquel Alcázar del ayer, se nos antoja innecesario el recuerdo.

Éste es nuestro Alcázar, el de nuestra fe, el de la gloriosa defensa. Al mirar sus escombros no puede uno sustraerse al deseo de recordar casi con delectación lo allí ocurrido. Yo quisiera poseer un don capaz de llevar a la comprensión de esas miradas todo lo que representan unas simples y viejas ruinas...

Pero..., ¿cómo puede la palabra describir algo que rompe las humanas posibilidades de expresión?... Allí fue donde cada minuto representaba un riesgo, una emoción, un peligro. Cada actuación, un heroísmo...

Y fueron muchos minutos y muchas horas, en que pegados a la tierra como a una madre, esperaron sus defensores el estallido de la mina que llegaría arteramente para destruirlos. ¡Qué latigazos de escalofrío ante el pensamiento de que iba a llegar un momento en que ya no había más solución que morir...!

Por eso, ante la reconstrucción del Alcázar, viene a nuestro recuerdo la inmensa pena que le causaba al general Moscardó ver cómo se aceleraban los trabajos para hacer desaparecer las ruinas de esa fortaleza que fue el Alcázar.

Hacemos nuestras estas palabras de García Morente:

«Están esas ruinas engarzadas a los hechos más representativos de nuestra historia y es sólido sillar que mantiene un pasado, un presente y un porvenir suficientes por sus rasgos comunes, para con ellos elaborar el concepto de patria, de la España histórica por la que fuimos a luchar...»

Si la reconstrucción del Alcázar tiene esta finalidad de revalorización ante la historia, sea hecho en buena hora. Porque, a la nueva estructura, llegará el latido de la tierra, en la que están vigilantes y con valor de fecundidad, el depósito sagrado de los muertos.

Por esto en la peregrinación espiritual que de tiempo en tiempo me obliga con fuerza a volver a Toledo, y cuando ya el nuevo Alcázar está tocando a su total construcción, vuelvo mis ojos hacia aquel otro, al cual subieron los héroes en una cálida mañana del trágico verano castellano. Y entre sus ruinas gloriosas, todavía creo ver la figura del jefe, con su barba crecida y el rostro enjuto por todos los sufrimientos espirituales y físicos con que fue probado.

Entonces es cuando crece mi convicción de que no puede ser cierta esa pretendida crisis de ideales, y que la defensa del Alcázar fue algo más que un episodio común a todas las guerras.

Y lo prueba un hecho sensiblemente notorio: El número de gentes que desfilan ante esas ruinas, y que centra todo el interés en ellas, por encima y sobre todas las cosas que constituye esa joya que se llama Toledo, con su sinagogas y mezquitas, sus patios, torres y alcázares, oscurecidas a pesar de su belleza por la fuerza espiritual que emana de un montón de escombros.

Por eso —que en modo alguno debe interpretarse como jactancia de vencedores— nos gusta pisar las viejas losas del derruido Alcázar, llegar hasta aquel ángulo en el cual se colocó el modesto altar, y en cuyo lugar una lápida reza así:

«Aquí se celebró la Santa Misa, la única durante el asedio. El 11 de septiembre de 1936.

»Este rincón que pisas es tierra santificada por la visita del Rey Divino a nuestros héroes.»

Después dejamos al alma mecerse en el inapreciable don del recuerdo. A veces incluso parece oírse el ruido de los proyectiles, las voces de los amigos que se fueron o las estrofas del himno de la fiel Infantería:

«De los que amor y dicha te consagran, escucha, España, la canción guerrera, canción que brota de pechos que son tuyos, de labios que han besado tu bandera...»

Por eso, cuando se escuchan frases equívocas, y observo posturas indefinidas, recuerdo a los hombres que codo a codo hemos formado nuestra generación, y que por sentir profunda y entrañablemente el dolor de la patria, seguimos viviendo en la esperanza de su futuro.

Porque no puede ser baldío el esfuerzo y la vida de los mártires que, por los campos de España, dieron fecundidad a las empresas de la patria, porque nos debemos a la fidelidad de su recuerdo, ya que, de no hacerlo así, sobre nosotros pesaría como el más duro anatema, por no saber mantenernos en la línea impuesta por ese mandato sagrado de sus voces, calladas, pero perceptibles a nuestro oído.

Hoy el Alcázar de Toledo es el símbolo de tantas cosas que todavía hemos de mantener con el vigor de entonces. De nuestra pureza de estilo, de la fe en nuestras convicciones, de la auténtica fortaleza espiritual de la patria.

Para las venideras generaciones, el hecho histórico puede minimizarse en el transcurso de los años. Pero creemos que, aun cuando el tiempo transcurra, cada vez que un español pise el suelo bendito de ese Alcázar, montón de escombros o rehecho recinto, no podrá menos de sentir cómo llega hasta él un soplo de heroísmo, tesón y fe en un ideal maravilloso, como fue el que mantuvo allí a los defensores en el asedio glorioso de un baluarte que figura en lugar privilegiado en las páginas de nuestra historia, pródiga en hechos históricos.

FIN